

TRES, DOS, UNO...

¡EN EL AIRE!



JOSSY LOES

TRES,DOS,UNO...
¡EN EL AIRE!

JOSSY LOES

Tres, dos, uno... ¡En el aire!

1ª Edición: febrero 2021

© 2019 Jossy Loes

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez

Diseño de Portada: Jossy Loes

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea electrónico u otro medio, sin el permiso de los autores. Todos los derechos reservados.

A esas parejas que comenzaron una historia que interrumpieron y han tenido la oportunidad de volver a reescribirla después de muchos años.

Índice

PRÓLOGO

1 Volver a casa

2 Todo cambia

3 Aceptar el presente

4 Este estudio de grabación que me dio grandes momentos

5 El pasado siempre vuelve

6 Los sentimientos aparecen a pesar de creer que estaban muertos

7 Reencontrarse con tus sentimientos

8 ¿Será que existen las casualidades?

9 Observando

10 Los sentimientos saltan por los aires

11 Confesiones

12 Conversaciones difíciles

13 Buenos días a todos, soy Owen Grey...

14 No sé yo

15 Ir con la cabeza en alto

16 Sentimientos, anhelos, impulsos

17 Un empujoncito

18 La intensidad de los recuerdos

19 Cuando las historias se cuentan con el corazón

20 Sentimientos

21 El roce de la piel

22 Una llamada que podría cambiar todo

23 Y si al final no es nuestro destino

24 Cuando el espíritu de la juventud te hace madurar de golpe

25 Una historia que contar

26 En el aire en tres, dos, uno

EPÍLOGO

Agradecimientos

Biografía

PRÓLOGO

—Muy buenas noches, les habla Owen Grey desde el estudio de KRT.89 FM en directo para todos nuestros oyentes, ¿qué haremos hoy, Norah?

—Buenas noches, amigos, y buenas noches, querido Owen, ¿qué haremos hoy? ¿Qué te parece si acompañamos a los oyentes durante dos horas en un paseo por lo mejor de los setenta, ochenta y noventa?

—Es la mejor idea que has tenido, aunque me parece que desean algo más, ya que ha pasado casi un año desde el concurso de las historias.

—¿No me digas que quieres contar la historia, Owen Grey?

—Sí, mi querida Norah Richardson, una historia que comenzó hace más de veinte años.

—¿Crees que nuestros oyentes querrán escucharla?

—¡Claro que sí! Conocen el después, pero no lo que llevó a ese final y, ya que estamos a unos días de celebrar san Valentín, ¿qué mejor momento para hacerlo?

1

Volver a casa

OWEN

El sonido penetrante de un maldito despertador logró que ese sueño al que me había aferrado se desvaneciera enseguida recordándome la triste realidad de mi vida. Si tan solo no me hubiera aferrado a mi trabajo como vía de escape después de que la mujer que pensaba que me amaba me dejara a través de un *email* con un: «Lo siento, pero ya el amor se acabó».

Así, sin más, como si fuera uno de esos rollos de una noche y no una relación de ocho años en la que los sueños, al parecer, eran más por mi parte que por la suya. Una casa que pensaba que era mi hogar y de la que tuve que salir con una mano delante y otra detrás con destino a un minipiso en los suburbios.

Había creído que mi trabajo sería la vía de escape. Un maravilloso lugar en el que escuché durante algunos años a adolescentes discutir de historia, tal como había logrado que aprendieran. Me empeñé en que mi día a día me levantaría el ánimo, sin embargo, no fue así. Un día, en una clase, por alguna extraña razón, decidieron dejarme claro que la historia era sumamente aburrida. Creí que explicándoles que dejar de lado una asignatura tan importante perderíamos la esencia de la humanidad.

Supuse que con eso cambiarían de idea y sin darme cuenta entramos en una discusión bastante acalorada. Para ser honestos, estaba cansado y hasta el gorro de tanta mierda, todo era un puto caos.

Días después, varios padres se agruparon en la entrada del instituto con pancartas protestando por lo que, al parecer, para ellos era imposición ideológica, ya que debíamos dejar el pasado atrás. Policías, gritos, amenazas contra mi persona llevaron a que el equipo directivo se reuniera conmigo y me pidiera explicaciones sobre lo sucedido en esa clase.

Bill, el director del instituto y mi mejor amigo, me pidió que me ciñera al programa y que reconsiderara cambiar de aires, de ciudad. Ignoré lo último y acepté pensando que, si adaptaba ciertas fechas recalcando la importancia histórica, lograría de nuevo llevarlos por la senda del conocimiento.

El problema era que ese programa se abrazaba a lo material y comercial frustrándome y haciéndome tener una rutina que me asfixió hasta el punto que me sentía como un zombi. Hasta que un día, sin más, me senté delante de los alumnos y les grité que la vida era una puta mierda y que las suyas acabarían de la misma manera que la mía.

Eso me llevó a la oficina de Bill de nuevo y, antes de que me revolviera en mis miserias, él había hecho su tarea de proponerme la vacante en el instituto de la ciudad donde nací y crecí para comenzar desde cero.

Casualidad o no el que apareciera esa vacante justo cuando estaba al borde del precipicio, así que acepté sin más remedio el puesto. Tenía dos semanas para adaptarme, las semanas de vacaciones navideñas. Tenía que ingeniármelas para explicarles a mis padres mi divorcio y mi traslado repentino a esa ciudad en la que el crudo invierno se esparcía en todo lo que tocaba.

Los siguientes días decidí pasar a modo marmota, apenas salía de la habitación en la que me encontraba, hasta que un despertador me arrancó de mi letargo. Me levanté como un resorte y

busqué por toda la habitación el endemoniado aparato, que estaba debajo de la cama puesto con muy mala intención.

Solo una persona era capaz de eso; mi hermana Linda. De nuevo el aparato volvía a sonar e intenté apagarlo, pero era tan antiguo que al parecer sus circuitos no conectaban entre sí, así que terminé estrellándolo contra la pared. Ya le diría a mi madre que le pidiese explicaciones a la perversa de Linda.

Me llevé las manos al rostro y luego me revolví el pelo para terminar de desperezarme y levantarme. Al meditar unos minutos, me imaginé que en el piso de abajo estaría mi madre, mi padre y Linda para tratar un asunto en concreto: mi presencia y mi pésimo estado.

Fui al baño y, al mirarme al espejo, vi que estaba para el arrastre. Si me presentaba así, la reprimenda sería peor, por lo que decidí darme una ducha después de varios días sin hacerlo y me afeité. Para cuando terminé me puse un chándal junto a la primera camiseta vieja que encontré, con la intención de bajar y enfrentarme a lo que me quedaba de familia.

Quizás debía ensayar algún discurso en el que les contase que estaba en una de esas etapas en las que buscaba mi camino y por ello dejaba todo atrás o simplemente contarles que pasaba por una depresión de la hostia por culpa de la que creía que sería mi compañera durante el resto de mi vida, que me había dejado en la puta calle quedándose con esa casa que habíamos construido juntos, el perro y todo el dinero que entre los dos habíamos ahorrado, argumentando que ella había aportado gran parte para que yo terminara mi doctorado.

Una mentira más de una pesadilla que no tenía fin, me sentía tan abatido con esa demanda por su parte que acepté todo lo que exigía, a pesar de que nunca dejé de trabajar y aportar a la par. Nunca me había sentido como una mierda, el ser optimista y perseguidor de sueños alentando a todo aquel que pasaba momentos malos era lo que me caracterizaba, pero en ese momento estaba en esa situación.

Llegué a pensar que si llegase a vivir algo así sería capaz de salir airoso, me equivoqué, y allí estaba; en casa de mis padres, hecho una piltrafa humana. Respiré profundo al bajar el último escalón y me llevé la mano al pelo para tratar de aparentar que no estaba tan mal como creían, aunque dudaba que se tragaran mi actuación.

—Buenos días.

—Al fin sales de la cueva —ironizó mi hermana—. Estaba a punto de llamar a la tele y explicarles que la luna no solo afecta a los hombres con eso de convertirse en licántropos, también sucede con otras especies, por ejemplo, los osos.

—Muy graciosa, Linda, no recordaba que aún mantuvieras la esperanza de convertirte algún día en la payasa oficial de la ciudad.

—¡Paz! —nos pidió mi madre antes de que replicara mi hermana—. Linda, te pedí que te mordieras la lengua.

—Mamá, he sido sutil.

—La sutileza brota por tus poros —ironicé. Entornó los ojos.

—Sabes muy bien que lo he sido, ¿o quieres que sea despiadada?

Estuve a punto de responderle que lo fuese y así me ahorraría dar explicaciones, sin embargo, mi padre apareció aquejándose de un dolor en el pecho.

De inmediato me levanté y lo ayudé para que se sentara en el sillón.

—Papá, ¿quieres que llame al 112? —le pregunté mientras intentaba tomarle las pulsaciones como había aprendido en los cursillos de primeros auxilios.

Lo ayudé a quitarse el jersey y desabrocharse la camisa.

—Ya se me pasará.

—Voy a llamar ya al doctor Richardson —protestó mi madre—. Esta vez no voy a ceder, Hunter.

—No es un dolor profundo —respondió mi padre intentando calmarla—. Ya se me pasará.

—¡De eso nada! —protestó Linda mientras sacaba el móvil del bolso—. Ahora mismo llamaremos a emergencias. No me creo lo que dijiste de esos dichosos estudios.

—¡NO! —gritó mi padre. Por unos segundos nos observó para finalmente suspirar, desalentado—. Está bien, llama al doctor Richardson.

—Pero, papá, dudo que pueda atenderte sobre la marcha si no tenemos cita. —Mi padre me miró como pidiendo que lo auxiliara, y eso hice.

—Llámalo, Linda, eres experta en conseguir lo que quieres, yo lo llevaré.

Mi madre y mi hermana se miraron con complicidad, no sé si había sido por mi oferta de llevarlo. Volté los ojos, entendía que dudaran de mí, pero de alguna forma debía ayudar. Deseé que no fuese algo grave, ya tenía demasiado con qué lidiar.

—Llama y ruégale a Maddy que nos dé una cita —le pidió mi madre—. Sobre todo, porque algo me ocultan Hunter y el doctor Richardson.

Linda rechestó.

—¿Y crees que Owen va contarnos la verdad? —Fruqué el ceño.

—Me interesa tanto como a ti que papá esté bien, además, ¿por qué nadie me ha dicho que le han hecho estudios? ¿Y para qué eran?

—Tal vez porque vivías en tu burbuja de felicidad individual en la que dejaste de lado a todos.

Tensé la mandíbula ante su poca empatía, pero decidí ignorarla para evitar entrar en su juego, no era el momento.

Linda esperaba que le respondiera, pero el interlocutor desde el otro lado de la línea logró captar su atención olvidándome por completo. Se alejó un poco, y me centré en mi padre, que había cerrado los ojos y hacía largas respiraciones. Sentí frustración al aceptar que mi hermana había dado en el clavo, como siempre.

Estaba tan cegado con mi aparente felicidad que había olvidado que mi familia también necesitaba de mí, al igual que yo de ellos, y no empeñarme en creer que saldría adelante solo.

—Muy bien, el doctor tiene un hueco en veinte minutos —anunció Linda—. Espero que Owen sea honesto y nos cuente qué le ocurre a papá o de lo contrario me plantaré en la consulta de Richardson y armaré un escándalo —advirtió sin sutileza alguna.

Por supuesto que iba a preguntar qué ocurría, era momento de aportar y volver a conectar con ellos, aunque eso me llevara al pasado en cuanto volviese a pisar la clínica.

—Me iré a cambiar —anuncié.

—Claro que debes hacerlo, el andar de indigente no está de moda; además, solo faltaba que cayeras en un resfriado para entonces tener a dos quejicas en casa.

—En todo caso a quien le molestaría sería a mamá, tú tienes casa, marido e hijos y creía que un trabajo, pero veo que...

Linda se cruzó de brazos y volvió a rechistar:

—Si crees que me hace ilusión ese nuevo estilo de vida que has escogido, déjame decirte que no me apunto a ese club de derrotistas al que de repente parece que perteneces y, ahora que recuerdo, Macy Palmer ha llamado, no sé si la recuerdas, pero es la directora del instituto.

—Linda, no sigas.

Mi hermana ladeó la cabeza con una ceja levantada.

—¿Y por qué no puedo decírselo yo o pensabas adornar las palabras para que no se sintiera presionado?, es un hombre, no un niño. Hace más de veinte años que dejó incluso de ser virginal.

No le hace ningún bien que lo tengáis aquí en casa, como un monigote, lamentándose.

—¡Linda! —protestó mi madre llevándose las manos a la cara.

Ladeé mi cabeza hacia ella para mandarla a la mierda, era mi hermana mayor, pero no tenía derecho a juzgarme de la manera que lo estaba haciendo.

—No sé qué coño te está...

Levantó un dedo con el mentón erguido y mirándome por encima del hombro.

—No he terminado, curiosamente, fui yo la que contesté y solo Dios sabe que no era la más indicada. El caso es que preguntó si teníamos internet en casa, ya que aún no le habías respondido a los correos que te ha enviado con respecto a tu incorporación al equipo del profesorado.

»¿Cuándo ibas a notificarnos que ocuparías el puesto de profesor en el instituto? —siguió reprochándome, y volteé los ojos—. ¿O lo que en realidad quieres es que te echen de verdad y ser una piltrafa humana?

—¡Linda! —protestó mi madre abriendo los ojos, sorprendida ante su actitud tan roñosa.

Sabía que no tardaría en soltarme sus burradas, no era la primera vez que usaba ese método, solía hacerlo con sus hijos, que me llamaban contándome lo mucho que odiaban a su madre. Imaginé que exageraban, pero acababa de darme cuenta de que no era así.

No tenía fuerzas para discutir con una mujer con suficiente carácter para dejar *KO* hasta al más fuerte, tampoco iba a dejarle ganar tan fácilmente.

—Se nos hace tarde, papá —anuncié—. Voy a por un jersey y la cazadora, pero seguiré en modo indigente, a lo mejor nos atienden mucho más rápido —añadí con ironía—. Y Linda —llamé su atención—, sí, Moniqué me abandonó y me dejó en la puta calle. No he revisado el maldito correo electrónico desde que volví a la ciudad, pero me parece que Wilson no está haciendo bien los deberes.

—¡Owen! —exclamó mi madre sorprendida. No le di tiempo a Linda para que me respondiera, me di la vuelta con rapidez para subir y cambiarme—. ¡Oh, Dios mío! Siento que me voy a desmayar.

—Tranquila, mujer. —Escuché a mi padre decir—. Deberías estar acostumbrada, viene en su ADN y es por el lado de tu familia.

2

Todo cambia

OWEN

Durante el trayecto hasta la clínica del doctor Richardson, medité sobre todo lo que Linda me había echado en cara. Debía aceptar que hasta ese instante me daba igual si perdía o no esa vacante, pero era cierto que estaba mandando mi vida a la mierda más rápido de lo que pensaba.

Me sorprendió que Palmer fuera la directora. Aún la recordaba desde los tiempos en que estudiábamos juntos: diminuta y siempre altiva ante cualquiera que se atreviese a burlarse de ella.

Era bueno que alguien como ella fuese la directora del instituto; alguien que no solo había nacido en la ciudad, sino que conocía a los padres de los alumnos, que en algún momento fueron sus compañeros. Tendría que llamarla en cuanto saliera del médico y pedirle disculpas, después de revisar algunos correos suyos mientras esperaba a que atendiesen a mi padre.

Suspiré en alto en cuanto vi el pequeño edificio que hacía muchos años no pisaba y que me traía grandes recuerdos. Lo que nunca me imaginé es que la vida en una clínica fuese tan estresante, supuse que era por el día —viernes—. Por alguna extraña razón las personas habían decidido quejarse más de lo normal, añadido a los niños saltando de un lado a otro, que mantenían una energía sobrenatural que desconocía de dónde salía.

Pensaba que estaba acostumbrado a la jauría de adolescentes a los que les daba clases, pero, sin duda, la paciencia de los padres era infinita. A eso tenía que sumar el que ciertas mujeres de edad avanzada, que me reconocieron al instante, querían saber de mi vida sacando conclusiones con su mirada. Sin embargo, la gota que colmó el vaso fue la recepcionista.

Era la primera vez que me topaba con una tan joven, tal vez rondaría unos quince años, pero con una actitud de predisposición sorprendente que descubrí en cuanto me acerqué al pequeño mostrador.

—Buenos días, soy Owen Grey, mi hermana Linda ha...

Me interrumpió fijando sus ojos en mí, con una mirada aburrida propia de mis alumnos cuando me dirigía a ellos para enfatizarles sobre un error entre fechas y hechos.

—Si tiene cita —me dijo a modo de saludo—, siéntese, todos vienen a lo mismo.

—Me lo imagino —le respondí—. Nadie viene al médico por gusto.

Levantó una ceja y siguió observándome de la misma manera.

—Si eso cree, puede preguntarles a aquellas mujeres, que vienen todas las semanas, aburridas, y les quitan un valioso tiempo a los especialistas contándoles todo lo que han hecho. Si tiene alguna otra duda puede expresársela al doctor en cuanto le toque su turno.

—¿Estás hablando en serio?

Sin mirarme levantó la mano señalando las sillas donde se encontraban los pacientes que estaban esperando, dándome a entender que no seguiría respondiéndome.

Suspiré en alto, estaba acostumbrado a ganarle la partida a chicos como ella. Carraspeé un poco para llamar su atención, pero mi padre sujetó mi brazo.

—Es mejor que nos sentemos —me pidió—. Así saldremos mucho más rápido del lugar.

Razón no le faltaba, pero tenía ganas de decirle que no era la mejor forma de tratar a los pacientes.

En todo caso, el estar allí me trajo muchísimos recuerdos que creí que no me llenarían de anhelo. Comenzaba a pensar en si sería capaz de preguntarle a Richardson sobre su hija Norah, con la que compartí más que una amistad, pero que no terminó nada bien.

Cuando nos llamó la enfermera me llevé una decepción al no ser Robert Richardson quien atendería a mi padre. Durante la consulta supe que el estrés estaba logrando que la tensión de mi padre subiera más de lo normal, logrando que los nervios y músculos del pecho se inflamaran.

Debía, sí o sí, cuidarse; algo que, al parecer, él ya lo sabía y que había ignorado. Decidí hacerle más preguntas sobre las consecuencias si mantenía un ritmo de vida que desconocía y que me diese las recomendaciones para que mejorase.

Al salir de la consulta, sabía que tenía que armarme de paciencia para intentar hablar con la joven recepcionista, pero esta vez era otra mujer quien estaba en el mostrador. Atenta, receptiva, llevándome a la conclusión de que la chica anterior tal vez era una paciente más y me había tomado el pelo. Rogaba para que no fuera así o sería la comidilla de la semana.

En cuanto subimos al coche, me armé de valor para hablar seriamente con mi padre.

—Papá, pensaba que la vida de jubilado era relajada. —Necesitaba saber por qué había llegado a esos extremos. Se echó a reír por mi reproche—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Verás, hijo, a pesar de que vivimos en una ciudad muy pequeña, nuestra gente bastante mayor necesita ayuda.

—Dudo que no haya ningún hombre joven para echar una mano. Lo que me parece es que la vocación de ayudar se mantiene, además, se supone que te habías comprado la radio local para cumplir ese sueño que tanto deseabas, y así dejarías la política del todo.

—Cada uno nace con una vocación, he trabajado con la comunidad durante décadas y es difícil deshacerse de ella de un día para otro. Además, disfruto de ambas, así como lo hacías cuando estabas en el instituto, ¿lo recuerdas? Lograste crear ese programa juvenil con Norah...

¡Norah! Seguía sin saber nada de ella desde que cortó nuestra relación y cada uno siguió su camino. En realidad, había sido por mi culpa, la había cagado a lo grande. Asistí a una fiesta universitaria en la que me emborraché, estaba contento porque había logrado pasar el año sin tener ninguna materia suspendida. Entre las cervezas, y un porro que alguien me pasó, terminé liándome con una compañera, y Norah apareció en ese momento para darme una sorpresa.

Norah era atractiva a su manera, tenía unas curvas que eran mi perdición, sin dejar de lado lo interesante que me resultaba hablar con ella de cualquier tema, lo cual podía llevarnos horas.

En el instituto, cuando le pedí que fuese mi novia, se sorprendió, no es que yo fuera el más popular, estaba en la presidencia estudiantil, mi voz y mi voto eran importantes. Se tomó su tiempo para aceptarme y que yo le demostrase que de verdad estaba enamorado de ella, y así era.

Norah fue mi primer amor. Jamás podría ignorar que con ella viví los mejores momentos de mi vida, entre ellos, el programa que juntos creamos.

Con el tiempo entendí que mi gran caída mandó al traste sentimientos y una fuerte amistad.

—Ya me las apañaré en delegar en Carlos y en Louise las peticiones de ayuda de los vecinos con más edad de la ciudad y que llegan a la radio por medio del buzón de voz. Hablando de ella, le diré a Norah que puede encargarse de la misma.

Me giré hacia mi padre, desconcertado ante esa información. Me daba la impresión de que lo hacía con algún propósito.

—No tenía ni idea de que había vuelto.

—Sí, volvió hace dos años y un buen día apareció en casa proponiéndome una sesión semanal en la radio.

Volví la vista de nuevo hacia la carretera meditando sobre lo que acababa de enterarme.

Había sido difícil para los dos estar en universidades distintas, pero no vivíamos tan apartados, por lo que cada vez que podíamos nos dábamos una sorpresa. Norah decidió cambiarse de universidad al otro extremo del país cortando todo tipo de comunicación conmigo.

—¿Y qué se supone que hace en la radio? —le pregunté con evidente curiosidad.

—Tiene un programa.

—¿Y de qué va su programa?

Mi padre sonrió con un bufido.

—Al principio pensé que retomaría lo que ambos creasteis.

Fruncí el ceño.

No es que tuviera los derechos, ni siquiera me preocupé por saber si alguien daba continuidad al programa una vez que nos graduamos. Mi meta la había cumplido, la de entrar en Yale, me había esforzado mucho, así que pensé que otro seguiría el legado.

—Me alegra que alguien retome un programa juvenil.

—¿Por qué he captado en tu voz cierta ironía?

Suspiré en alto, arrepentido, tenía envidia de no haber retomado esa idea en el instituto donde daba clases.

—Tienes razón, se me hace raro que durante mucho tiempo nadie se hiciera cargo y años después lo haga precisamente ella.

—Estás haciendo conjeturas sin conocer la verdad —me reprochó mi padre—. Su programa es muy importante, los jóvenes tienen muchas ideas locas en la cabeza, y Norah ha logrado que, a través de preguntas anónimas, sean respondidas dándoles ayuda ante muchas situaciones a las que no saben cómo enfrentarse.

Me llamó la atención todo lo que me explicaba, quería saber más, pero si preguntaba podría pensar que me interesaba más de la cuenta, así que opté por cambiar de tema.

—Entonces, por lo que veo, sí tienes ayuda. No entiendo por qué has terminado a punto de un colapso.

Mi padre se echó a reír.

—¡Me has pillado!, a decir verdad, la mayoría tiene su vida y su trabajos, y yo tengo tiempo de sobra.

—Papá, una cosa es ayudar de vez en cuando y otra creerse el todopoderoso.

Volvió a reír.

—Me lo dice el hombre que de joven solía hacer lo mismo.

Esta vez sonreí al aceptar que tenía razón.

Al llegar a casa, mi madre me contó lo que él no sé atrevió a explicarme, era casi el empleado voluntario de la ciudad. Mi madre protestó y dramatizó con lo que podía suceder si seguía en esas andadas, hasta que se giró seriamente hacia mí.

—Macy Palmer ha llamado de nuevo.

Suspiré en alto recordando que iba a llamarla y luego a revisar los correos electrónicos.

—Es hora de que retomes y que releves a tu padre en todo.

—¿Qué?

—Owen, para poder seguir adelante necesitas mantener esa mente ocupada. No quiero tenerte encerrado en esa habitación como lo has estado desde que llegaste, así que lo mejor es que vuelvas al trabajo y te ocupes incluso de la radio.

—¡Mamá! No te conviertas en Linda.

—Te recuerdo que soy la madre de los dos y puedo ser peor que ella. Estamos a mitad de mes y sigues en modo «me importa un pepino el mundo».

—Conozco el programa de estudio, es igual en todo el país y en cuanto dejes de pensar que soy la peor mierda del mundo llamaré a Macy y le pediré disculpas por estar ausente estos quince días. Con respecto a la radio, papá me ha dicho que Carlos, Louise y Norah se encargarán, por lo que no hace falta que meta las narices donde no me llaman.

—Es cierto, le dije que me las apañaría.

—¡De eso nada! —enfaticó mi madre—. Se encargará de todo lo que has hecho hasta ahora, necesita reconectar consigo mismo y ¿qué mejor que hacerlo con la gente que realmente lo conoce? Sabía que debía volver en cuanto Moniqué lo abandonó, nunca me gustó y lo sabéis.

Suspiré en alto, en eso tenía razón, mi madre nunca aceptó a mi exmujer y por ello apenas volvía a la ciudad. Si lo meditaba debía aceptarlo, el estar encerrado no me había beneficiado en nada, por lo que mover un mueble o ayudar a colgar un cuadro no quitaba tiempo de mis clases en el instituto y mucho menos hacerme cargo de la radio.

Sabía cómo se manejaba y dudaba que hubiera cambiado en aquellos años de ausencia.

—Está bien —respondí—. Voy a llamar a Palmer, pero, aparte de mover muebles, ¿qué más hacía papá? —Mi madre sonrió, segura, y de un cajón sacó un papel que me dio.

Al leerlo abrí los ojos y los miré.

—¿Esto es en serio?

—Sí —respondió mi padre con una sonrisa de lado—. No eres el único que ha estado lidiando con adolescentes, y fue uno de los motivos por los que acepté que Norah hiciera su sesión en la radio.

Volví a mirar el papel tratando de entender por qué mi padre había decidido asumir semejante tarea.

—¿Y cuándo se supone que es esto?

—No lo llames «esto», es el club de lectura: «No sé qué rayos hago aquí», al cual asiste una variedad de jóvenes. Es el último jueves del mes en la biblioteca municipal.

—¿Por qué tengo la intuición de que es una encerrona?

Mi madre respondió por los dos:

—¿Nos crees capaz de eso, Owen? —Se llevó la mano al rostro, indignada, y suspiró con drama—. Si no te apetece, se buscará a otra persona, seguro que debe de haber alguien que quiera sustituir a tu padre.

—Bueno, entonces que me sustituya también en eso de ser el ayudante de la ciudad. —Esta vez mi madre puso los brazos en jarras y me miró con el ceño fruncido.

—Recuerdo que no he criado a un hombre mezquino, si tanto te molesta ayudar a otros, no lo hagas, ya me encargaré de todo, como lo he hecho los últimos años desde que decidiste hacer tu vida.

Sin decir nada más, se giró dejándonos a mi padre y a mí en el salón. Si bien no deseaba ser partícipe de nada, no quería que hubiese rencillas en casa, ya tenía suficiente con mi pelea con el mundo para tener que mantener una confrontación con mis padres y, lo que era peor, con Linda.

Solté aire, resignado, y chasqué la lengua.

—Al menos puedes decirme qué libro habéis escogido para leer.

Mi padre me miró y sonrió.

—*Drácula*.

3

Aceptar el presente

OWEN

Después de escuchar a mi padre no me quedó más remedio que sonreír.

—Tranquilo, hijo, estoy seguro de que sobrarán voluntarios para llevar el club de lectura.

Solté aire deseando que fuese así, ya que daba por hecho que iría a la radio para ponerme al día y explicarles que durante un tiempo estaría al mando.

Me recordó que él llevaba el programa matutino. Comenzaba a arrepentirme. En un instante cambió mi vida. Había dejado de dar clases en Boston en uno de los mejores institutos de la ciudad para hacerlo en el que yo estudié, así como también para ser el voluntario del pueblo y llevar un club de lectura con un nombre que encajaba a la perfección cómo me sentía, sin dejar de lado que dirigiría la única radio de la ciudad.

—En la radio hay un buzón de quejas y allí encontraréis las de los vecinos que necesitan ayuda en casa. Se acordó en el ayuntamiento esa iniciativa, al igual que el que llamasen y dejarasen un mensaje en el contestador, una forma de mantener contacto con ellos.

—Veo que lo tenéis organizado —respondí con ironía—. No sabía que había tantos programas en la radio para hacer una reunión semanal.

—Owen, no sigas a la defensiva, si planificamos lo que se hará la siguiente semana es porque es la base para que siga funcionando, recuerda que es una emisora pequeña. Carlos se encarga de poner la música y recoger peticiones, y allí los chicos hacen su programa, luego se deja música hasta la mañana siguiente.

—Las explicaciones a cuentagotas me tienen totalmente confundido, primero me dijiste que Norah había retomado el programa que habíamos creado, luego que no era el mismo y ahora tenéis un programa juvenil llevado por jóvenes, es decir, el programa que creamos hace años ha vuelto a funcionar.

—No es igual, las generaciones cambian.

—Los adolescentes siguen comportándose de la misma manera —le hice saber, para que recordara que trabajaba con ellos.

—No voy a discutir sobre los derechos de un programa del que ni siquiera tenías la patente, ya que, así como tú lo propusiste y lo llevaste a la realidad, millones de adolescentes también lo hicieron. Además, el programa de Norah es una vez a la semana durante cuarenta minutos y no hay llamadas en vivo ni peticiones de canciones. Se basa en otros temas que han sido, en algunos casos, peliagudos.

Suspiré en alto evitando así decirle lo que pensaba.

—Voy a llamar a Macy —le anuncié, y me retiré a la habitación para hacerlo.

Después de disculparme y explicarle mi ausencia, le prometí revisar de inmediato los correos y enviarle uno con un resumen de mi programa de estudio. Cinco minutos después, encendí el portátil para ponerme a ello.

El fin de semana lo dediqué a repasar el programa de estudio y centrarme en que debía dejar el pasado atrás para evitar estar predispuesto ante unos jóvenes que desconocía.

El lunes me desperté más temprano de lo normal para ser puntual con la reunión que iba a tener

con Macy, ella fue concisa y precisa, sin dejar de lado la reprimenda que me había ganado por ser tan irresponsable. Me confesó que decidió que la llamada del viernes sería la última que haría y que, si hubiera seguido sin dar señales de vida, simplemente me habría despedido.

Había olvidado lo exigente que era con respecto a lo académico y con ello me contó lo que podía encontrar en los cursos que iba a tener bajo mi cargo. Y, sin más, cambió el tema para dejarme claro que en el instante en que se corriera la voz de que estaba soltero me lloverían ofertas de lo más dispares y de las que menos me imaginaba, por lo que me aconsejaba que buscara un apartamento de soltero. Sonreí por cortesía, lo que menos tenía en la cabeza eran citas y relaciones amorosas.

—Para ser sincero, es lo que menos me apetece en estos instantes.

—Entiendo que estés a la defensiva, pero sigues siendo guapo, Owen, las cosas son como son.
—Me eché a reír.

—No me parezco ni en mil años a ese Owen que conociste en este instituto —respondí riéndome.

No podía creer que me viese igual, estaba más que seguro de que había cambiado en todos los aspectos. Macy suspiró en alto y me pidió que la acompañara a la que sería mi clase del día. Abrió la puerta y saludó a los alumnos explicándoles que el profesor de la materia estaba al otro lado de la puerta.

Hubo protestas, y ella, con la mano, me pidió que pasara. Lo hice con ese cosquilleo que tuve la primera vez que entré en un aula repleta de adolescentes que odiaban una materia, según ellos, terriblemente aburrida.

Al girar para enfrentarme a los chicos, me sorprendí al ver a la joven que me tomó el pelo en la consulta de Richardson. Las casualidades de la vida algunas veces eran una mierda, debía ser imparcial y fingir que no la conocía; afortunadamente, ella también lo hizo.

Decidí comenzar con la presentación de mi programa haciéndoles preguntas sobre lo que estaban estudiando. En los correos de Macy pude saberlo, pero me gustaba que ellos mismos, para bien o para mal, lo resumieran. Uno de ellos comenzó a hacerlo hasta que la chica engreída se echó a reír. Levanté un dedo para pedirle al alumno que se detuviera en cuanto la mandó callar.

—No me opongo a que mis clases puedan resultaros aburridas —informé a todos—, pero es la primera vez que veo que a alguien le parece divertida, así que podría darnos la fórmula, señorita...

—Samantha Walker y, si así lo quiere, todo este rollo de clase podría resumirse si viéramos la serie en la que ese bigotudo alemán ganaba la guerra en vez de perderla, y los Estados Unidos terminaron en manos de los nazis.

—¡Joder, Walker! Ya estás otra vez con tus fantasías —protestó otro alumno—. Además, esa serie es un bodrio.

—Y lo dice el que se pasa el día viendo porno manga —gritó mientras se giraba y le sacaba el dedo—. Nick, ¡piérdete!

—Es lo que deseas y que lo haga contigo, ¡preciosa!

Las risas se hicieron paso, por lo que tuve que intervenir antes de que perdiera el mando en los primeros diez minutos de haber pisado el aula. No sabía de qué hablaban e intentaba estar al corriente de lo que podía ser moda para ellos.

—Es interesante saber qué habría pasado si los aliados hubieran perdido la guerra, pero, afortunadamente, no sucedió y tenemos que entender que todo lo que vivieron nuestros abuelos cambió nuestra sociedad.

»No sé si conocéis a Ken Follett^[1], pero sería magnífico poder estudiar uno de sus libros de la

trilogía *Century*, en la cual se relata, desde varios puntos de vista y nacionalidades, lo que fue vivir esos grandes cambios de la humanidad.

A partir de ese momento, la clase mostró interés con lo que les informaba, incluso Samantha Walker, que en un principio frunció el ceño, se interesó en conocer más sobre esos libros. La hora se fue volando y por ello les di la opción de decidir si querían estudiar ese tramo de la materia por medio de la trilogía o simplemente querían que siguiéramos el orden del programa.

Al terminar mi horario escolar, volví a casa y me encontré a mis padres en el sofá. Me sentí como esos días en los que llegaba tarde y me esperaban para algún compromiso, por lo que fruncí el ceño ante tanto misterio.

—¿Se puede saber qué pasa? Si es por la dichosa lista, ya iba a verla, si ese es el problema.

—Para eso tienes dos opciones: o entrar a la página desde mi ordenador, o ir directamente a la radio, algo que sería mejor para todos. —Volteé los ojos.

—¿De verdad queréis que vaya a la radio?

—¡Claro que no! —respondió mi madre con ironía—. Pero a ti te gustaba hacer las cosas presencialmente y no por medio de un aparato, es casi inhumano.

Estaba cansado, había perdido el ritmo de tener hábitos y horarios, pero haría el esfuerzo con tal de no escuchar a mi madre protestar. Me giré para ponerme de nuevo la cazadora y antes de salir los miré.

—Iré a la radio a enterarme de qué movida tenéis montada en ella.

Mi padre miró el reloj y sonrió.

—Si así lo deseas.

Puse los ojos en blanco y pasé de responderle, comenzaba a preguntarme si Macy tendría razón en eso de alquilar un apartamento de soltero, pero no para que fuese mi picadero, sino para dejar de tener que suponer que todos deseaban que me mantuviera ocupado las veinticuatro horas del día.

Este estudio de grabación que me dio grandes momentos

OWEN

En cuanto llegué a la radio se arremolinaron dentro de mí sentimientos encontrados. Cuando propuse al comité estudiantil crear la radio, les expliqué que mi padre había logrado que nos cedieran el espacio gracias a que era el alcalde, y así podíamos tener una voz con la que podríamos hablar desde los últimos estrenos del cine, opiniones sobre temas actuales, de deportes, aspiraciones, sin olvidar la sesión de cotilleos.

Miré el pequeño edificio recordando todos esos momentos que disfruté y que me hicieron desarrollar mi pasión por la historia, en ese espacio que logramos crear, se me ocurrió la idea de que entendiéramos en ese entonces la importancia de cada acontecimiento bajo nuestro punto de vista.

Debía reconocer que desconocía todos aquellos proyectos y lo que se cocía en casa, mi padre trabajó muchos años como alcalde, y tal vez ese espíritu altruista era el que lo mantenía en esa tesitura de seguir ayudando por medio de ese espacio.

Lamentaba el tener que saber de ello de esa manera, apenas regresaba el día de Acción de Gracias y algún que otro fin de semana al año. Al entrar me tropecé con Louise, era la recepcionista y secretaria de la radio. Me sorprendió verla trabajando aún y lo bien que se conservaba a pesar de los años.

—Buenos días, ¿desea algo? —Frunció el ceño y se recolocó las gafas—. ¿Owen?

—El mismo.

—¡Madre mía!, pero ¡qué cambiado estás! —Se levantó para salir del recibidor y darme un abrazo—. Eres todo un hombre, apenas pude reconocerte.

—Bueno, tampoco he cambiado mucho, solo que ahora tengo que afeitarme a diario y tengo menos músculos y algo de barriguita.

Se echó a reír.

—¡Qué modesto eres!, yo no veo por ningún lado la barriga. —Sonreí, no iba llevarle la contraria, pero, después de que Moniqué me dejase, abandoné todo lo que tuviera que ver con la vida sana, por lo que estaba seguro de que había aumentado algunos kilos—. Y, bien, ¿qué te trae por la radio?

—¿Qué te parece si te cuento que por un tiempo me encargaré de ella hasta que papá se recupere?

—¿Cómo? ¿Qué le ha ocurrido a Hunter?

Su pregunta fue acompañada de una expresión de nerviosismo. Quizá debí explicarle que mi padre necesitaba descansar, pero eso implicaría contarle todo lo que me había dicho el médico.

—Nada de lo que seguro debes saber —respondí con rapidez—. Y, ya que he vuelto para quedarme, me he comprometido a encargarme de ciertas tareas que ha estado haciendo él.

Me observó escudriñándome y supe que esa mierda de respuesta la llevaría a sacar conjeturas, debía pensar una explicación que fuera precisa.

—Sí —respondió finalmente después de un largo suspiro—. Últimamente Hunter lleva más carga de la que tenía antes de jubilarse, pero pasa, Carlos se alegrará de verte. —Abrió los ojos y

apretó los labios—. Aunque creo que es mala idea, ¿por qué no esperas mejor en la oficina de Hunter? Y, cuando Carlos termine de grabar, le digo que pase por allí.

—No te preocupes, no tengo una banda musical detrás que pueda sabotear la grabación, además, podré observar su trabajo —le respondí sin entender muy bien por qué en segundos había pasado de estar contenta por mi regreso a preocupada por lo que pudiera hacer.

Soltó aire con dramatismo, no sé qué pasaba, pero últimamente las mujeres eran más dramáticas de lo que podía entender.

—No es por Carlos, es porque... —Apretó los labios de nuevo—. Es la hora del programa de Norah Richardson, no sé si lo recuerdas.

Me costaba creer que Norah mantuviese el rencor por algo ocurrido hacía veinte años, a decir verdad, había olvidado que hablaba con Louise y que sabía al dedillo la vida de todos y, a pesar de que nos conocía de siempre, debía aceptar que ambos habíamos rehecho nuestras vidas y éramos adultos.

Y, ya que estaba ahí, podría conocer de qué se trataba ese misterioso programa. Sin pensarlo más, ladeé la cabeza y miré a Louise.

—Sé que Norah tiene un programa, mi padre me lo ha comentado y será perfecto para saber de qué se trata —rebatí sonriendo, a la vez que caminaba hacia el pasillo donde quedaban los dos estudios de la radio.

—Pero..., pero, Owen...

Seguí caminando, no iba a dejar que cualquier excusa que me diera me impidiera saciar mi curiosidad. Dejé de escucharla en cuanto soltó un: «¡Maldita sea!». Y proseguí deteniéndome frente a la puerta de uno de los estudios de sonido, en donde estaba Carlos.

A él lo había visto en alguna ocasión en casa de mis padres con su familia, por lo que me reconoció al instante y me saludó, aunque al segundo miró hacia el cristal del estudio de grabación y luego a mí, de nuevo, sonriendo nervioso.

No entendía tampoco su comportamiento, el hecho de que hubiéramos terminado nuestra relación no significaba que hubiese un compromiso con anillo incluido. Finalmente, Carlos, con su mano, me pidió que entrase, y lo hice. Solo entonces, a través del cristal, vi a Norah Richardson.

Una Norah Richardson muy distinta de aquella con la que viví una bonita relación. No era esa chica pelicastaña de ojos de un azul intenso y una dulce sonrisa. No sé si era la madurez de los años, pero estaba ante la mujer más guapa que había visto hasta entonces.

El pasado siempre vuelve

NORAH

Llegaba demasiado tarde a la grabación del programa, desde muy temprano todo me había ido bastante mal, comenzando con la discusión con Samantha, por aceptar la petición de Eleonor de sustituirla en la clínica de nuevo para darle una sorpresa de cumpleaños a su marido.

Para Samantha era la excusa perfecta para faltar a clase.

Macy Palmer me llamó notificándome sobre las ausencias de Samantha, si bien no iba mal a nivel académico, sus continuas faltas en algunas materias y lo desafiante que era hacia el profesorado la tenían en la mira para una expulsión. Aquella actitud era un castigo que me imponía por haberla alejado de su vida, de sus amigos en Denver.

Sin embargo, habían pasado ya dos años de eso y no podía seguir aceptando la misma excusa de ayudar a Eleonor, considerando que ya era mayor y estaba liándose con los historiales de los pacientes. Esta vez me adelanté en cuanto me percaté de que se alistaba más temprano de lo normal para amenazarla con cortar la línea del móvil si volvía a faltar a clase.

Una discusión a primera hora de un lunes no era beneficioso para ninguna, después de gritarme salió por la puerta de la cocina. Solté aire, resignada, y llamé a Eleonor para hablar seriamente y ofrecerme para echarle una mano. Eso me llevó a cancelar las citas *online* con pacientes que había dejado en la consulta que tenía en Denver. Sin olvidar que tenía que grabar un programa bastante difícil.

Me había imaginado que sería complicado, lo que nunca pensé era que lo fuese tanto. Creí que creando el programa ayudaría a Samantha a darse cuenta de que no era la única que vivía situaciones traumáticas; no fue así.

Cada día se me hacía cuesta arriba el que no confiara en mí, esperaba que en algún momento soltase toda esa rabia que mantenía contenida, pero no lo hacía, al menos conmigo no, por lo que opté por otra fórmula, deseando que los temas que trataba en el programa lograsen que en algún momento diera el paso.

Ese día me tocaba hablar de nuevo de la separación y las consecuencias de ello, tal vez Samantha lo supo y por ello actuaba de esa manera desde la semana anterior. Estaba segura de que, cuando me quedaba dormida, aprovechaba para fisgonear entre mi trabajo y así enterarse del tema que trataría la siguiente semana.

Reconocía que la había arrancado de una vida segura de buenas a primeras, pero necesitaba salir, necesitaba huir de esa casa que un día fue nuestro hogar, de esa habitación que un día consideré mía y de ese trabajo donde tenía que soportar lo que todos conocían y callaban siendo cómplices de una traición como la que viví.

Es por ello que, al llegar y explicarle a mi padre las razones de mi vuelta, me aconsejó que la mejor manera de salir adelante era mantenerme ocupada. Me notificó que la ciudad había adquirido cierto prestigio al crearse unos *spas* y hoteles rurales por la zona, logrando que la densidad de la población aumentara y con ello los pacientes, por lo que necesitaba que le echara una mano.

El problema era que mi campo no tenía que ver con la medicina tradicional y por ello no estaba

capacitada para ejercer como médico de familia. Sin embargo, me di cuenta de que no hablaba de ese tipo de enfermedades, hablaba de esas para las que me había especializado y que en esos *spas* necesitarían de mis servicios, por lo que decidí presentarme y ofertar un paquete que diseñé dedicado al crecimiento y reencuentro personal acorde a lo que ellos ofrecían.

De inmediato me contrataron, y eso me animó a abrir una consulta en la clínica familiar de mi padre, pero un día, mientras conducía para ir al *spa*, encendí la radio y escuché a Hunter Grey opinando sobre temas de interés. Entonces supe que también podía aportar a la comunidad dando consejos semanales en la radio, dudé unos segundos cuando los recuerdos me invadieron.

Comprendí que, si en ese momento hubiera tenido a alguien que sintiera empatía y tendido la mano para ayudarme, tal vez, me habría dado cuenta de la clase de ejemplar con el que me casé y no hubiera dado el «sí, quiero» con tanta rapidez.

Sí, era psicóloga, pero también era humana, cometía errores, y el desamor me llevó a creer que había encontrado al hombre de mi vida y no fue así.

Tocar la puerta de los Owen sería difícil, pero necesitaba hablar con Hunter sobre mi idea y sin pensarlo más lo hice. Ese día todos los recuerdos se arremolinaron en mi mente en cuanto entré por el umbral y me senté en ese sillón, donde, por primera vez, fui besada y en donde fui abrazada miles de veces. Esos recuerdos siempre habían permanecido nítidos a través de los años.

Lo único que me daba fuerzas de mantenerme tranquila era que Owen no estaba en la ciudad; según los cotilleos, se había casado y hecho su vida en Boston. Los dos habíamos tomado caminos diferentes, era lo que yo solía decir para dejar zanjado el tema, aunque la mayoría que había vivido desde siempre en la ciudad supo la verdad, después de todo.

Hunter Grey siempre me trató con cariño y en esa ocasión fue igual, sin dudarlo, aceptó mi propuesta anunciándolo en la radio y explicando que se abriría un apartado llamado «confesiones anónimas» en la página de la emisora.

De esa manera, los jóvenes sin miedo a que fuesen descubiertos dejarían sus dudas. Comenzamos a desarrollar el programa con la primera fase, la cual consistía en hablar sobre temas sin tapujos hasta que llegaron los primeros mensajes que fui resolviendo cada semana.

Y, a pesar de que mi vida profesional lograba estabilizarse, la familiar no, mi exmarido no solo había cortado comunicación conmigo, también lo hizo con Samantha.

El proceso de separación era diferente en cada pareja, sobre todo, si había hijos de por medio. Mis intentos a diario de ganarme la confianza que una vez tuve con Samantha cada vez me desgastaban más.

Miles de veces me apliqué los consejos que había aprendido a través de los años y determiné que ambas necesitábamos ayuda, el problema era que Samantha se negaba a ir. Me aferré a lo único por lo que al parecer sentía pasión; la clase de Literatura e Historia. Fue por ello por lo que el orientador del instituto le sugirió que se apuntara al club de lectura que se impartía en la biblioteca pública y que dirigía Hunter, el cual me contaba siempre lo participativa que era en esos minutos.

No sabía cómo actuaría ese día y los siguientes hasta que se emitiera el programa el jueves. Algunas veces me hubiera gustado contarle lo mucho que lloré durante las noches en la habitación de invitados al negarme a volver a dormir en esa cama en donde encontré a su padre con una paciente.

Cerré los ojos, en algún momento las dos lograríamos entendernos y poder seguir adelante.

Suspiré en alto y comencé:

—Hola, queridos oyentes, os habla Norah Richardson con el fin de ayudar a todo aquel que se

siente perdido en estos momentos. Desde que anunciamos el tema que trataríamos esta semana, hemos recibido muchas preguntas en el buzón. Os doy las gracias una vez más a los jóvenes y a los padres por participar.

»Sabéis que por falta de tiempo no puedo responder durante esta hora a vuestros mensajes, pero el equipo y yo hemos escogido al azar algunas de vuestras dudas y preguntas. Recordad que responderé por correo todas las que se quedan en el tintero tratando de que sea lo más pronto posible. Sin más, vamos a darle paso a un minuto de publicidad y ¡comenzamos!

Ladeé mi cabeza para pedirle a Carlos que pasara a la publicidad y solo entonces lo vi. Owen Grey estaba detrás del cristal.

6

Los sentimientos aparecen a pesar de creer que estaban muertos

NORAH

Siempre creí que el día en que volviera a encontrarme con Owen Grey sería de lo más cordial, como un desconocido que una vez fue parte de mi vida. A través de aquellos años había creído que los amores de juventud eran ilusiones que te ayudaban a tener experiencias para las futuras relaciones.

La última vez que lo vi fue en esa maldita fiesta morreándose con esa mujer, estaba tan borracho que ni siquiera me reconoció. Me sentía humillada y avergonzada, por lo que decidí cambiarme de universidad lo más lejos posible.

Años después entendí que tarde o temprano terminaría nuestra relación por otras circunstancias y mejor que fuera en ese momento y no cuando el amor fuese mucho más profundo.

Era imposible olvidar que teníamos tanto en común que la conexión que sentíamos era especial, me hacía reír como nadie y me hacía sentir hermosa, a pesar de que no tenía la popularidad de aquellas que estaban detrás de él. Fueron momentos maravillosos que terminaron de manera drástica.

Me desentendí de todo lo que tuviese que ver con esta ciudad hasta el punto de que le pagaba los billetes de avión a mis padres para que nos visitaran, por lo que nunca me preparé para una situación como esta, aunque creo que nadie estaría preparado para algo así.

Tanto tiempo estudiando conductas y nada me llevaría a entender por qué se desataron sensaciones que creí que habían muerto. Cerré los ojos y lo achaqué a la tensión del programa y a la discusión con Samantha. Owen era mi pasado, ese amor de juventud que me concedió las primeras veces de tantas cosas, que me robó miles de gemidos y suspiros mientras recorría mi cuerpo y se hundía en mí. Y que también me llevó a conocer a mi exmarido, tratando de olvidar y borrar la huella que había tatuado en mi piel y en mi corazón.

Volví a observarlo, no había cambiado mucho, a excepción de que se veía más varonil con esas gafas y más maduro.

Me pasé la lengua por los labios para centrarme en el programa, a pesar de que un escalofrío atravesó todo mi cuerpo.

—Norah, ¿estás bien? —me preguntó Carlos desde la cabina de sonido.

—Sí —le respondí con rapidez—. Repasaba mentalmente algunas de las pautas. —Era una pobre excusa, pero necesitaba recobrar la sensatez.

—¡Está bien! Quince segundos para darte paso.

Ladeé la cabeza de nuevo y sonreí evitando ver a Owen. Esperaba la luz roja para dar comienzo al programa.

—Queridos oyentes, ¿estáis listos para un programa que os aclarará que no todo está perdido y que podéis salir adelante? La vida está llena de continuos desafíos, y nosotros debemos aprender de ellos. Este programa no os garantizará resolver todas vuestras dudas y miedos, sin embargo, lo que deseo es que conozcáis la otra perspectiva, en la que quizás el dolor y el resentimiento nos ciega. Sin más, comencemos con uno de los mensajes que hemos recibido:

»Hola, me identificaré como Lancelot —empecé a leer—. Y cuando escuché que hablarías sobre las separaciones decidí escribiros. Hace poco escuché en casa la palabra «separación» por parte de mis padres después de una gran discusión entre ellos. Desde entonces, apenas se hablan, me han impuesto un horario para comer cada día con uno u otro y durante esos escasos minutos no dejan de soltarme los defectos que tiene el contrario, incluso de lo que podían o no decirme. Estoy harto de sentirme como si fuese un maldito mediador, lo único que quiero es que me dejen en paz...

»Lancelot, no es fácil la situación que estás viviendo y la mejor manera de que tus padres te aparten, para no seguir haciéndote daño, es que seas honesto con ellos con respecto a cómo te sientes. El amor que sienten por ti hace que sus inseguridades aparezcan y...

Mientras leía un poco la recomendación que había decidido darle a Lancelot, los recuerdos volvieron a mi mente. Aquellos que compartí con Owen en ese mismo estudio, ese programa que creamos en el que las risas, las tonterías y los sentimientos se engrandecieron. No era el mejor momento para que aparecieran, respiré con lentitud mientras seguía con los consejos que podían ayudar a estos chicos.

Me esforcé en esta ocasión para intentar que Samantha se sintiera identificada con alguna de aquellas historias y se atreviera a dar el paso. Finalmente, leí el mensaje dejado por una madre y un padre preguntándose cómo podían ayudar a sus hijos a afrontar una separación y un divorcio.

Cada palabra me llevaba a recordar mi separación, lo difícil que fue el fingir delante de Samantha que había sido de mutuo acuerdo y tal vez mi error fue el no haberle contado la verdad. Lo que menos deseaba era que terminase odiando a su padre.

Al terminar di las gracias por el apoyo que teníamos semanalmente y los invité a participar en el siguiente tema: «Qué significa para ellos: la amistad».

En la reunión de la semana anterior se concretó que trataríamos primero ese tema para que en la siguiente pudiera hablar ampliamente sobre el primer amor y sexualidad. Era momento de levantarme y esperar a que Owen Grey entrase para saludarnos después de tanto tiempo.

Si me aferrara a lo que había aprendido en mi trabajo, sería absurdo, los seres humanos tenían diferentes reacciones cuando se encontraban con aquellas personas que marcaron nuestras vidas.

El problema estaba en que yo daba ese tipo de consejos y por mucho que supiera de métodos, técnicas, no tenía ni idea de la reacción que iba a tener a continuación.

La puerta se abrió, y un sonriente Owen aparecía igual que lo hacía veinte años atrás; esa energía positiva que irradiaba y lograba contagiar sin más, mientras mi corazón se ralentizaba con cada paso que daba con una mezcla de alegría y tristeza dentro de mí.

—¡Hola, Norah! —me dijo en cuanto estuvo frente a mí—. Nunca me imaginé que el volver a vernos sucedería en este lugar.

Reencontrarse con tus sentimientos

OWEN

Durante cuarenta minutos me quedé en silencio admirando a una mujer que hablaba con honestidad y pasión con el único fin de ayudar a otros. Debía darle las gracias a mi padre por no darme detalles sobre lo que hacía realmente Norah, tal vez el interés no hubiese nacido y no estuviera sorprendido como lo estaba.

Cada minuto me preguntaba qué habría sido de su vida durante estos años; ¿estaba casada?, ¿tenía hijos? y, sobre todo, ¿por qué había vuelto a la ciudad?

En ese instante comprendí que no sabía cómo sería nuestro reencuentro en cuanto terminara la grabación. ¿Qué le diría? Necesitaba entender por qué comencé a sentirme nervioso. Como si estuviera a punto de entrar en una cita a ciegas.

Solo entonces recordé el día que acepté que sentía algo por ella y que precisamente fue en ese estudio donde se encontraba.

¡Mierda! Era absurdo todo aquello dentro de mí. Nuestras vidas habían tomado caminos diferentes y lo que alguna vez vivimos lo habíamos superado.

—Queridos oyentes, el tiempo ha volado y me hubiera gustado seguir leyendo vuestros mensajes, pero no es posible, debo recordaros que os responderé a cada una de vuestras dudas a la mayor brevedad posible —indicó Norah, trayéndome de nuevo al estudio—. No olvidéis que desde ya podéis comenzar a dejar vuestras preguntas para el próximo tema que vamos a comentar, este tiene que ver con lo que celebramos el próximo mes; la amistad.

»Sí, hablaremos del significado de la amistad para vosotros, hay amistades de juventud que duran toda la vida o aquellas que nacen cuando vas labrándote un futuro, incluso aquellas que aparecen a mediana edad o ¿por qué no?, en la última etapa de nuestras vidas. Sí, hablaremos de ello y de todo lo que conlleva. Espero con ansias vuestros mensajes. Un beso y recordad que cada amanecer es un nuevo día, una nueva oportunidad.

Norah ladeó la cabeza hacia nosotros, era momento de que yo me acercase. El problema era que no recordaba cuándo había sido la última vez que me sentí tan nervioso ante el encuentro con una mujer. Chasquéé la lengua, ni siquiera con Moniqué me había sucedido.

Mi relación con mi exmujer era totalmente distinta, la conocí por medio de un compañero de la universidad, después de que Norah cortase nuestra relación. El que no me diera ninguna oportunidad me llevó a tomar una actitud estúpida pensando que era libre para hacer lo que me apeteciera, hasta que conocí a Moniqué.

El sexo fue nuestra conexión aceptando que teníamos mucho en común y decidimos dar el paso de casarnos años después de graduarnos. Una boda con flores y cintas en un lugar donde apenas conocía a los invitados, exceptuando a mis padres y familiares cercanos. A partir de ese momento todo comenzó a cambiar; yo estaba entregado a mi puesto de catedrático-jefe en un instituto privado de alto prestigio, y Moniqué se centró en catapultar su carrera de abogacía.

Nuestros caminos comenzaron a separarse, al igual que nuestros intereses. Creía que había encontrado una estabilidad y no supe la realidad de mi fracaso hasta que Moniqué me dejó ese *email*.

Volví a mirar a Norah, que comenzaba a recoger sus cosas, y se levantó, me apresuré a abrir la

puerta para saludarla. Cada vez me sentía más nervioso y no entendía por qué, al igual que no sabía de dónde salía esa necesidad que había nacido con fuerzas para seguir adelante.

Llevaba una blusa que se le ceñía a su cuerpo mostrando lo curvilíneo que seguía siendo, había olvidado el color de su dorada piel, la que tantas veces acaricié; al igual que su pelo, que se movía de un lado al otro en una coleta alta, tantas veces jugueteé con él enrolládomelo en el dedo; pero, lo que más me atrajo y recordé como si hubiese besado minutos antes, fueron sus labios: carnosos y apetitosos.

¡Maldita sea! Sentí un tirón con tan solo pensar en las veces que los mordí y saboreé. Me acerqué un poco disimulando lo que acababa de lograr. Me era difícil dejarla de observar, me sentía un completo adolescente al estar frente a la chica de sus sueños.

Norah me sonrió, una sonrisa genuina que cautivaba. ¡Joder! Era imposible que después de tanto tiempo llegase a sentirme como aquellos días en los que estábamos juntos. Devolví la sonrisa intentando disimular lo que estaba logrando en mí.

—¡Hola, Norah! —la saludé con ganas de abrazarla, pero me contuve—. Nunca me imaginé que el volver a vernos sucedería en este lugar.

—¡Owen Grey! —Me era imposible ignorar ese saludo con la honestidad y efusividad que la caracterizaba—. ¿Cuántos años han pasado desde que estuvimos juntos en este estudio?

—Muchos —respondí mientras los recuerdos se agolpaban en mi mente como si necesitasen decirme algo.

—Es cierto. —Observó a nuestro alrededor—. Vivimos muchas cosas bonitas en este lugar —dijo Norah mirándome de nuevo—. No tenía ni idea de que estabas de vuelta, Hunter obvió ese pequeño detalle.

—Para serte honesto, pocos lo sabían; mis padres, Linda y Macy.

—¿Macy?

—Sí, soy el nuevo profesor de Historia del instituto.

—¡Vaya noticia! Es decir, ¿te quedas en la ciudad?

—Sí, he vuelto y será para quedarme.

—Espero que tu familia se adapte, trasladarse desde una ciudad como Boston a esta no debe de ser fácil.

Comprendí de inmediato que no tenía ni idea de mi vida, y respiré tranquilo al saber que aún las cotillas del pueblo no conocían mi divorcio. Dudé en contárselo, pero supuse que si lo hacía eso me daría pie a preguntarle sobre su vida.

—Bueno, en realidad... —Su móvil nos interrumpió. Ella se apresuró a responder, y entendí que aún no era el momento.

—¿Samantha? ¿Dónde estás?, he estado tratando de comunicarme contigo.

—...

—Por favor, no digas tonterías, ¿me dejarás explicarme o sacarás conclusiones sin más?

—...

—Espérame en la entrada, por favor.

—...

—Gracias. —Suspiró resignada y retomé su atención, me di cuenta de que nuestra charla acababa de terminarse—. Lo siento, Owen, debo irme, me están esperando en la recepción.

—No te preocupes, estaré a cargo de la radio durante un tiempo, así que podremos hablar en cualquier momento.

—¿Qué le ha sucedido a Hunter?

—Necesita descansar, ya sabes que quiere abarcar mucho. —Norah volvió a sonreír.

—Sí, es usual en él. Me alegra haberte visto y que estés de regreso.

—Te acompaño —respondí.

Quería estar el máximo tiempo posible a su lado. No podía explicar el porqué, pero en esos segundos me sentía a gusto a su lado. La acompañé hasta la recepción, en donde estaba una adolescente de espaldas. Norah se acercó a ella y, cuando se dio la vuelta para protestar, evité que mi reacción se notase.

¿Qué tenía que ver esa chica con Norah?, enseguida percibí un gran detalle; el enorme parecido que tenían. La adolescente se giró hacia mí mirándome de arriba abajo y frunciendo el ceño mientras Norah ladeaba la cabeza y volvía a sonreír.

—Owen, te presento a mi hija, Samantha Walker.

¿Será que existen las casualidades?

NORAH

Parpadeé varias veces observando con disimulo el comportamiento de Owen y Samantha, en cuanto ella se giró y lo vio. Frunció el ceño torciendo la boca y en posición desafiante. Owen, en cambio, estaba conteniéndose, me sentía como si en cualquier momento los dos fueran a comenzar a discutir sin tener idea del motivo.

Hasta que recordé lo que él me había dicho, era el nuevo profesor de Historia, así que ya se conocían, y algo me indicaba que ya habían tenido alguna desavenencia. Ahora entendía el reproche de Samantha sobre lo que había visto en el estudio entre Owen y yo, era mejor que lo aclarase, no quería alejarla más de lo que estaba de mí.

—Owen, te presento a mi hija, Samantha Walker —le anuncié—. Y me parece que eres su profesor de Historia.

—Sí, ya nos conocemos —respondió escuetamente imponiendo entre los tres una barrera que me despertaba las alarmas, segura de que Samantha se había pasado.

—¿Podemos irnos? ¿O seguirás ligándote al nuevo profesor?

—Me imagino que Owen debe de estar acostumbrado a acusaciones de este tipo, así que fingiré que no has dicho nada.

—Frecuentemente —respondió sonriendo—. Me ha sorprendido que tengas una hija y, ahora que estáis juntas, tengo que deciros que es igual a ti a su edad —nos informó dirigiéndose a Samantha con una sonrisa socarrona—. Norah y yo estudiamos en el mismo instituto que acudes, de hecho, fuimos grandes amigos y compartimos experiencias aquí. —Se giró hacia una vitrina que había junto al pasillo que daba a los estudios y la señaló—. Ahí había una fotografía de todos los que participábamos en un programa de radio para jóvenes.

—¿Qué? ¿Vosotros teníais un programa?

—Sí, Samantha, muy parecido a ese en el que participas.

—¡Joder!

—¡Samantha! ¿Qué hemos hablado sobre las malas palabras? —Ella volteó los ojos negando con la cabeza.

—Paso de escuchar vuestras batallitas, ¿entiendes ahora por qué prefiero vivir mil veces en Denver?, allí pasaría desapercibida. En cuanto todos se enteren de que el profesor de Historia y tú hacíais un programa igual al que hago yo, será mi perdición.

—¡Samantha!

No me escuchó. Salió del edificio sin importar el frío que hacía fuera. Suspiré en alto y a decir verdad me sentía avergonzada, ya que era Owen quien fue testigo de su actitud y no otra persona.

—Es una chica bastante peculiar —dijo Owen—. Hoy logró lo que daba por perdido hace meses.

—¿Qué se supone que hizo? —pregunté pensando lo peor.

Owen me mostró esa sonrisa de antaño que lograba calmarme y darme seguridad.

—Que una clase aburrida de Historia se debatiera apasionadamente sobre los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, incluso que aceptaran leer unos libros que propuse para entender los acontecimientos anteriores y posteriores, aunque no te negaré que me he llevado una sorpresa al

saber que es tu hija.

—Sí, me casé al graduarme y me quedé enseguida embarazada.

—Debe de ser un hombre valiente —dijo a modo de broma—. Recuerdo perfectamente cómo te gustaba tener la última palabra, y Samantha es igual. —Esta vez nos echamos a reír los dos.

Deseé contarle que no supe lo que mi exmarido hacía en mi autoestima hasta que la verdad estalló en mi cara. Mis amigos nunca entendieron por qué me casé con alguien que machacaba mis defectos, se burlaba de mis pequeños logros y se liaba con las pacientes.

—No puedo asegurar si es valiente, pero me dejó una gran enseñanza; aceptar a las personas con virtudes y defectos, llevar la cabeza en alto con orgullo y decirle adiós a lo que te hace sentir el ser más diminuto de la tierra, aunque cueste, a pesar de que cada día trabajes en ello. Cada paso que des para lograrlo, es una reconciliación contigo mismo.

OWEN

No sabía cómo responder a la noticia que acababa de darme, tal vez quería decírmelo directamente para evitar habladurías, en todo caso, descubrir que ambos vivíamos situaciones similares me dejaba en absoluto silencio.

—¡Oh, Dios! La psicóloga que hay en mí acaba de salir a relucir, lo siento —expresó con vergüenza.

—No tienes que sentirlo y me parece que... —Su móvil nos interrumpió, lo sacó del bolsillo y lo observó.

—Es Samantha, que se congelará si me sigue esperando —me dijo mirándome con vergüenza—. Mañana es la reunión semanal, me imagino que asistirás, allí podremos ponernos al día.

Se acercó para despedirse con un beso en la mejilla que aceleró mi corazón sin más y la vi traspasar la puerta de la emisora.

Tenía mucho que averiguar y solo me quedaba tener una larga charla con mi padre, que de seguro sabía lo que había ocurrido en su vida o simplemente esperar a que ella me lo contase, invitándola después de la reunión a un café, aunque eso traería de inmediato conjeturas en cuanto nos vieran juntos.

«¡Al diablo los demás!». Si el universo había decidido que nos volviéramos a encontrar, tendría sus motivos y los iba a averiguar.

Observando

OWEN

Al día siguiente, cuando entré al aula donde daría mi clase estaba Samantha, la hija de Norah, sentada en la primera fila. Me miró desafiante alzando una ceja, supe que me la iba a jugar.

—Buenos días, profesor Grey —dijo más alto de lo normal—. Por si no lo sabéis, el catedrático pudo haberse sentado en una de estas sillas, ya que es un exalumno.

Suspiré en alto y antes de que siguiera me adelanté:

—Sí, fui alumno de este instituto, buenos días a todos. Contestaré a cualquier pregunta durante los últimos diez minutos de la clase, así que comencemos donde lo dejamos para aprovechar el máximo tiempo posible.

Samantha torció la boca y sonrió. No sabía si era un punto a mi favor o me la jugaría de nuevo, el caso es que Nick comenzó a preguntarme sobre la participación de los Estados Unidos en los periodos de postguerras, y nuevamente volvieron a dar su punto de vista.

En ese momento noté que Samantha y Nick se lanzaban puyas, como el día anterior. La sonrisa de él cuando ella torcía sus labios me llevó a suponer que no era solo para incordiarla, quería su atención y bajo mi experiencia eso solo sucedía cuando le atraía, por lo que se me ocurrió una idea.

—Veo que a ambos os gusta el tema y tenéis mucho conocimiento, ¿qué os parece si para la próxima clase os preparáis y hacéis una ponencia resumida?

—¿Qué? —gritaron a la vez.

—Ya me es suficiente con tener que verle el careto en casi todas las clases, en la radio y en el club de lectura, para también tener que preparar una ponencia juntos.

Había dado en el clavo con respecto a la actitud de Nick, sin embargo, una nueva información me llevaba a reflexionar si era positivo seguir manteniendo el pulso con Samantha en el resto de actividades que tenía que dirigir.

—¡Por favor, Walker! Si te gusta que esté a tu lado —replicó Nick seguido de un guiño de ojo.

El resto de la clase comenzó a reír y me fijé en que Samantha tuvo un ligero sonrojo en las mejillas. Sentí la necesidad de echarle un cabo.

—Bien, ya que quedan diez minutos para culminar y, como me gusta cumplir promesas, daré este tiempo para despejar las preguntas que Walker desea saber sobre mi paso por el instituto.

Ella me miró frunciendo el ceño, apretó los labios y sonrió.

—¿Hace cuánto fue alumno de este instituto?

—Hace más de veinte años —le respondí.

—¿Y qué clase de alumno era? —volvió a preguntar Samantha.

Supuse que su pregunta quería saciar la duda de qué tipo de relación mantenía con Norah, podría ser rápido y contar por encima o crearle más curiosidad y que ellos indagaran.

—De los que deseaban triunfar en la vida.

—Me recuerda a ti, Walker, que quieres comerte mi mundo.

—¡Cállate, Nick!

—Ya que Samantha quiere conocer su pasado, ¿se atrevería a nombrar a las chicas que besó?

Me eché a reír, los adolescentes siempre buscaban la forma de asociar su vida con las relaciones.

—Es mejor que no lo sepáis por mí —respondí para evitar que Samantha de nuevo fuera el centro de atención de posibles burlas—. Aunque en esta ciudad la gran mayoría nos conocemos, y tarde o temprano lo descubriréis.

Escuché las protestas y burlas que fueron silenciadas por otro alumno, que me preguntó por qué deseé ser profesor. Seguí respondiendo sobre esa etapa de mi vida profesional hasta que el timbre nos indicó que había terminado la clase.

—Nick y Samantha, recordad que para la semana que viene tenéis ese reto y depende de cómo lo presentéis valoraré si puede ayudaros en la nota final —me apresuré a decir y de nuevo escuché protestas de los compañeros—. No os preocupéis, que todos vais a pasar por lo mismo.

Sonreí al escuchar quejas por lo bajo mientras iban saliendo, terminé de recoger mis apuntes para meterlos en el maletín e irme cuando me fijé en que Samantha seguía en su silla.

—¿Ocurre algo, Walker?

—Sé que se ha ido por las ramas con la pregunta de Nick y si no quiere responder es porque fue un ególatra de mucho cuidado que se lio con medio instituto. —Me acomodé las gafas evitando reír.

Nunca nadie me había llamado de esa forma a modo de insulto, y menos por cuestiones amorosas. Me metí las manos en los bolsillos y no pude evitar disimular una sonrisa de lado, definitivamente, ver a Samantha era ver a Norah de adolescente.

—Tienes varias opciones para saciar tu curiosidad; indagar con Louise, con Macy o las pacientes que van a la consulta de tu abuelo cada semana a hablar sobre su vida aburrida. —Tensó su cuerpo al recordar lo que había dicho en la clínica de Richardson—. O preguntarle directamente a Norah. Que tengas buen día —le indiqué recogiendo mi maletín para irme a la siguiente clase, no sin antes detenerme en la puerta—. Espero que seas puntual para la reunión en la radio, odio los retrasos.

No pude ver su rostro, aunque chincar de vez en cuando a los alumnos que querían desafiarte podía ser divertido.

NORAH

Miraba el reloj preguntándome si llegar diez minutos antes había sido buena idea, pero desde el día anterior estaba con ese gusanillo que subía y bajaba mientras me preguntaba qué había hecho en todo ese tiempo Owen. Estaba en desventaja, él tenía mucha más información de mi vida que yo. Me dediqué a revisar los mensajes del tema de la siguiente semana: ¿es la imagen realmente importante?

Después de la tarde llena de sorpresas y emociones me costó centrarme en los mensajes. Apenas había leído unos cuantos y comenzaba a hacerme una idea de lo que preocupaba por varias consultas que mantuve con jóvenes que sentían presión social. Pasaban los años y el patrón era más difícil de llevar. Escuché la puerta abrirse y me giré de inmediato encontrándome a Owen.

Sonreí, como todas esas veces que nos citábamos en la emisora.

—Buenas tardes —me dijo acercándose, dudó en si era lo correcto, por lo que di el paso dejándome llevar por los impulsos y le di un beso en la mejilla.

—Me alegra verte de nuevo.

Se metió las manos en los bolsillos sonriendo como solía hacer cuando estaba nervioso y eso logró que las sensaciones de anhelo me invadieran de nuevo.

—Me parece que seremos los únicos que acudiremos a la reunión.

—Los demás de la plantilla suelen ser impuntuales —le respondí a modo de broma.

—De Carlos me parece extraño, el resto me he enterado en mi clase de quiénes son.

Medité unos segundos, pensaba que Hunter le había contado todo sobre la emisora de radio.

—Hola —dijo Fernando entrando, desconcertado por la presencia de Owen.

—Hola, Fernando —lo saludé y me apresuré a aclararle quién era—. Owen, él es Fernando, es quien está a cargo de todo el sonido del programa de los chicos. —Se acercó para alargarme la mano y presentarse.

—Owen Grey, por un tiempo seré vuestro jefe.

—Entendido. —La respuesta denotaba cierta tensión por conocer la noticia.

—Tranquilo, que no será un dictador —le indiqué logrando que Owen ladeara la cabeza hacia mí.

—¿Y eso cómo lo sabes? Aún no hemos empezado la reunión y no sabéis los grandes cambios que haré.

—¿Profesor Grey? —Todos nos giramos hacia Nick, que estaba en la puerta junto a Samantha, Mill y Newt—. ¿No me diga que también tendré que verlo aquí?

—Comienzo a preguntarme si esto es un acoso para intimidarnos —añadió Samantha con sarcasmo, a la vez que buscaba la primera silla para sentarse.

Esta actitud hacia Owen la conocía perfectamente, le incomodaba y a la vez le llamaba la atención. Iba a tener que contarle toda la historia entre él y yo antes de que alguien lo hiciese a su modo y terminara convirtiéndose en un pulso más de los que a diario mantenía con mi hija.

—No sé si tomarme como un halago eso de que puedo intimidaros, pero si no logro ese objetivo tendré que retirarme de la profesión.

—Sería un alivio para la sociedad —le replicó con sorna.

No deseaba inmiscuirme, Owen se la devolvía, tarde o temprano él ganaría la partida. Solo esperaba que Samantha no se lo tomara como un reto.

—Norah, ¿tu vástaga se cayó de la cama o fue expuesta a algún experimento para que sea así de intensa? —se burló Nick.

Desde hace meses me había percatado de que esa incesante necesidad de sacarla de quicio significaba que le gustaba y decidí observarlos. Samantha respondía con miradas y gestos propios de que le correspondía, a pesar de que intentaba disimularlo.

—No se cayó ni fue expuesta a nada, es así de genética.

—De eso doy fe —dijo Carlos y escuché risitas por lo bajo por parte del resto.

Samantha me miró de reojo con ganas de matarme, pero estaba bien que alguna vez probara de su propia medicina.

—Sé que soy importante para vosotros, pero deseo con fervor comenzar, así podré largarme cuanto antes para enviarle a este idiota la parte que me corresponde de la ponencia que nuestro nuevo profesor —declaró fijando los ojos en Owen— me ha impuesto para la próxima semana.

—Si te mueres por pasar tiempo conmigo —la chinchó Nick.

Samantha levantó el dedo del medio con lentitud y se lo mostró acercándose más de la cuenta. Era hora de que detuviera la situación.

—¿Ponencia? —pregunté más que todo para entender por qué él se había atrevido a exponerlos de esa manera.

Owen se acomodó las gafas. Aún necesitaba acostumbrarme a ello, me gustaba cómo le quedaban, lograba borrar la imagen que tenía de él de hacía veinte años. Esa sonrisa de autosuficiencia junto a su mirada intensa que había logrado en ese tiempo que muchas se las

ingeniaran para intentar salir con él.

—No es el fin de mundo —respondió lanzándome una mirada cómplice—. En estos dos días de clase he visto que tanto a Nick como a Samantha les gusta enfatizar sus opiniones.

Así comprendí que se había percatado de su atracción. No podría asegurar si su idea era la mejor para que al final aceptase lo que existía entre ellos o terminaría en la peor de las tempestades, el caso es que me gustó que compartiera su conclusión a través de la mirada, como solía hacer cuando estábamos juntos.

Me mordí el labio, confundida, porque unos gestos que los dos compartíamos aparecieran sin más después de tantos años de estar totalmente alejados uno del otro.

—Tenía que salvar que la clase no terminara siendo una grave distorsión de la historia con series raras que Walker está viendo —bromeó Nick—. Deberías tener una terapia con ella sobre eso.

—¡Joder! ¿Por qué tengo que aguantar tantas tonterías? —protestó Samantha logrando que Owen y yo intentáramos disimular una sonrisa—. ¿Comenzará o no la reunión?

—Te tomaremos la palabra, Walker —le dijo Owen para echarle un cabo antes de que Nick terminara con la paciencia de Samantha.

Volví a ocupar la silla percatándome de que en la que quedaba vacía se sentaría Owen.

No podía ignorar que me gustó que lo hiciera, así como tampoco podía dejar de lado que se giró unos segundos para mirarme y sonreír dándome a entender que él también estaba a gusto de que estuviera ahí.

OWEN

Prestar atención a lo que se iba a plantear en esa reunión sería tarea difícil. El haberme sentado al lado de Norah y el compartir cierta complicidad logró que los recuerdos aparecieran de inmediato. Inhalé lentamente su perfume y evité cerrar los ojos para disfrutar de su olor, una fragancia cítrica con cierta mezcla agradable que me recordaba a la primavera.

La miré de reojo de nuevo sintiéndome confundido por la atracción que sentía, temí que fuese un consuelo por lo que estaba viviendo y que me llevase a una gran equivocación. Me di cuenta de que esperaban que diera comienzo a la reunión. Deseé que nadie notara hacia dónde había caído mi atención, por lo que debía pensar rápido en cederle el poder de seguir con todo aquello.

Eché un vistazo, me acomodé las gafas y carraspeé.

—Si bien esperáis que yo comience, debo deciros que no lo haré, en líneas generales, apenas sé lo que se cuece en estas reuniones, por lo que seréis vosotros quienes dirigiréis la del día de hoy, aunque lo único que me preocupa es que necesitamos cubrir la vacante de la mañana hasta que Hunter esté recuperado, ¿alguno está dispuesto a hacerlo?

—¿No te han dicho que no es bueno darle tanto poder a los jóvenes? —protestó Carlos a modo de broma seguido de bufidos por parte de los aludidos.

—Al contrario de lo que piensas, suelo dárselo en mis clases y te aseguro que el resultado es positivo. —Esta vez ellos llevaron sus protestas y burlas hacia mí.

—Se supone que estamos aquí en la radio para hablar libremente, deseosos de olvidar las clases, sin embargo, os empeñáis en que tengamos que recordarlo una y otra vez, pero sí queréis que hable de libertades y derechos.

—¡Samanta! —le advirtió Norah frunciendo el ceño.

—La verdad, no te entiendo. —intervino Newt—. La que siempre trae temas del instituto a la mesa eres tú y ahora te pones en plan anárquica.

—En todo caso —intervine antes de que Samantha comenzara su peculiar batalla contra el mundo—. ¿Podrías hacerlo tú, Fernando?

—Sustituir a Hunter es muy difícil, y no me gustaría que llovieran quejas y críticas a la emisora.

—Owen —me llamó Louise—. ¿A qué hora son tus clases?

—Sobre las once de la mañana.

—Podrías sustituir perfectamente a tu padre, el programa comienza a las siete y se alarga hasta las diez, te daría tiempo de llegar al instituto sin problema. —Todos me miraron esperando una respuesta por mi parte.

Llevaba veinte años sin entrar en un estudio para estar en el aire, no es que necesitara un curso de cómo manejarme, pero...

—Recuerdo cuánto te gustaba estar hablándole a los oyentes sobre los diferentes temas que abordábamos —añadió Norah.

Ladeé la cabeza, perdiéndome en la intensidad de sus ojos y en esa sonrisa que me invitaba a devorar sin delicadeza sus labios.

¡Joder! Debía centrarme y no dejar que los impulsos de un recuerdo me invadieran en forma de consuelo y, a pesar de ello, me era difícil, venían acompañados de lo que hacíamos en este lugar, de lo que llegué a sentir y vivir.

Deseé fervientemente levantarme, sujetarle la mano y sacarla de ahí para ir a nuestro escondite, la habitación de limpieza en donde la arrinconaba entre la puerta y yo. Me imaginé que mordería a gusto sus labios mientras mis manos desabotonaban esa maldita blusa que volvía a ceñirse a su cuerpo con el único fin de arrancarle unos cuantos gemidos. Suspiré lentamente cuando esos segundos de fantasía lograron que mi miembro reaccionara con un buen tirón.

¡Mierda! Nunca creí que pasaría por esto, pensaba que en la madurez un individuo lograba controlar esas sensaciones y sus consecuencias físicas.

—¿El profesor ha hecho un programa contigo? —preguntó Newt.

Los dos seguíamos mirándonos, sin recordar que estábamos rodeados de personas y, entre ellas, Samantha. Norah se pasó la lengua por sus labios, nerviosa, y sonrió a modo de una respuesta que no lograba dar.

—Teníamos... —me apresuré a responder y carraspeé en un intento de convencerlos con la respuesta que daría—. Cuando tenía vuestra edad también participamos en un programa que supongo que es como el vuestro.

—¿Has visto, Walker? El profesor y tu madre tienen su historia.

Nick juntó sus dedos índices a la vez,ladeé la cabeza para ver la reacción de Samantha, lo que menos deseaba era que Norah tuviese problemas con su hija por mi culpa.

—Fue hace más de veinte años y ahora hablaremos de lo que tenemos que solucionar a partir de mañana —respondí tratando de que no sacaran sus conclusiones con rapidez, aunque estaba seguro de que ya lo habían hecho—. Me haré cargo del programa, por lo que tendré que preguntarle a mi padre qué es lo que usualmente hace. Os advierto que tendremos quejas de igual manera, no soy Hunter Grey y el programa terminará girando sobre uno de mis temas favoritos.

—¿Y cuál es ese tema? —preguntó Mill frunciendo el ceño.

—Hechos históricos —dijimos a la vez Norah y yo.

Me volví hacia ella, sorprendido porque aún recordara lo que me gustaba.

Los sentimientos saltan por los aires

NORAH

No sé por qué dejé que los impulsos respondieran cuando lo hizo Owen ni por qué me llevaron a girarme para ver de nuevo su rostro. Ese que tantas veces acaricié para sentir sus labios en los míos y en mi piel.

Con Owen conocí con torpeza esa pasión juvenil que nos adelantaba lo que podíamos sentir. Esas primeras veces en la habitación de limpieza de la emisora en la que nos escondíamos y sus manos recorrían mi cuerpo. Aparté mis ojos de los de él, no podía seguir exponiéndome de esa manera, además, Owen tenía su vida hecha, y yo debía dejar de llevarme por el anhelo.

No obstante, nunca había podido olvidar lo que le gustaba. Muchas anécdotas compartidas, hechos de su interés que me comentaba se habían quedado guardados en mi mente. Tenía que reconocer que me había expuesto más de lo que debía y los reproches de Samantha en casa serían duros. Comenzaría con sus interrogatorios y conjeturas erróneas para atacarme cada vez que le apeteciera.

—Insisto, aquí sigue habiendo... —soltó Nick.

—¿Aquí sigue qué? —preguntó con altanería Samantha.

En el fondo estaría igual de confundida que el resto. Me encantaría decirle que también yo lo estaba.

—Si ya tenemos la sesión de Hunter cubierta —interrumpió Carlos al notar a Samantha predispuesta—, solo falta finiquitar lo que haremos el próximo mes. —De esa manera nos echaba una mano y se lo tendría que agradecer.

—Tengo planeado —intervine para que los adultos tomáramos definitivamente el control de la reunión— que el tema para la semana antes sea sobre las distintas amistades y así la semana de san Valentín centrarme en lo que más les llama la atención a los jóvenes; la sexualidad.

—Muy machista por tu parte, mamá.

—¡Venga ya! —protestó Nick—. Sabes de sobra que a vosotras también os interesa y mucho.

Por un momento, me llevaron a recordar las disputas tontas que solía tener con Owen en ese mismo lugar, de las que Carlos y Louise habían sido testigos.

—¿La emisora qué ha hecho los años anteriores con respecto a esta fecha? —preguntó Owen tratando de salvar la situación. Algo me decía que él también recordó esos momentos.

—No mucho —respondió Louise—, pero, ya que estáis vosotros dos, podéis hacer este año algo diferente. —La miré con ganas de reprocharle el ponernos de nuevo en la palestra.

—Definitivamente, tendré que hacer mis correspondientes investigaciones con mi madre —confesó Nick—. Aquí se cuece algo.

—¡Cállate! —protestó Samantha—. Ya que queréis algo distinto, ¿qué os parece el anti san Valentín? —De reojo miré hacia mi hija a sabiendas de que no llegaría a ningún lado. Sus compañeros comenzaron a soltar bufidos y burlas—. El instituto hará el baile, muchos no asistiremos, por lo que este pequeño colectivo que no cree en un día comercial e interesado, en el que me incluyo, tiene derecho a ser escuchado y a lo mejor la emisora pasaría a la historia como la única que no sigue toda esta movida absurda —continuó Samantha ironizando lo que acababa

de conocer con respecto a nuestro pasado en la estación de radio.

—Estás así porque este año no estará el musculitos para invitarte —la chinchó Nick.

Observé a uno y al otro, así como también a Mill, que sabía más de lo que callaba.

Nick la miraba con intensidad, y Samantha fruncía el ceño.

—¡Eso es lo que tú crees! —respondió mi hija mirándolo con autosuficiencia.

—Como la gran mayoría, tiene su porqué —los interrumpió Owen—. El catorce de febrero no se exime de ello, entiendo tu postura sobre lo comercial, pero es mi deber haceros saber que tiene una importancia a través de los tiempos.

»Las autoridades romanas en el siglo III prohibían contraer matrimonio a los jóvenes soldados, ya que eran considerados los mejores combatientes y detestaban que tuviesen ataduras familiares, a pesar de ello había un sacerdote llamado San Valentín de Terni o de Roma que se dedicaba a casar a las parejas en secreto según el rito católico, no obstante, cuando fue descubierto fue sometido a martirio y decapitado. —De reojo miré a Samantha, que observaba con suspicacia a Owen, le costaba disimular que ese tipo de historias le llamaban la atención.

»Para no aburriros como me parece que hago —añadió Owen clavando sus ojos en ella y logrando que me tapase la boca para esconder la sonrisa que se me escapó. Eran muy pocos los que no se enfadaban por su actitud, sino que se la devolvían sin disimulo alguno, por lo que intuía que eso la desarmaba y la llevaba a pensar en cómo devolvérsela—. Creo recordar que, en el siglo XIX, en los países anglosajones comenzó la tradición de intercambiarse postales con mensajes amorosos, poco después, a la costumbre de las postales se sumó la de obsequiar rosas, bombones y joyas.

Samantha siguió observándolo mientras fruncía el ceño hasta que cruzó los brazos y se acomodó en la silla.

—Espero que no cobres por clases extras —le respondió—. He llegado a la conclusión de que san Valentín es una mierda, un clérigo que estaba aburrido y le dio por contradecir a las leyes casando a futuras viudas para hacerse el mártir y ser inmortal.

—¡Samantha! —protesté sorprendida por cómo se había pasado destruyendo cualquier idea que tuviese que ver con la fecha señalada.

—Digo lo que muchos piensan y si a alguno de vosotros no os gusta me da igual que siga engañado. —Mill soltó un bufido y la miró ceñuda.

—Que te empeñes en ir contra el mundo no significa que le jodas la ilusión a otros.

—¿Ilusión? ¿Llamas ilusión a que el gilipollas de Jack te invite al baile y luego termine entre tus...?

—Y por... —interrumpió Louise, y yo me quedé sin aire al entender lo que iba a decir Samantha. No solo estaba quedando como una maleducada, me dejaba en una posición muy difícil en cuanto a mi papel de madre. Probablemente, Owen estaba acostumbrado a sus tonterías, pero la intensidad con que ellos se retaban continuamente los había llevado a que olvidasen dónde estaban—. ¿Y por qué esta vez no pedimos a través del buzón que nos cuenten una historia de amor real en la que tuvieran que luchar para un final feliz? —sugirió tratando de que volviéramos al tema del amor.

—Me gustaría añadir esos que aún no han terminado de dar el paso por su maldito orgullo —añadió Mill dejándonos a todos estupefactos—. A lo mejor así algunos podríamos seguir con nuestras vidas. —Samantha la miró y supe que estallaría.

—¡Eres tonta del culo, Mill Stone! —protestó levantándose con ímpetu—. Me desentiendo de este programa desde ya. —Sin decir más dio un portazo.

Nos quedamos durante unos minutos en silencio. Si bien no era la mejor manera de empujarlos

para que aceptaran sus sentimientos, en algún momento alguien iba a decírselo. Suspiré en alto a sabiendas de que tenía que responder por el comportamiento de mi hija, pero teníamos que finiquitar esa reunión que comenzaba a ser incómoda para la mayoría.

—A mi parecer —comencé—, sería encantador leer esas historias, pero deberíamos incentivar a las personas con algo que las anime a atreverse.

—Puedo pedirle a Lewis que regale una cena para dos —añadió Fernando—. Con eso el público se animará.

—¿Y solo será para adultos? Nosotros también tenemos historias —nos recordó Mill. Todos miramos a Owen esperando a que diese su opinión.

—Me parece una gran idea, ¿quién se encargaría de hablar con Lewis?

—Yo —respondió Fernando—. Es mi primo.

—Para que sea un éxito tenemos que colaborar todos los que estamos aquí, incluyendo a Samantha; escoger de entre las historias que lleguen, que serán muchas, las mejores. Tendríamos que comenzar anunciándolo desde mañana, pedir un máximo de páginas, supongo que tres nos facilitaría el trabajo. Quizás les cueste resumirlo, pero es una forma de lograr que podamos leerlas en el tiempo que estemos en el aire.

Dejé de escuchar cuando Owen siguió dando ideas, me preocupaba lo que estaría pensando y sintiendo Samantha, y el tener que sentarme a hablar con ella me llevaría a una nueva discusión.

—Les explicaría que a aquellos que les fuera más fácil enviar un correo lo hicieran por medio de la página web o en sobres anónimos en el buzón que está en la entrada, sería interesante dejar un panfleto en el instituto.

Escucharlo liderizar, sus propuestas y sus ganas de hacer algo diferente en la ciudad, me trastocaba cada minuto y comenzaba a preguntarme si podía aplicarme los consejos que daba cuando los sentimientos que estaban enterrados florecían con intensidad.

—Nos dividiremos la cantidad que llegue entre todos y además creo que es necesario enfocarnos en aquellas llenas de sentimientos, por lo que descartaremos las superfluas, sarcásticas, inverosímiles. —Owen volvió a observarnos, meditando unos segundos—. Norah, ¿qué te parece si Mill, Newt, Nick leen la de los adultos y nosotros, la de los jóvenes? —Parpadeé varias veces cuando oí mi nombre.

—Ellos pueden responder por sí mismos.

—Creo que deberíamos contar con Samantha —respondió Newt y le daba la razón. Conocía a mi hija, se lo tomaría muy mal si la sacáramos de aquello.

—Iré a hablar con ella —anunció Nick dejándonos desconcertados. Sin decir nada más, se levantó y salió del lugar.

—¿Quieres que vaya? —me preguntó Mill. Negué con la cabeza, había llegado el momento de que ambos se enfrentaran.

—Ayudaré a los chicos si finalmente Samantha no quiere participar —anunció Owen. No había cambiado, a pesar de todo, siempre tenía la mano y pensaba en soluciones rápidas. Me miró de reojo y sin decir nada me transmitió tranquilidad, aquella que solía darme cuando veía las cosas confusas—. En estos momentos de mi vida tengo más tiempo libre de lo normal.

—No entiendo —dije sin saber que lo había dicho en alto.

Él me miró apretando los labios, sentí que había metido la pata, estaban sus alumnos y lo que menos deseaba era que perdiera autoridad sobre ellos.

—Newt, ¡mira la hora! —exclamó Mill.

—¡Joder! Sí que se ha hecho tarde para nuestro programa, pero no está Nick ni Samantha.

—Podréis llevarlo solos —les alentó Fernando—. Voy a la cabina ya mismo para poner todo

en marcha

—Entonces, ¿todo está dicho? —preguntó Louise.

—Sí, damos por concluida la reunión —respondió Owen.

De inmediato se levantaron y, a pesar de que quería hacerlo, sentí que debía quedarme en cuanto vi que Owen se mantuvo en el pequeño despacho dándole tal vez unas instrucciones a Carlos.

Después de tantos años de no haber tenido contacto, conocía sus actitudes, mi corazón comenzó a acelerarse y esa sensación que me costaba explicar apareció sin más. Unos segundos después, nos dejaron a solas, Owen se giró fijando sus ojos en mí.

—¿Te apetecería un café?

11

Confesiones

OWEN

No estaba seguro de si aceptaría, podía entender que se negase después de ver cómo su hija salía enfadada de la reunión. Sin embargo, la necesidad de contarle sobre mi vida me invadía, dándole cabida a una loca esperanza o, simplemente, para que esa amistad que una vez nos unió volviera de nuevo.

Norah me miró apretando sus labios y enseguida sonrió.

—Sí, creo que necesito un café y kilos de paciencia para lo que me espera en casa.

Le pedí que me siguiera, en un principio pensé en la cafetería de Mercy, a la que acudíamos siempre. Al final decidí coger el coche para ir a las afueras, a una en la que apenas nos reconocieran, y recordé que había una con apariencia más hogareña de lo normal, por lo que me dirigí hasta allí.

Al aparcar nos bajamos para entrar con rapidez y, una vez dentro, la calidez que recordaba se hizo presente. Nos sentamos y ambos nos miramos durante unos segundos y, sin más, sonreímos.

—Si te soy sincero, me siento terriblemente estúpido, como si fuera la primera vez que nos viéramos.

—¿Qué es lo que quieres decir exactamente, Owen?

Solté aire por la boca, pensando que estaba a punto de confesar todo lo que estaba sintiendo por ella.

—Verás —respondí ladeando la cabeza—. Siento las manos sudorosas y estoy nervioso, sin ignorar que...

Me callé, confesarle lo que me estaba pasando era difícil, el deseo de estrecharla en mis brazos y volver a besarla crecía a cada segundo.

—¿Sin ignorar qué? ¿Owen? Por favor, no me hagas deducirlo por tu apariencia y los gestos.

—Olvidaba que podías analizar a las personas de diferentes formas.

Ella rio. En cuanto la escuché hacerlo, me sentí lleno de plenitud y deseos de que ese momento nunca acabase.

—Intentaré dejar la psicóloga en la que me he convertido para ser solo una mujer que disfruta de tu compañía como lo hacía cuando éramos jóvenes.

—Somos —le recordé. Podríamos pasar los cuarenta y cinco, pero seguíamos siendo jóvenes—. Tendremos alguna que otra cana, pero considero que sigo en plena juventud. —Norah sonrió.

—Ese afán de buscar siempre lo positivo lo mantienes.

—A decir verdad, ha vuelto.

—¿Ha vuelto?

En el momento en que iba a responderle apareció la camarera interrumpiendo nuestra conversación. Pedimos unos capuchinos mientras nos ofrecía la tarta del día, que aceptamos, para que pudiéramos volver a estar a solas. A pesar de que era lo que deseaba, comencé a preguntarme si después de contarle sobre mi divorcio esa psicóloga que, según ella no estaría, terminaría apareciendo. Le era muy difícil dejar el trabajo atrás, como me sucedía a mí.

Volví a observarla, las facciones de su rostro se suavizaron otorgándome confianza y calma, aquella que había perdido meses antes. Respiré con profundidad y lentitud.

—He vuelto a la ciudad —comencé diciéndole— porque mi matrimonio acabó de la misma manera que comenzó; extraña y rápida. Mi exmujer decidió un día separarse por medio de un *email* en el que me decía que ya no sentía lo mismo, acompañándolo con una demanda de divorcio en la que me pidió que dejase la casa, la perra y..., prefiero no seguir contándote mis penurias.

Norah apenas pestañeó y supuse que, por mucho que deseaba que la mujer psicóloga en la que se había convertido no apareciese, sucedió. La camarera apareció con los capuchinos dándonos a los dos una tregua para poder sobrellevar aquellos minutos.

—Si es momento de confesiones —me dijo después de beber algo de café—, creo que vamos a la par —prosiguió—. Nuestras historias se asemejan en eso de que nuestras bodas fueron rápidas y el divorcio también. Cada persona lleva su luto de distintas maneras; muchas pasan años para adaptarse a una nueva vida, sobre todo, si sus sentimientos eran intensos.

NORAH

Escuché con atención a Owen, presentí que necesitaba contarle a alguien todo lo que había vivido, tal vez no fuese la primera vez que lo hiciera, pero al menos yo pasaría a ser una desconocida.

—Finalmente, he tenido que volver a la ciudad, confieso que estaba hecho polvo, pensaba que mi vida se había ido a la mierda y no tenía deseos de nada, acepté el cambio que me sugirió mi amigo, después de terminar en problemas con algunos padres por mi manera de dar las clases. Cuando llegué aquí, pensé que lo mejor de todo era olvidarme del mundo, de mi trabajo, de todo. Sin embargo, de un día para otro me levanté para enfrentarme a mi familia y mi vida cambió hasta el punto de que tenía la oportunidad de reencontrarme contigo.

Sonreí, no quería ser el salvavidas de Owen, a pesar de que mis sentimientos eran los que mandaban desde el día anterior. Todo eso que sentí por él renacía con rapidez de una manera diferente, sin tener idea de cómo expresarlo. Siempre me había caracterizado por ser honesta, por analizar las situaciones para aprender y lo que estábamos viviendo tenía que meditarlo.

¿Por qué, precisamente después de veinte años, nos habíamos vuelto a encontrar? Bebí un sorbo de mi taza y volví a mirarlo con la esperanza de que entendiera que una vez yo también me sentí como él lo estaba.

—Cuando cumplí un año de haber pedido el divorcio, entendí que mis sentimientos hacia mi ex no eran intensos, que el orgullo y la vergüenza de que me hubiera engañado eran mucho más fuertes, y por ello mantenía ese resentimiento.

»Hoy en día me apena que cortase comunicación con Samantha logrando que su comportamiento sea su vía de escape ante el abandono de su padre. Owen, todos en algún momento hemos vivido situaciones que nos llevan al límite de llegar a pensar que la vida es una puta mierda y creemos que el volver a ese lugar, o cuando esa vieja amistad nos tiende la mano, es peor que nada y no es así.

Él se mantuvo en silencio, me suponía que meditaba sobre lo que acababa de decirle. La tarta apareció de la mano de la camarera y con ella dos pequeños tenedores. Él me miró sonriendo.

—Sé que te cuesta creer en las casualidades y que los temas pendientes tarde o temprano tenemos que resolverlos, pero ¿no te parece que hoy estamos frente a esta tarta para resolver aquello que terminó de manera abrupta?

Fijé mis ojos en los de él. Enfrentarme a esa pregunta era empujar hacia lo más profundo de mí ser la parte racional de mí y quedarme con esa que soñaba con volver a tener la oportunidad de amar, de creer que todos nos la merecemos.

Hacia más de veinte años que deseé durante meses que Owen apareciera en la puerta de casa de mis padres exigiendo mi dirección para ir en mi busca, con el tiempo perdí las esperanzas, jamás sucedería y, cuando menos me lo imaginé, aquello a lo que me había aferrado aparecía ante mí.

—¿Y si cerramos ese capítulo y abrimos uno nuevo como amigos?

Conversaciones difíciles

NORAH

Una tarta de arándanos, un capuchino y una liberación que me llevaba a volver a creer que la felicidad estaba en los pequeños detalles hasta el punto de sentir que flotaba. Podía definir exactamente lo que era, pero no quería analizar mi comportamiento, simplemente quería vivirlo.

Cuando volvimos a la estación de radio para recoger mi coche y volver a casa, nos quedamos un rato charlando de lo que habíamos hecho durante nuestra etapa universitaria. Owen no había cambiado en lo que se refería a intentar ser el mejor en todo lo que se proponía, ver esa ilusión reflejada en sus ojos me llevaba a creer que había dejado su pasado atrás.

Cuando miré el reloj me di cuenta de que llevaba más de dos horas junto a él y que, a pesar de que no quería que se terminase, tenía que enfrentarme a mi realidad; a saber qué había pasado con Samantha y prepararme para cualquier reproche hiriente que me dijese, por lo que había intuido durante la reunión.

—Debo irme.

—Espero que Samantha no sea tan cruel.

—Estoy acostumbrada a sus reproches, lo que me preocupa es la conclusión que haya sacado y que se aferre a ella para alejarse más de mí.

—Lo siento, si puedo causarte problemas. —Lo miré y sonreí.

—No tienes nada que ver, me culpa del abandono de su padre hacia ella. He tratado miles de veces de abordar el tema, pero se niega, sin dejar de lado esa relación entre Nick y ella que no termina de afianzarse.

—Es obvio que se atraen mucho, lo percibí en mi clase, la pasión que ella emana es tan potente que él no sabe cómo ganarse su confianza. Me recuerda a alguien.

Los dos sonreímos a la vez, recordando que de esa manera había empezado lo nuestro. Me acerqué para despedirme con un beso en la mejilla, aunque el deseo de que me besara nació sin más.

—Hasta mañana, Owen.

—Hasta mañana, Norah, confío en que todo saldrá bien.

Lo vi alejarse, recordando que lo había dejado hablar y soltar todo lo que tenía guardado desde meses antes; sus frustraciones, el cómo se había sentido abatido, todo ello me llevaba a pensar que debía poner límites antes de que ese cariño que había entre los dos lograra que se confundiera y se aferrase a él para olvidar a su exmujer.

Subí a mi coche para volver a casa, con la mínima esperanza de que Samantha recapacitara sobre que algunas veces debía bajar la guardia. Las luces estaban apagadas y supuse que no había vuelto o era una manera de decirme que la dejase en paz. Abrí la puerta y me dirigí a la cocina.

Cuando Samantha estaba nerviosa solía buscar la tarrina de helado de vainilla, sin embargo, el fregadero estaba vacío. Me supuse que había vuelto a la estación o se había escondido en el despacho. No quería presionarla, así que fui a la lavandería para mantenerme ocupada, cogí la cesta de ropa doblada en la que aún estaba la de mi hija, que le había pedido el día anterior que guardara.

Resoplé y decidí llevarla a su habitación. Al abrir la puerta reprimí un gemido y cerré los ojos con fuerza.

—¡Mamá!

Miles de veces había aconsejado a padres y a jóvenes cuando vivían una situación similar, pero pasar por ello era tan distinto... Salí de allí llevándome el cesto de la ropa de nuevo y volví a la cocina para hacer té.

Necesitaba beber uno para poder afrontar esa nueva situación. Esperé pacientemente a que se acercaran, no quería explicaciones absurdas, entendía que en ocasiones nos dejábamos llevar por los impulsos cuando nos enfrentábamos, por lo que esperaba que fuesen suficientemente maduros para asumir lo que sentían. Escuché los pasos y levanté la cabeza para ver a dos chicos ruborizados delante de mí.

—La verdad que es bastante violento ser pillado de esa forma, Norah —dijo Nick.

—Creo recordar que te levantaste de la reunión proclamando que hablarías con mi hija, pero no pensé que tenía que asumir que ibais a adelantaros a mi programa de sexualidad.

—¡Mamá! —protestó Samantha vulnerable, no recordaba cuándo fue la última vez que la vi así.

—Por mucho que mi trabajo tenga que ver con la mentalidad y el comportamiento humano, soy tu madre y durante estos minutos me ha costado asimilar que de declararos odio mutuo de buenas a primeras entre a la habitación y os encuentre en plena faena sexual. Entenderéis que es traumático hasta para mí. Solo espero que os protegierais, de lo contrario, tendréis un problema grave.

—Insisto —dijo Nick—. Es demasiado violento para mí, no sé si irme, sentarme a acompañarte a beber té o pedirte una cita para terapia. —Sonreí.

—El problema no lo tenéis conmigo, sino con vuestro entorno. Hay dos opciones: seguir fingiendo que os odiáis, algo que no aconsejo, ya que dais a entender a otros que pueden pedirnos salir y terminarían apareciendo los celos, o simplemente aparecer mañana cogidos de la mano y por fin la gente que alguna vez apostó por vosotros recupere su dinero.

—¿Y no hay comodín? —preguntó Nick.

—No sé por qué no te quedaste con el profesor Grey —dijo con sequedad Samantha—. No tendría que estar aguantando estos estúpidos consejos.

Nick ladeó la cabeza y la miró. Sorprendentemente, Samantha cerró los ojos y respiró con profundidad.

—Norah, como consejera...

Lo interrumpí:

—En todo caso, terapeuta.

—Eso —respondió sonriendo—. Podemos tomarnos unos días, al menos una semana, para también asimilarlo.

—Ten en cuenta que habéis mantenido un primer encuentro y eso os llevará a tener que reprimir lo que sentís y, creedme, no podréis.

—¡Podremos! —exclamó Samantha mientras sujetaba la mano de Nick—. Es hora de que te vayas. Los consejos con Norah Richardson han terminado.

Sin dejarlo hablar lo arrastró con ella hasta la entrada principal, sabía que volvería culpándome de su metedura de pata, por lo que bebí lentamente mi té para armarme de paciencia.

—¿Por qué no te quedaste más tiempo hablando del pasado o yo qué sé de lo que hablan los viejos conocidos?

—Porque vivo en esta casa, Samantha. —Resopló en alto y se llevó las manos a la cabeza.

—Siempre te entrometes y estropeas todo.

—¿Eso es lo que crees?

—¡Sí! —Soltó aire, sujetó la silla y se sentó dejándome desconcertada—. No sé qué hacer, no quiero que nos veas ahora y pienses que tenemos una relación cuando ni yo misma puedo definirla así. Todo ha sido por un impulso, y estoy segura de que mañana Nick me dirá lo mismo.

—En ningún momento he pensado eso, solo he preguntado si os habéis protegido, la que ha hablado de relación eres tú. Además, dudo que Nick sea tan cabrón. —Me miró con los ojos abiertos, sorprendida por la palabra malsonante que acababa de soltar—. ¿Qué? Yo también puedo maldecir y soltar tacos —le dije bebiendo de mi té. Por primera vez en mucho tiempo sonrió con sinceridad, como tantas veces lo hacía cuando vivíamos en Denver.

»Te prometo que no sacaré conjeturas. —Apreté los labios, sé que con lo que le iba a confesar me arriesgaba a que ese momento se fuera a la basura, pero necesitaba saber qué pensaba con respecto a lo que se había enterado de Owen y yo—. Samantha sé que tienes preguntas y que quieres la verdad entre Owen Grey y yo.

—¿Por qué siempre quieres fastidiar todo?

—No, Samantha, lo que más deseo en el mundo es que las dos podamos seguir adelante sin ningún tipo de rencor.

—No te guardo rencor, mamá, lo que me enfada es que me sigas tratando como a una niña escondiéndome los problemas que había en Denver. Cada vez que quieres tocar ese tema, intentas ponerlo en un pedestal cuando no se lo merece. Sé lo que hizo y es un gilipollas.

Me quedé sin palabras. Miles de veces me imaginé aquella conversación, pensando que Samantha me reprocharía que dejase a su padre.

—¿Y por qué siempre me has echado en cara que te alejé de todo?

—Porque es la verdad, huimos, mamá, preferiste bajar la cabeza para evitar las miradas y los murmullos de todas esas madres imbéciles que conocían cómo era él. Si tan solo me hubieras sentado y aclarado cómo te sentías, las cosas habrían ido mejor, pero decidiste por mí y no fue justo.

—Lo siento, Samantha, siempre creí que esta conversación sería de otra manera.

—¿Y de qué manera? ¿Que yo te gritase que dejaste a papá y la enorme casa en la que vivíamos? Eso era lo que menos me importaba, me he adaptado a esta casa mil veces más pequeña y a esta vida. —Abrí la boca para responder, sin embargo, no pude. Cerré los ojos y por primera vez después de dos años me eché a llorar—. ¡Joder, mamá! No llores, vas a hacer que lo haga yo también.

Sonreí a la vez que las lágrimas seguían saliendo y, a pesar de ello, sentí de nuevo que me liberaba de muchas cargas que llevaba sobre mis espaldas. Me limpié un poco la cara y carraspeé.

—¿Te parece si pedimos *pizza*?

Samantha levantó una ceja y torció los labios hacia un lado.

—¿*Pizza*?

—Sí, creo que es un buen momento para ello.

Se cruzó de brazos y me miró con una sonrisa sardónica.

—¿Sabes que cuando la pides a domicilio es porque me quieres contar algo importante?

Buenos días a todos, soy Owen Grey...

OWEN

No recordaba cuándo fue la última vez que me había sentido tan bien con solo un café y una tarta de arándanos, y no solo se trataba de ponernos al día con nuestras vidas, era mucho más. Era el haber encontrado esa estabilidad que nos pasábamos la vida buscando.

Tenía mucho que hacer, mucho que meditar al cerciorarme de que nuevamente Norah estaría en mi vida, aunque solo fuese por amistad. Entré a casa dejando el abrigo en la entrada y me senté al lado de mi padre, que leía un libro con el ruido del televisor de fondo.

—Te veo de muy buen humor —me dijo.

—¿Y cómo puedes verme si estás leyendo?

—No tengo que observarte concienzudamente, lo intuyo.

—No tenía constancia de que fueses médium. —Mi padre bajó el libro sonriéndome.

—Desde que volviste es la primera vez que te escucho bromear como solías hacerlo.

—Intento retomar mi vida —le respondí con sinceridad.

—Y, ya que estás en esa tarea, cuéntame qué tal ha ido la reunión, un pajarito me ha dicho que vas a sustituirme y que haréis que el público comience a escribir cosillas.

—La ciudad de Lake no cambia —ironicé—. De alguna forma terminan enterándose de lo que sucede entre sus ciudadanos. —Mi padre sonrió.

—Yo lo llamaría interés por tus vecinos.

—No voy a entrar en el juego, soy consciente de que perdería, pero, ya que te me han adelantado, es momento de que me cuentes qué haces durante las tres horas en la emisora.

—KRT.89 FM no es una simple emisora de radio, es la emisora de nuestra ciudad, y por ello intento que todos se sientan identificados. Sería difícil para ti hacer lo mismo, somos personas diferentes y quizás tu trabajo a partir de mañana lo hagas con la pasión que llevas retenida desde hace años.

Todos, de alguna forma, esperaban de mí que apareciera ese joven que dirigía un programa de radio. Lo que habían olvidado es que de ese joven quedaba el interés a la historia, el resto se había quedado en el camino como aprendizaje.

—Lo haré a mi modo, pero necesito que me digas el orden que solías llevar.

Mi padre asintió, se levantó para ir hasta la biblioteca y volvió con un papel donde tenía puesto tres pasos que seguía cada día. Me explicó que después de ellos se dejaba llevar.

Tras la cena me senté en la mesa intentando crear una planificación para el programa. Infinidad de ideas me vinieron a la cabeza, pero sentí que ninguna era lo bastante buena para ello, por lo que desistí. La realidad era que no podía quitarme de la cabeza a Norah, y eso no estaba en mis planes.

En la conversación que tuvimos deseé contarle todo lo que no pude decirle hace veinte años, debía asumir que era demasiado tarde para ello. Me dejé de historias en mi cabeza y me fui a dormir, nos esperaba un nuevo día, y todo podía cambiar.

A las seis y media de la mañana me encontraba mirando la lista de mi padre en la cafetería de Mercy mientras terminaba de beber un café bien cargado. Apenas había podido dormir. Seguía sin tener idea de qué iba a decir. No era igual que mis clases, para las que solo repasaba algunas

notas; todo era diferente, me dirigía a distintos oyentes.

Pensé en hablar sobre lo que sucedía ese día haciendo referencia a un hecho histórico, eso estaría bien, era mi fuerte; pero dar opiniones sobre política no era lo mío, no tenía la experiencia de mi padre, estaba en blanco asumiendo que mandaría a la mierda el programa en mi primer día.

—¡Buenos días, Owen! —me saludó Carlos—. ¿Preparado?

—No tengo ni puta idea de qué hacer —le confesé. Carlos se echó a reír.

—A diferencia de muchos, lo tuyo con la radio es innato, transmitir, tal vez por eso decidiste ser profesor. Te gusta comunicar lo que descubres para que otros puedan aprovecharlo.

—Gracias, Carlos, como consejero eres el mejor.

Me dio unas palmaditas y entró en la cabina de sonido a la vez que yo lo hacía en el estudio. Me senté y al segundo entró Louise con la prensa del día que me dejó en la mesa. Me fijé entonces en que estaban subrayados algunos subtítulos. La miré, desconcertado.

—Ha sido tu padre, me lo acaba de dar en el mostrador, dice que lo dejaste en casa.

—¿Dónde está?

—¿Tu padre?, fuera.

—Dile que se acerque a la cabina de sonido, por hoy lo dejaré pasar, pero espero que no se convierta en una rutina, porque entonces creeré que todo esto es preparado.

—No hace falta que se lo diga, te está escuchando —respondió mirando hacia la cabina de sonido y se despidió.

Ladeé la cabeza comprobando que estaba ahí, cruzado de brazos, le di las gracias por echarme una mano en ese tema, que sabía que a muchos oyentes les interesaba, y me puse los auriculares para hacer la prueba de sonido.

—Owen —me llamó Carlos—. He preparado una sesión musical que te podrá ayudar.

Levanté el pulgar, esperaba que, en esa nueva etapa, los dos lográramos hacer un gran programa. Mi móvil vibró, lo saqué del bolsillo de mi pantalón para ver un mensaje de Norah.

NORAH 📧

Buenos días, Owen, te deseo toda la suerte del mundo.
Sé que lo harás bien, recuerda cuánto disfrutabas cuando lo hacíamos juntos, un beso.

Sonreí como un tonto, no me esperaba un mensaje de su parte dándome ánimos, ya que solo ella podía entender cuánto me apasionaba estar ahí. Miré las paredes de aquel estudio recordando lo vivido para que el programa fuera ameno. Solíamos hacernos preguntas, bromas y hasta compartíamos opiniones, de ese modo me vino a la cabeza que apenas planificaba lo que iba a hacer, tendría que dejarme llevar. Respiré profundo cuando Carlos me dijo que en nada arrancaríamos escuchando la melodía del eslogan de la emisora.

—Muy buenos días, soy Owen Grey y estaré a cargo desde hoy de este programa matutino que os ha acompañado durante estos años de la mano de Hunter Grey, el cual volverá muy pronto. No pongáis el grito en el cielo ante este repentino cambio, intentaré estar a la altura, pero será difícil sustituirlo.

»Me atrevería a decir que mi voz os llevará a aquellos años de juventud. —Levanté la cabeza y comprendí a qué se refería Carlos con la parte musical y sonreí sintiéndome animado, libre, como hacía mucho que no me sentía—. ¿Qué os parece si comenzamos con algo de música para volver a esa época?

14

No sé yo

NORAH

Después de pasar la noche dando vueltas en la cama, llegué a la conclusión de que debía intentar mantener una amistad con Owen, no sería fácil cuando los recuerdos y anhelos del pasado aparecían de golpe. Por lo que nada más levantarme busqué el móvil y le envié un mensaje para animarlo, estuve a punto de llamarlo y darle una sorpresa, pero supuse que eso alentaría sus ilusiones o tal vez las mías.

La realidad era que cada vez me sentía más confusa y era absurdo cuando me había autoconvencido de que, si permitía que los sentimientos tomaran el control, sería un desastre para ambos. Por mi experiencia laboral, ambos estábamos cumpliendo cada paso del luto de una separación; ya yo había logrado llegar a la meta, pero sentí que él aún no lo había hecho.

Sin embargo, separar a la Norah terapeuta de la Norah sentimental era muy difícil, sobre todo, cuando volví a escucharlo en la radio. Apareció ese cosquilleo que hacía años atravesaba mi cuerpo cuando ponía cada día el programa en casa después de romper. Era una mezcla de dolor y deseo ferviente de estar a su lado, de sentir el roce de sus labios en mi piel. Cerré los ojos y me llevé una mano a mi pecho tratando de contenerlo.

—Para ser solo un viejo amigo te has tomado muy en serio lo de escuchar su programa —me dijo Samantha sacándome de ese trance en el que había caído y un ligero calor subió por mi rostro por haber sido pillada.

La noche anterior, después de que llegara la *pizza*, accedí a que nos sentáramos en la moqueta del salón, quería crear un momento de confianza y complicidad entre las dos después de la confesión que me hizo, que logró liberarme de esa carga que llevaba desde hacía dos años. Entre porción y porción le conté la verdad sobre Owen. Era de esperar que Samantha diese su opinión de adolescente, asegurándome que habría hecho lo mismo.

Decidí que no era necesario explicarle que realmente había cometido un error y que lo entendí después de mucho tiempo. Agradecí que no se adelantara a los hechos de lo que pudiera suceder entre Owen y yo, pero Samantha era más perspicaz de lo que pensaba.

—Buenos días —le dije—. Sabes que siempre escucho el programa —intenté defenderme, aunque fue en vano.

—Lo que acabo de ver es espeluznante, tenías los ojos cerrados y bebías el café como si Owen Grey te susurrara al oído alguna guarrada, y disfrutaras con ello, aunque los dos sois tan raritos que seguro que os excita hablar batallas de no sé dónde, como acaba de decir.

—En Sant Louis, no en no sé dónde. —Samantha volteó los ojos.

—No me cambies el tema, reconoce que es un bodrio escuchar tan temprano todo ese rollo de batallas y de generales apellidados Dagger.

—Los oyentes son en su mayoría personas mayores —le respondí aferrándome a esa idea para que no sacara conjeturas, a pesar de que sería difícil—. Además, ha captado tu interés, recuerdas el apellido. —Samantha enseguida masculló quién sabía qué para luego acomodar los codos en la mesa, sujetó así el rostro con sus manos y puso ojitos.

—Te faltó suspirar, mamá —dijo después de acabar su burla. Me levanté para llevar la taza al

fregadero antes de que siguiera.

»Me voy a clase —anunció dándome una tregua, y respiré de nuevo—. Deberías pedirle salir, y no me digas que a quién.

Me quedé sorprendida y desconcertada por la sugerencia que acababa de darme. Por muchos años de estudio del comportamiento del ser humano, los adolescentes eran tan cambiantes que era difícil seguir un patrón, por lo que no me quedaba otra opción que ir al grano.

—¿Podrías aclararme por qué ayer me dijiste que el haber terminado la relación con Owen, y rechazar todo contacto con él porque me humilló, fue la mejor de las decisiones y ahora insinúas que debo pedirle salir?

—En eso no me voy a retractar —me respondió—. Ha sido una gran decisión, pero ahora pasáis de los cuarenta y tantos, con parte de la vida vivida, y dudo que podáis tener relaciones con intensidad. —Hizo un gesto de asco, volteó los ojos y negué con la cabeza.

Esa línea invisible entre ser la madre de Samantha Walker y la terapeuta Norah Richardson volvía a aparecer para tener que separar las dos funciones. Siempre me había esforzado para que la confianza con mi hija fuera estrecha.

Pensé que el hablar de sexo sería bastante fácil para mí, lo que no me imaginé era que terminaría explicándole que las mujeres de mi edad disfrutábamos del sexo mucho mejor que las más jóvenes. Era demasiado temprano para ese tipo de conversaciones y para hacerle entender en dónde estaban las zonas erógenas que nos encantaban que mimaran. Solo me quedaba tirar del comodín que el día anterior Nick usó para terminar la conversación.

—¿Entiendes por qué es bueno que haga de vez en cuando un programa de sexualidad tanto para adultos como para jóvenes?, sobre todo, para vosotros.

—¿En serio volveremos a tener esta conversación?

—Has empezado tú —respondí tratando de disimular una sonrisa apretando mis labios.

Murmuró por lo bajo, cogió su mochila y salió por la puerta de la cocina. Intenté volver a centrarme en el programa, pero me fue imposible, recordando la recomendación de Samantha. Podía pedirle venir a cenar a casa. Al segundo descarté esa idea. Mi hija sería capaz de ponerlo en apuros solo para divertirse.

Me senté de nuevo y enterré la cabeza entre mis brazos dudando de qué hacer, mientras su voz me acunaba. Siempre me había gustado escucharla, era sexi y elegante, sin dejar de lado cómo estaba dirigiendo el programa, como si lo hiciera cada día.

En cuanto terminó la música retro que Carlos había escogido, el programa dio un gran cambio. Lo llevó a su terreno comenzando con un hecho histórico de lo que había ocurrido ese día en alguna parte del mundo de una manera resumida y dando su opinión al respecto, siguió con la prensa leyendo parte de ella y animó al público a participar. Lo que me sorprendía era la naturalidad con la que se desenvolvía.

Mi móvil vibró en la mesa recordándome que en nada debía prepararme para ir a la cita que tenía en el *spa*. Cerré los ojos unos segundos más para seguir oyéndolo. Era absurdo, podía hacerlo en el coche cuando fuese a trabajar, pero no quería perderme nada.

—Y, hablando del tiempo, dicen mis fuentes que la nevada que caerá los próximos días nos obligará a volver a poner el árbol de Navidad y usar, sin dar explicaciones, esos jerséis coloridos y estampados, así que tened todo preparado y no digáis que no se os fue informado, así como tampoco de lo que os contaré a continuación. Sabéis que en menos de un mes será san Valentín y, como he venido a romper con todo, hemos pensado en hacer algo diferente para este año, ¿y qué será? Carlos, ¡redoble de tambores! —El sonido se hizo paso haciéndome sonreír—. Tenéis hasta el diez de febrero para escribir una historia real que conozcáis y que tenga todos los ingredientes

que pueda enamorarnos, porque sí, seréis los que votaréis cada día por aquellas que os lleguen al corazón.

»Durante cada programa en vivo de KRT.89 FM os leeremos tres historias que escogeremos al azar, Carlos, ¿me dejó algo en el tintero? —El sonido de muchas personas gritando se hizo paso —. ¡Lo había olvidado! La historia más votada tendrá un premio y es una cena para dos en L'Arc Paris^[2].

Nuevamente, Carlos añadió sonido de aplausos para hacerlo más dinámico, era innegable la frescura que estaba trayendo al programa, lo que lograría que muchos se animaran a participar. Por unos segundos tuve el impulso de escribir, sin embargo, ninguna de mis historias tenía final feliz, aunque siempre lo anhelé.

Pasábamos media vida buscándolos, pero el paso de los años y la experiencia en mi trabajo, me llevó a comprender que algunos apenas lo saborearíamos y que vivíamos para trabajar en ello. Debía ser realista, dejar que otros participaran y le contasen al resto que este mundo necesitaba más amor.

En ese instante dudé de si yo había luchado por ello y me di cuenta de que no. Solté aire, desalentada. No quería enfrentarme de nuevo a mi realidad, lo había hecho y era doloroso. La Norah terapeuta se enfrascaba en una lucha de cuál de las dos era la más sensata. Esta vez Norah la humana, la que sentía desde lo más profundo de su ser, se abrió paso sabiendo que no podía vivir a base de migajas, que me merecía encontrar la felicidad.

Mi móvil volvió a vibrar despertándome de mi letargo, tenía que dejar de anhelar, centrarme en la vida que había reconstruido en Lake y que creía que estaba completa hasta el momento en que Owen Grey apareció.

Ir con la cabeza en alto

SAMANTHA

—¡Ya era hora de que aparecieras! —protestó Mill.

—Lo siento, hablaba con mi madre.

—¿Hablar? —Frunció el ceño y me miró—. ¿Desde cuándo hablas con tu madre como si fuerais grandes amigas?

Volteé los ojos. Debía haber aceptado que Nick me recogiera y me hubiera ahorrado explicaciones.

¿A quién quería engañar?, estaba hecha un lío, y todo por su culpa. Si él no me hubiera encontrado en la cafetería, ni seguido en cuanto salí, mi fuerza de voluntad seguiría fuerte, pero no, tuvo que plantarme un beso en medio de la acera y decirme que se moría por mis huesos.

¡Vaya declaración tan poco original! No es que estuviera deseosa de que hincara la rodilla al suelo y me pidiese ser su novia con flores y alguien recitando alguna poesía babosa, pero ¡joder! ¡Qué demonios era eso de que se moría por mis huesos! Me mordí el labio aceptando que llevaba mucho tiempo con deseos de que se decidiera a besarme.

¡Mierda!, estaba hecha un lío, por cómo me había dejado llevar y por las consecuencias de ese simple beso, hasta que mi madre nos pilló, que fue lo más violento que había vivido.

Deseé darle una patada en el culo a Nick y discutir con mi madre por cualquier tontería para poder evitar darle explicaciones. Sin embargo, tarde o temprano tendría que dar la cara, por lo que decidí bajar con él y asumir cualquier reprimenda que ella fuera a soltarnos.

No fue así, de hecho, no sé qué demonios estaba pasando en esta ciudad. Todos habían decidido dar el paso, cambiar su vida y asumir que querían ser felices. Estaba preparada para uno de esos rollos que mi madre soltaría en plan: «Como terapeuta os digo que...», lo hizo, aunque no como me esperaba. Había dado en el clavo en lo que le dije a Nick que hiciéramos y lo que más detestaba era que tenía que darle la razón en que si seguíamos fingiendo nos traería consecuencias de las que nos lamentaríamos.

No sé qué rayos haría en cuanto me bajase en el aparcamiento del instituto, no quería seguir en un tira y afloja, pero es que mi reputación se iría al garete si no daba esa vez yo el paso.

—Esa conversación con tu madre debe de haber sido bien *heavy* —insinuó Mill.

Era mi mejor amiga, la única que soportaba mis cambios de humor y me decía la verdad, pensé que después de mi huida del día anterior me castigaría dejándome de hablar durante algunos días, no fue así.

Cuando me vestía para pedirle a mi madre que me llevase recibí su mensaje diario de ir a por mí. Tendría que decirle que aparcara en el andén antes de llegar y contarle lo que había pasado entre Nick y yo, tendría que escucharla reprocharme y soltar estupideces. Resoplé sin saber qué hacer.

—Samantha, ¿vas a vomitar todo eso que tienes atragantado?

Odiaba que me conocieran tanto, odiaba que mi cuerpo y mi manera de ser mostraran lo incómodas que me resultaban algunas situaciones y que ese día estuviese más susceptible de lo normal. Quizás la noche de chicas que viví con mi madre es la que me llevaba a que estuviera confusa.

Había sido un momento extraño, íntimo y violento al principio. Después de confesarle que no la odiaba por haber dejado a mi padre cuando se dio cuenta de lo que sucedía, sino por haberme arrancado de mi vida en Denver, todo cambió, pero cuando comenzó a explicarme cómo se sentía comprendí que, a pesar de llevar tantos años viviendo allí, no podía contar con alguien algo tan difícil de asumir.

Sentí pena por mi madre, la vi llorar como si en ese instante se hubiera liberado de quién sabía qué. Lo cierto es que, después de ello, me confesó cómo se había sentido. Llegué a pensar que quizás por eso decidió comenzar desde cero, a pesar de que arrastraría ese lastre.

Me equivoqué, mi madre me confesó que la relación con mi padre estaba rota desde el primer año de matrimonio y que ambos se habían acostumbrado a su compañía, una situación que era más habitual de lo que se creía.

No fue la mejor manera de que terminase, pero nadie sabía lo que sucedería en nuestras vidas. Después de eso me miró sonriendo y decidió contarme su historia con Owen Grey. Estaba desconcertada e incómoda, no tenía ni idea de cómo miraría al profesor después de aquello; que fue un cabrón era evidente y nadie podía lograr que cambiase.

Le dije que había hecho lo correcto, sin embargo, la manera en que me contó todo lo vivido en su relación hacía que sus ojos brillaran llevándome a entender que no recordaba la última vez que la había visto irradiar felicidad.

—Es mejor que te detengas.

—¿Cómo? ¿Para qué?

—¡Solo hazlo, joder! Antes de que me arrepienta.

Mill frunció el ceño y obedeció.

—¿Ahora qué?

Suspiré en alto y torcí la boca.

—Prométeme que no vas a reprocharme nada ni enfadarte.

—Lo prometo, aunque ya me arrepiento por tanto misterio.

—Me he liado con Nick, ha sido lo más fantástico que he vivido, pero mi madre nos pilló y todo cambió.

OWEN

En cuanto terminó el programa vi a Carlos y a mi padre aplaudir desde la cabina de sonido, no estaba muy seguro de si había salido airoso, lo que sí podía afirmar es que había disfrutado de lo que me gustaba como no lo había hecho en mucho tiempo. Tal vez me había enfrascado tanto en ejercer mi profesión para que el instituto subiera de escalafón a uno de los mejores del país que había olvidado que también necesitaba desconectar con lo que más me gustaba, y no solo era hablar y estudiar la historia.

Cualquiera podía sacar la conclusión de que era un hombre aburrido, reconozco que lo fui durante mucho tiempo.

—¿Y bien, Owen? —me preguntó mi padre con burla.

De alguna manera él sabía que esa parte que había aparcado sin más de mi vida la necesitaba de nuevo.

—Disimular que no he estado a gusto sería absurdo por mi parte.

—Espero que mañana no dejes la prensa y me hagas volver a venir.

—Y yo —respondí sonriendo—. No quiero escuchar a Linda, aunque me pregunto cómo lo haremos el día que me mude a mi propia casa.

Mi padre frunció el ceño con una sonrisa en los labios.

—No sabía que querías largarte tan pronto. —Esa vez quien sonrió fui yo—. Además, te recuerdo que es mi programa y que lo llevarás por un tiempo.

—Podríamos llegar a un conceso y llevarlo los dos.

—Me lo pensaré —respondió con sorna—. Ahora vete antes de que llegues tarde a tu clase.

Miré la hora comprobando que tenía razón, por lo que me apresuré y antes de salirladeé la cabeza hacia él.

—Gracias, papá, por ayudarme.

—Para eso estamos los padres, para apoyaros en los buenos y en los malos momentos —respondió—. He olvidado decirte que un voluntario se ha ofrecido a llevar el club de lectura de la biblioteca municipal.

—¿Y eso cuándo ha ocurrido?

—Hace media hora, en cuanto se enteraron de que estaría ausente por un tiempo.

Si bien era una buena noticia, sentí cierta desilusión, quería saber más de lo que se cocía en ese club de lectura, pero también era necesario que los chicos no me vieran también dirigiéndolo. Tal vez en algún momento terminaría siendo un lector más.

—¿Y podría saber quién aceptó tan ardua tarea?

—Linda.

Lo miré y me eché a reír a carcajadas, de todas las personas del mundo, Linda era la que menos tendría paciencia para lidiar con personas de diferentes edades.

Subí al coche y me dirigí al instituto. En cuanto entré al aula y di los buenos días me notaba más renovado de lo que me había sentido en mucho tiempo. Después de terminar mi horario de clases decidí llamar a Norah.

En el transcurso de lo que quedaba de mañana medité sobre cómo responder, estuve tentado a escribirle y darle las gracias, pero sería poco en comparación con lo que realmente quería: volver a estar con ella; por lo que sin más saqué el móvil de mi bolsillo y marqué el número.

—Hola, Owen, me preguntaba si me había equivocado de número con el mensaje que te envié está mañana.

—Hola, Norah, no has olvidado el ser directa —le respondí—. Quería saber si estabas ocupada.

—No, no lo estoy, cuéntame, ¿qué has hecho hoy?

Después de esa llamada, pasó una semana en la que nos enviábamos mensajes a diario. Cada noche marcaba su número solo para escucharla y al final quien terminaba hablando era yo, me sentía tan cómodo que el tiempo se me pasaba volando. Con Norah podía hablar de cualquier tema, aunque fuera insignificante, lográbamos encontrar esa conexión que jamás tuve con Moniqué.

Sentimientos, anhelos, impulsos

NORAH

Cada día le enviaba un mensaje dándole la buena suerte antes de que entrara al programa y, a pesar de que las ganas de verlo crecían, ninguno había dado el paso de decirlo.

Ya había pasado más de una semana de nuestro reencuentro, de mensajes y llamadas en la que pasábamos minutos riéndonos de mis cruzadas contra las injusticias, y me di cuenta de lo parecida que era a Samantha en eso. Owen recordó ese momento en que le pedí a su padre crear la noche de las Leónidas.

Supe de ellas a través del profesor de Biología que explicó que podían ser vistas en Lake, como ocurrió otros años, estaba tan fascinada por ello que me presenté en el despacho de la alcaldía y le propuse la noche de estrellas, para eso tuve que investigar dándole las fechas y los lugares en las que podían verse en la ciudad.

El primer año hacía frío y poca gente asistió, sin embargo, cuando se asomaron las primeras estrellas me emocioné dando saltitos, Owen me abrazó desde atrás compartiendo ese momento. Vivimos muchas experiencias inolvidables que, al memorarlas, me hacían echar de menos su contacto. Mantenía la esperanza de verlo el día de mi grabación y no sucedió.

Era jueves, acababa de dejar atado todo lo concerniente a un seminario que daría el fin de semana. No había podido escuchar del todo su programa, tenía tanto trabajo desde temprano que apenas había comido. En cuanto volví a casa estaba agotada. Me eché en el sillón con ganas de despejarme con alguna película y cogí el móvil para ser yo la que llamara esa vez, aunque medité miles de veces sobre si era bueno lo que hacíamos, ya que estaba despertando en mi interior lo que creí que no volvería a sentir.

En el momento en que lo busqué en mi agenda, el móvil comenzó a sonar y vi reflejado su número, sonreí sintiéndome vitalizada en esos segundos.

—Hola, Owen, estaba a punto de llamarte.

—¡Hola, Norah! ¡Vaya casualidad!, parece que seguimos teniendo esa conexión de hace años. —Me eché a reír.

—No sé si es muy tarde, lo que sí tengo claro es que me gustaría verte en persona y dejar de enviarnos mensajes y llamadas, así que, ¿te apetecería un café? Paso a por ti enseguida.

OWEN

Me la estaba jugando, pero deseaba volver a verla. Eso de tener que recordarla cada instante cada vez que entraba a la emisora me estaba pasando factura.

—Estoy en casa dudando en si ver la tele, alguna película o revisar las cartas de los oyentes para el próximo programa —me explicó callándose al segundo—. ¿Te parece si te invito a casa para ese café? —No me importaba, pero no deseaba darle problemas con Samantha—. Los chicos estarán en el programa, así que estaremos al menos dos horas a solas.

—¡Qué tentador! —Norah se echó a reír—. Envíame la dirección y en un rato estaré allí. —Se despidió y enseguida me la envió.

Creía que con la edad las sensaciones que experimentaba de joven desaparecían, en cuanto

estuve frente a la puerta de Norah supe que no era así. Aparecieron de golpe aquellas que me empujaban a darle una patada a la puerta y sorprenderla con un beso. Sí, un beso que no iba ser correspondido, por lo que tenía que conformarme con disfrutar de su compañía, de verla sonreír y sentir apenas la sutileza de su piel en cuanto la rozara con un beso de despedida.

No es que sufriera de un enamoramiento de repente, quizás nunca la había dejado de amar y simplemente había adormecido todo aquello tan profundo que sentía por ella. Debía conformarme. Tal vez era eso lo que la vida estaba intentando que entendiese antes de que pasara el tiempo y nuestros caminos se separaran de nuevo.

Norah abrió la puerta acompañada de su sonrisa y su cabello suelto. Solo el universo sabía lo preciosa que se veía. Me sentí como un tonto al no llevar ni siquiera una rosa, luego pensé que sería absurdo cuando simplemente me invitaba a tomar un café.

Me invitó a pasar, recibiéndome un lugar sencillo y acogedor que me llevó a recordar las veces que hablamos de nuestro futuro, de una casa, de un perro e hijos.

—No sé qué prefieres: ¿un expreso de cápsula o un café normal? —me preguntó.

—Me acoplo al que más te guste.

Ella sonrió de nuevo mientras se acercaba a la cafetera italiana y la preparó para ello, luego sacó una cajita metálica de galletas de mantequilla y un plato para esparcirlas allí.

—Si así atiendes a los invitados me tendrás todos los días aquí.

—No tengo ningún problema en que te pases para un café —respondió mirándome de reojo mientras terminaba de preparar todo—. Y, bien, ¿cómo terminó el programa? He de felicitarte por la primera hora y media, fue estupenda, por un momento sentí que nunca te habías ido de la ciudad y que el tiempo se congeló cuando hacías el programa.

Me sentí igual, y que a ella le sucediera lo mismo me obligaba a fingir cierta tranquilidad que no ocurría dentro de mí, quería gritarle que había sentido un subidón en el que la adrenalina que corría por mis venas me animaba a hacer un mapa de lo que podía hablar en los próximos programas, sin olvidar el papel con los puntos que mi padre tenía trazados.

A pesar de todo lo que bullía en mi cabeza, algo más comenzaba a crecer y era un sentimiento de arrepentimiento por no haberme esforzado en luchar por Norah cuando tuve la oportunidad. La cafetera anunció que el líquido marrón estaba listo, y ella comenzó a servirlo mientras yo seguía observándola ir de un lado al otro.

Tenía que decir algo antes de que se diera cuenta de que lo único que estaba haciendo era admirarla en silencio al mismo tiempo que me arrepentía de no haber estado en los días más felices de su vida después de romper.

—Ya sabes que la última hora es para los oyentes, y no te negaré que me sorprendió que algunas recordasen cómo les cortaba mal el césped —le dije frotándome la nuca—. En esta ciudad las personas son muy rencorosas.

Norah rio a carcajadas y tomó asiento a mi lado con una jarrita de leche caliente en las manos.

—Cuando volví a la ciudad decidí hacer un curso de primeros auxilios con el fin de echar una mano cuando mi padre o el doctor Brown por algún motivo no pudiera acudir a una urgencia, y ese día llegó, cuando atendí a la señora Hamilton, lo primero que hizo fue decirme que si ponía las inyecciones como sabían mis limonadas que Dios la cogiera confesada.

Me eché a reír al igual que lo hizo ella recordando todos esos momentos que pasamos juntos hasta que nos miramos a los ojos. Quería besarla, tenía una necesidad imperiosa de volver a probar sus labios.

Norah los entreabrió tentándome aún más, acercó su mano a la mía hasta ponerla encima tratando de entrelazar sus dedos con los míos, que encajaron a la perfección como si nunca se

hubieran separado. Me atreví a llevar mi otra mano hasta su rostro, deseoso de volver a acariciarlo. Ella cerró los ojos y ese gesto me desarmó por completo.

Escuchamos la puerta abrirse y detrás las voces de Samantha y Nick. Norah separó su mano y se levantó como un resorte, nerviosa. También me acomodé preguntándome si por dejarme llevar había podido meterla en un problema, era lo que menos quería que sucediera. Por ello decidí que en el momento en que llegaran a la cocina me levantaría y me despediría para volver a casa, con la intención de meditar sobre lo que realmente quería hacer y las consecuencias de ello.

—¿Profesor Owen? —saludó Nick desconcertado.

Para mí fue sorprendente verlo de la mano de Samantha, apenas habían pasado veinticuatro horas desde que se echaban los trastos a la cabeza. Debía recordar que eran adolescentes y su mundo giraba mucho más rápido que el nuestro.

—Hola, Nick, veo que por fin os habéis decidido.

Él sonrió, y Samantha se soltó cruzando los brazos a modo de escudo.

—¿Lo has escuchado, Samantha? —le dijo—. Todos, de alguna forma, lo sabían, menos tú.

—¡Cállate, Nick! —le reprochó, nos observó y luego a la mesa—. A mí me parece que os habéis saltado unos cuantos días en la cafetería para llegar al café en casa.

—¡Samantha! —protestó Norah con los ojos abiertos, sorprendida por lo directa que había sido su hija.

—¡Mamá! —respondió a modo de burla—. Nick, vamos a terminar la exposición oral que nuestro querido profesor, aquí presente, quiere que hagamos la semana que viene.

—Lo siento, Owen —me dijo Norah con cierto sonrojo en su rostro.

Norah olvidaba que ella muchas veces se había comportado de igual manera.

—Acabo de tener un *déjà vu* —respondí.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Samantha mirándome a los ojos y cruzándose de nuevo de brazos.

—Tu madre era igual de mandona cuando tenía tu edad, debo irme.

Me levanté sonriendo. De reojo vi a Samantha con los ojos y la boca abiertos. Me acerqué a Norah y decidí darle un beso cerca de la comisura de los labios.

No podía irme sin hacerlo, sin saciar esa necesidad que cada vez se hacía más pesada, alcancé a mirarla unos segundos, los suficientes para ver en sus labios dibujarse su hermosa sonrisa.

Un empujoncito

SAMANTHA

Parpadeé varias veces hasta que pude entender lo que había querido decir Owen Grey en cuanto vi sus labios curvarse a sabiendas de que me había dejado callada.

—¡Será cabrón! —mascullé.

La mano de Nick apareció delante de mí para posarse en mi frente.

—Llevas cinco minutos sin pronunciar ninguna palabra y eso me preocupa.

—No deberías —respondí a la vez que me percataba de que mi madre había huido. Torcí la boca pensando que aprovechó mi despiste para evitar darme explicaciones—. SI CREES QUE TE LIBRARÁS DE MÍ, ¡ESTÁS EQUIVOCADA, NORAH RICHARDSON!

Me giré del todo hacia Nick, que me miraba desconcertado.

—Pensaba que las sorpresas del día se habían acabado. —Volteé los ojos.

—¿Recuerdas lo que les dije por la mañana?

—Dijiste e hiciste tantas cosas... —respondió con burla.

—¡Nick! —Se echó a reír y se acercó para abrazarme—. Haré una llamada a Mill y a Newt. Tienes que ayudarme, sé que has visto lo mismo que yo. —Él repitió mi gesto, volteando los ojos.

No me importaba, estaba segura de que había visto lo mismo que yo entre Owen y mi madre, y por ello quería que me ayudasen.

Después de contarle a Mill lo sucedido con Nick, di el paso de llamarlo y aceptar que todos se enteraran por nosotros de que estábamos juntos. Él me esperó en la entrada del instituto, me preguntó si estaba segura y le dije que sí, aunque en el fondo estaba hecha un flan.

Imaginarme que las lagartas se acercarían a él con el fin de que les pidiera ir al baile de san Valentín, me llevaría a desconfiar cada minuto, y odiaba esa actitud, por lo que me enfrenté a él para pedirle que lo hiciéramos de una vez.

Nick me sonrió, sujetó mi mano para entrelazarla y así entramos al instituto en donde las miradas de todos se enfocaron en nosotros. Mill iba detrás aclarándoles que si habían olvidado la clase de Química de los imanes y sus opuestos; una analogía bastante específica.

Después de esa entrada triunfal siendo la comidilla del día, nos reunimos los cuatro para planificar el programa que tendríamos por la tarde y fue entonces cuando volví a hacerle la pregunta sobre ese concurso que deseaban hacer en la estación de radio. Ninguno me preguntó por mi insistencia, no quería plantearle lo que deseaba hacer, primero quería asegurarme y para eso tenía que indagar y observar, pensé que sería engorroso y no fue así.

Al volver a casa, contrasté lo que había visto durante la mañana y el día anterior. No es que me agradara, Owen Grey era un cabrón, me la devolvía de manera magistral y eso me fastidiaba, pero también me agradaba, sobre todo, porque la última vez que mi madre salió con alguien fue tres meses después de nuestra llegada.

Recuerdo que la insistencia de Eleonor la llevó a sentirse comprometida con ese muermo de paciente que tuve la desgracia de conocer. Sin embargo, seguía sin recordar cuándo fue la última vez que vi a mi madre sonreír de la manera que lo hacía con Owen Grey.

—Subamos a mi habitación —le pedí a Nick mientras les enviaba a mis amigos un mensaje pidiéndoles que se conectaran, no quería que mi madre me pillara proponiéndoles a mis amigos

mi idea.

—De eso nada, no voy a volver a pasar por un dolor de testículos y luego hacerme una paja.

—¿Por qué eres tan soez? —Él se acercó con una sonrisa socarrona.

—Porque te gusta que te hable así, te pone cachonda.

Le hice una peineta. Como volviera a decirme semejante burrada, lo que había entre los dos terminaría mucho más rápido de lo que todos apostaron.

—¿¡Vas a venir o te vas a quedar ahí!? —le grité mientras iba a mi habitación. El imbécil se tomó su tiempo y cuando lo hizo fijé mis ojos en él—. Por un minuto pensé que habías decidido irte.

—Lo pensé, no quiero que Norah terminé echándome y haciéndome una cruz.

—No lo hará —le aseguré—. Sabe que no soy tan estúpida de cometer el mismo error de nuevo.

—Entonces estamos jodidos.

Volté los ojos de nuevo preguntándome por qué solo pensaba en sexo.

Tenía que hacerle entender lo que había intuido. Sabía que era totalmente ilegal, pero quería seguir mi instinto. Encendí mi portátil y abrí el Discord^[3] contactando con Mill y Newt para una videollamada.

—Hola, chicos.

—Que sea rápido —dijo Newt—. Tengo que estudiar y quiero comer.

—Eso es lo único en lo que piensas —chinchó Mill. Los interrumpí antes de que perdiera su atención.

—Necesito que tengáis la mente abierta a lo que os voy a proponer, sé que será ilegal, pero ya me conocéis.

—Solo he escuchado mente abierta, ilegal, y ya me da miedo que venga de ti —confesó Newt.

Sentí la mirada intensa de Nick de reojo y me atreví a verlo frunciendo el ceño.

—Estoy comenzando a arrepentirme, no sabía que te gustaba entrometerte de verdad en la vida de otros.

—No son otros, son mi madre y Owen.

—¿¡QUÉ!?! —gritaron a la vez Mill y Newt.

—Veréis, chicos, ayer mi madre me confesó que ellos tuvieron una relación de mucho tiempo y terminó muy mal porque Owen fue un cabrón de mucho cuidado. No quiero ser ninguna celestina, pero he visto que entre ellos existe aún el resquicio de lo que vivieron.

—De verdad que te ha sentado muy mal liarte con Nick —indicó Newt.

—¡No seas gilipollas! —protestó este.

—No tiene nada que ver con Nick, no sé si con lo que quiero proponeros logre que se líen, Owen me reta cada vez que puede y me fastidia mucho, pero quiero saber si existe eso de otra oportunidad y para ello necesitamos conocer la historia contada por Owen. Anoche, cuando mi madre me explicaba lo que vivieron durante la relación, creció en mí esa curiosidad de saber por qué él no luchó por la misma si tanto se querían.

—Definitivamente, Nick te dio de su elixir de amor —soltó sin más Newt. Nick se carcajeó mientras me quedaba sin habla.

—¡Eres asqueroso! —Mill se unió a sus risas por lo que resoplé—. Olvidadlo, ya veo que no queréis ayudarme, ya buscaré la forma de investigarlo, hasta mañana.

No iba a permitir que se burlaran de mí, me costaba dar ese paso, ceder a que mi madre podría ser feliz con otro hombre, aunque fuesen imaginaciones mías, pero estaba segura de que no era así. Corté la videollamada y abrí el buscador para seguir investigando para la maldita exposición que

nos había encargado Owen.

—Mira que eres dramática —me echó en cara Nick—. Te pasas el día lanzando puyas a todos y, cuando uno lo hace contigo, te enfadas.

—Eso no fue una puya, Nick, eso fue directamente asqueroso y no voy a permitir que cada vez que quiera proponer algo saquen a relucir nuestra relación. —Él suspiró en alto, sujetó mi cabeza obligándome a mirarlo a los ojos.

—Nadie va a sacar punta de nuestra relación, ya viste que no lo hicieron en el instituto, es Newt y sabes que siempre dice burradas, ahora bien, no entiendo este empecinamiento repentino, no es habitual en ti y tienes que aceptar que siempre te burlas de los sentimientos y de momentos sensibles para muchos.

—Lo reconozco, pero sé que algo quedó sin resolver entre ellos y si... —Lo que iba a decir mandaría a la mierda los dos años de reputación de insensible que me había construido, fueron necesarios para evitar sentir más tristeza y rechazo en cuanto el chisme de por qué Norah Richardson había vuelto corrió por la ciudad; después, con el tiempo, se me hizo cómodo ser siempre la que causaba polémicas. Era hora de que dejara que los que quería que se mantuvieran en mi vida me conocieran de verdad.

»¿Y si es su alma gemela? —La mirada de Nick reflejó lo que temía, por lo que comencé a negar con la cabeza—. Olvida lo que dije, todo lo que ha pasado hoy me hace ver arcoíris donde no los hay.

Nick sonrió y sin decir nada se acercó y me dio un beso tierno en los labios logrando que un cosquilleo recorriera mi cuerpo, cerré los ojos para disfrutarlo y cuando los abrí de nuevo me miraba sonriendo.

—Cuéntame bien qué quieres hacer, todo, Samantha, así pienses que es lo más absurdo que se te ocurra, pero necesito saber por qué de repente has tenido esta necesidad de hacer una proeza, y tal vez así convenza a Newt.

Lo miré unos segundos, los suficientes para entender que hablaba con honestidad y que ese día, a esa hora y en ese lugar, nuestra relación no solo se había convertido en una simple atracción y afinidad, también había nacido la complicidad de la amistad.

La intensidad de los recuerdos

NORAH

No sé si debería agradecer que Samantha y Nick llegaran para que me despertara de ese letargo en el que había caído por Owen.

Quería que me besara y que fuera más allá.

Me costaba asimilar que aún pudiera tener recuerdos vívidos de nuestra relación, entendía que algunas situaciones fueron intensas, pero ¿tanto como para querer volverlas a sentir?

Tenía que admitir que sí deseé sobre todas las cosas que se atreviera a besarme. Era tan confuso, apenas habían pasado dos días desde que nos reencontramos y parecía que hubieran sido meses. Debía ser honesta, no podía darle un nombre a lo que ocurría con él, ya que era difícil para una mujer que estaba acostumbrada a dar una respuesta razonable a todo comportamiento humano.

¿Cómo podía aconsejar a mis pacientes cuando estaba hecha un lío?, estaba perdida, totalmente perdida, y cuando mi hija entró a la cocina me sentí pillada. Creo que Owen también se sintió igual o tal vez eso fue lo que lo empujó a que se despidiera de la manera en que lo hizo.

Me atrevía a suponer que su intención fue inocente, sin embargo, anhelé que lo repitiese cada vez que estuviéramos a solas. No recordaba cuándo había sido la última vez que había deseado tanto que me arrancasen la ropa y se enterraran en mí como lo hizo hace años.

Nuestros encuentros eran intensos, y el solo recordarlo logró que apretujara mis piernas ante la excitación que comenzaba a nacer. Me fui a mi habitación en cuanto Owen se despidió, no quería darle explicaciones a mi hija, no estaba segura de lo que había visto. Me senté en la cama pensando que tal vez el vibrador me ayudaría a saciar mis instintos, pero era consciente de que todo aquello iba mucho más allá.

Decidí darme un baño para despejar mi mente... Sin embargo, me era difícil, una y otra vez me venían las imágenes de nuestros encuentros furtivos en la universidad. Tenía que solucionarlo y bajé la alcachofa para que acariciara mi cuerpo hasta llegar a mi coño.

Allí cerré los ojos sosteniendo el cabezal y apuntándolo al clítoris recibiendo su calidez con las distintas presiones que tenía. Con mi otra mano comencé a acariciar mi cuerpo endureciendo mis pezones buscando aliviar el calentón que tenía. Bajé mi mano hasta que los dedos se hicieron paso jugueteando con mi clítoris imaginándome que Owen me penetraba como años antes.

Podía ser la solución más rápida a la necesidad de pensar que solo era físico y no emocional, el problema apareció con los recuerdos de su boca en mi cuerpo haciéndose más nítidos. Apresuré el movimiento circular acercando más la alcachofa, mi cuerpo se deshizo en un orgasmo arrollador.

Abrí los ojos rato después, asumiendo que no era solo físico, anhelaba las largas conversaciones que teníamos, los abrazos que nos dábamos y el estar uno al lado del otro con el silencio como acompañante.

No tenía ni idea de cómo tratarlo a partir de ese momento, a sabiendas de que mis sentimientos aumentaban con intensidad. Quizás el seminario que haría el fin de semana lograría que reuniera el suficiente coraje para abordar lo que la vida me estaba deparando.

OWEN

Apenas pude conciliar el sueño los siguientes días después de haberme atrevido a besarle la comisura de sus labios. Los malditos recuerdos de nuestros días más felices me atormentaban cada segundo.

Fueron tan seguidos e intensos que llegué a confundir un sueño con la realidad, al pensar que la besaba y desnudaba poco a poco, disfrutando de sentir su piel erizarse ante cada roce, devorando sus pechos mientras ella levantaba su pelvis pidiéndome saciar su deseo y, como si fuese una bestia cegada al placer, lo hice, logrando una erección que en mucho tiempo no había tenido.

El viernes llegué a la conclusión de que mi beso fugaz era el causante de aquel silencio, por lo que le envié un mensaje invitándola a cenar. El domingo quise ir a su casa para preguntarle qué demonios sucedía, al segundo me di cuenta de que no podía forzar ninguna situación, lo mejor era seguir con mi vida, a pesar de que eso me causase decepción.

Cinco días, ciento veinte horas, y Norah había decidido apartarme de su vida sin más. Tal vez su «yo terapeuta» le había alertado de que no era lo correcto entre los dos, pero nadie sabía qué era bueno o malo para su vida hasta que no se arriesgara.

Llegué a suponer que no quería líos con su hija sobre lo que había entre nosotros. Un nosotros que seguía perdido en ese pasado cortado abruptamente por los dos.

A lo mejor podría quedar en una amistad bonita si al menos la oportunidad se hubiese dado, sin embargo, Norah había escogido el camino más rápido y más fácil. Intenté entenderla, se suponía que ella era la lógica y razonable de los dos, pero me sentía frustrado a medida que pasaban los días. Respiré con profundidad en cuanto entré al estudio e inicié el programa logrando alejarme de todo y centrándome en lo que me gustaba, a pesar de saber que al terminar volvería a la realidad de mi vida.

No obstante, al llegar al instituto, algún fenómeno extraño acabó sucumbiendo en la mente de los chicos insistiendo en que les contase mi paso por el instituto y la universidad.

Comenzaba a pensar que la vida era cruel cuando se lo proponía en eso de obligarme a recordar momentos de los que me preguntaba por qué no me arriesgué, por qué no insistí. Si al menos alguien me hubiera advertido cómo la vida nos cambiaría en cuanto saliéramos del instituto, tal vez hubiera cometido menos errores.

Era curioso tanto interés por parte de Newt y Nick hacia un profesor que apenas conocían, me tiré al agua explicándoles el cambio que generaba el ir a la universidad, los nuevos comienzos y las meteduras de pata que de alguna forma nos ayudaban a madurar.

Medité unos segundos sobre si era conveniente contarles lo de Norah, de alguna forma se enterarían, aunque de manera distorsionada, y proseguí. Entre una cosa y otra les hablé de ella sin decir su nombre y lo que vivimos, lo que compartimos en intereses, en viajes, en bailes y cómo aceptamos que teníamos metas distintas en las que intentamos apoyarnos para lograr cumplirlas.

Les expliqué que no solo había una relación amorosa, también una amistad basada en la confianza y complicidad, que pensábamos que iba a salir airoso en el primer año en la universidad, pero, lamentablemente, no fue así. En nuestro caso, la inmadurez y el orgullo nos hicieron actuar de manera estúpida y no lo entendimos si no años después.

Por un momento me arrepentí de lo que les confesé, todo aquel recorrido por los recuerdos que me causaba sensaciones placenteras me llevó a preguntarme qué habría sucedido si no me hubiera quedado con los brazos cruzados, dejándonos llevar por la tozudez. Intenté enmendar lo que tal vez podían malinterpretar, cada persona vivía una historia diferente y no todos seguíamos un patrón de amor, relación a distancia y, al final, matrimonio.

Algunas veces debíamos vivir fracasos para entender el camino que debíamos seguir y quién sabía si la vida nos concedería una nueva oportunidad para enmendar aquello que dejamos a

medias. Sí, sin darme cuenta les mostré la parte más humana que muy pocos conocían de mí.

Después de esa conversación, desistí de ir a la emisora a sabiendas de que era el día en que Norah grababa su programa mensual, el tiempo tenía que ser nuestro aliado. En cuanto llegué a la emisora al día siguiente, tenía la plena convicción de dar todo lo mejor de mí. En la siguiente reunión les sugeriría darle vida a una idea que se fraguaba en mi mente; un programa con la historia de la música de los setenta, ochenta y noventa.

—Buenos días, Owen —me saludó Carlos al entrar al estudio mientras yo dejaba en la mesa la prensa del día con los subtítulos subrayados.

—Buenos días —respondí.

—Aquí tienes las primeras cartas del concurso de san Valentín, ayer por la tarde revisé el buzón de la entrada y los correos electrónicos encontrando varias historias. Estuvimos esperándote para leerlas y así adelantar trabajo, porque tengo la sospecha de que no daremos abasto y tendremos que grabar cortes de diez minutos para poder darle entrada a la avalancha que se nos viene encima. Pasada media hora dedujimos que no aparecerías, y Louise, Norah y yo nos tomamos la libertad de leer las primeras que llegaron. Créeme, hay una bastante peculiar.

Dejó en la mesa varios folios impresos, había olvidado por completo el concurso, solté aire y me senté.

—Gracias, Carlos, ayer tenía asuntos que resolver. —No le había mentido, tenía que visitar a algunas personas mayores que mi padre frecuentaba para saber si necesitaban ayuda.

—Supongo que tiene que ver con Hunter.

—Así es.

—No es por darte más trabajo, pero te adelanto que hoy hemos recibido el triple de *emails* que ayer. —Los dos sonreímos a lo que se nos venía.

Era una buena señal para la emisora, me puse los auriculares mientras él entraba a la cabina para la prueba de sonido para poder comenzar con el programa.

Indagué entre los folios de las historias, eran seis las que debía leer en tres horas de emisión. Carlos me dio el aviso de que a su señal comenzábamos, me acomodé los audífonos, bebí un trago de agua y encendí el micrófono escuchando la música que daba inicio al programa.

—Muy buenos días, les habla Owen Grey para el programa matutino de KRT.89 FM. ¿Qué os parece si comenzamos con algo de música para pasar a las noticias del día de hoy y luego a leer una de las cartas que habéis enviado?, gracias por vuestra receptividad.

Después de las noticias del día, y de la publicidad, me centré en la primera carta. Cuando la leí el principio sonreí, pensando en lo que las personas podían hacer por amor. Carlos me anunció que entraba de nuevo en el aire, y suspiré para continuar con el programa.

—Y aquí estamos de nuevo para lo que muchos estáis esperando, las historias del concurso de una cena para dos en L'Arc París. De esta primera carta estoy seguro de que muchos conoceréis quiénes son los protagonistas —indiqué para crear expectativas.

»Me atreví a escribiros —comencé a leer— con el fin de que mi chica se diera cuenta de lo mucho que la amo, pronto cumpliremos aniversario y no tenía ni idea de cómo sorprenderla. No soy nada detallista, de hecho, me parece superfluo todo esto. —Sonreí y di gracias de que era yo quien leía la carta, y no Samantha, ya que le daba pie a su campaña anti san Valentín.

»La conocí en pleno invierno, cuando la tubería del agua se congeló por la intensa nevada que cayó en ese entonces —seguí con la lectura—. Ella acababa de mudarse a la ciudad, por lo que era la primera vez que la veía. ¡Que me llevase el diablo al infierno! Al abrirme la puerta de su casa apareció la chica más preciosa que había visto en mi vida, ¡y mira que había salido con muchas! —Vi que había escrito a boli el nombre del autor de aquella carta, supuse que fue Louise,

que conocía a todos lo de la ciudad.

»El caso era que no tenía la menor idea de cómo volver a verla y las ideas más locas se me pasaron por la cabeza, desde cortarle el agua no solo de su casa, también en el colegio. Sí, reconozco que lo pensé, espero que la alcaldesa, cuando se entere de cuáles fueron mis intenciones, no me vaya a detener por intento de saboteo a la ciudad. Pasaron muchos meses y me resigné a que no tendría otra ocasión, hasta que coincidimos en la noche de las Leónidas, no tenía ni pajolera idea de que era aficionada a la astronomía como lo soy yo y esa vez sí que no la dejé escapar y es que una noche de estrellas es la mejor aliada para invitar a salir a esa chica que es difícil de olvidar.

»No creáis que me lo puso fácil, me costó un par de meses hasta que me aceptó, quién sabe si esa cena la terminaré ganando y ese sí pase a ser un «sí, quiero» en L'Arc París. ¡Votad por mi historia! Jake L.

Las horas se pasaron volando, quedaban apenas minutos para terminar, por lo que era momento de leer la última historia del día. Me sorprendí ante la receptividad de la gente por medio de las llamadas que íbamos recibiendo.

Vivir en una ciudad pequeña tenía la particularidad de que todos conocían los pormenores de la mayoría de los ciudadanos.

—Ha llegado el momento de leer la última de las historias que habéis mandado, recordad que a partir del mediodía podéis votar en la web de KRT.89 FM por la que más os has gustado. Guardad la artillería que tengáis preparada para mañana sobre lo que leeré a continuación. —Carlos puso un redoble de tambores para darme tiempo de beber un poco de agua y comenzar—. Esta vez nos ha escrito R. N. W., me cuesta creer que con las iniciales conozcáis quiénes están detrás de cada historia —les confesé sonriéndome ante lo perspicaces que estaban siendo los oyentes.

A medida que leía la carta sentía que un nudo se apoderaba de mi garganta sin dejar de lado que las manos me sudaban. Al final de la misma, me quedé unos segundos observando las letras sin poder decir nada más, Carlos me ayudó poniendo un comercial.

—¿Estás bien? Te has quedado mudo. —Lo miré y levanté un pulgar, a pesar de no estarlo.

Me sentía identificado con esta historia, solté aire, tenía que terminar el programa y sentarme a leerla de nuevo.

—Una historia intensa, ¿o no? —dije a los oyentes—. Y exactamente, como dice al principio, no entra en los requisitos, pero, al ser de las primeras en llegarnos, seréis vosotros quienes decidáis. Feliz día a todos y mañana volveremos a partir de las siete de la mañana con mucha más música, noticias, temas interesantes que contar y, por supuesto, vuestras opiniones.

Escuché el final del corte comercial de la emisora y me quité los audífonos mientras me llevaba las manos a la cara tratando de despejarme.

—¡Así que intensa! —se burló Carlos.

—¿Cuántas cartas llegaron para que escogierais esta?

—Diez, pero las otras eran de jóvenes contando tonterías sobre su primera vez, Norah decidió que era mejor llevarlas a su programa.

—No sé qué decir y cómo se lo tomará el público, porque no hay ningún final feliz.

—Lo sabemos, pero Louise se puso tan dramática que nos rogó que no la desecháramos, sintió empatía y tristeza por esa persona que declaraba sus sentimientos de una manera tan honesta.

—Es la que ha propuesto la idea, así que mañana veremos el resultado. —Necesitaba unos minutos para sacar de mi mente las suposiciones que no se sostenían al saber que Norah también la había leído—. Debo irme.

—Nos vemos a la tarde, solo espero que no tengamos más cartas de este tipo o tendremos que

buscar varias cajas de pañuelos para Louise.

Sonreí imaginándomela, me despedí para ir al instituto e intentar quitarme de la cabeza las palabras que acababa de leer.

Cuando las historias se cuentan con el corazón

NORAH

Estaba nerviosa, tenía que ver a Owen después de varios días. Si inicialmente pensé que trabajar y aislarme en el seminario me ayudaría a reflexionar, fue todo lo contrario.

Ese fin de semana me topé con personas que vivieron situaciones parecidas a la mía y que decidieron arriesgarse a intentarlo de nuevo. El escuchar sus vidas antes de volver a encontrarse me recordaban tanto a la mía... Durante largo tiempo había dado consejos a muchos para que entendieran que la felicidad debía ser individual, y tenía que reconocer que era reacia a creer que aquellas relaciones del pasado podían encenderse en segundos.

Entonces lo supe, el esfuerzo para seguir adelante con mi vida apenas había comenzado. Me enfiqué en lo técnico y no en lo humano, en querer amar y sentirse amado. Ese beso había sido el detonante de que la confusión y el miedo me hiciesen pensar que podíamos terminar mucho peor y opté por lo más racional.

Cuando comencé a escuchar a todas aquellas parejas hablar de sus vivencias hasta su reencuentro, me sentí identificada, por lo que el domingo después de pasar parte de la noche reflexionando decidí dar el paso que rehusaba a aceptar y era el de arriesgarme a colar mi historia en la emisora con un *email* falso. Lo que nunca imaginé era que llegaría a estar entre las diez primeras y que precisamente me tocase leerla delante de Louise y Carlos.

Comenzaba a cuestionarme eso de la suerte, por alguna razón Owen decidió no aparecer, en cierta manera eso me dio un respiro para enfrentarme a lo que se venía. Tal vez al no responder supuso que era mejor ser solo amigos. Me arrepentí y fustigué por ser estúpida, al fin y al cabo, era un mensaje por wasaps, un mensaje que miles de veces había explicado a mis pacientes que eran fríos, distantes, pero que yo decidí no responder para no alentar ilusiones.

Las mismas que crecían cada segundo en mi interior.

Después de todo lo ocurrido estaba hecha un manojo de nervios, sin tener idea de la reacción de Owen en cuanto leyera mi carta. Pensé en cancelar todas mis citas, y al final decidí que sería peor si me mantenía toda la mañana a la espera de escuchar a través de su voz lo que yo realmente sentía. Así que me mantuve ocupada hasta que llegara la hora de verlo frente a frente y tener que pedirle hablar a solas.

Owen llegó unos minutos tarde y saludó a todos con una sonrisa, aquella que había aprendido a llevar para ser cordial, la misma con la que me saludó alentando que apareciera la duda en mí, quizás era mejor que el tiempo decidiera y seguir su ejemplo, de sonreír siendo consciente de que mi hija estaba en el lugar y podía percatarse de mi actitud.

Carlos nos entregó varias cartas para que las revisáramos y escogiéramos las mejores para leer en el aire. Durante minutos leí los encabezados que nos daban las pistas necesarias para descartar o para saber que fuese la apropiada. La mayoría que tenía en mis manos eran historias de primeros besos, por lo que escogí las que consideraba más verosímiles. Solo entonces escuché los murmullos de los chicos que hablaban de parejas que tuvieron que separarse por la guerra de Vietnam e Iraq, historias tristes y alegres que, de alguna forma, les daban un aprendizaje.

—Creo que es hora de hablar de lo que hemos leído— dijo Owen con su sonrisa peculiar llamando nuestra atención—. No pensé que leer las experiencias de la gente fuera tan

enriquecedor.

—Lo dirás por las cartas que te han tocado —insinuó Louise—. Los chicos de hoy en día son muy detallistas en contar hechos... —Mill, Newt, Nick y Samantha se rieron a carcajadas.

Tenía que darle la razón, de las que había leído solo dos eran aptas para leer a los oyentes.

—Prefiero leer algo que me haga reír, no como esta, ¡por Dios, pobre hombre! —exclamó Mill.

—Si tanto te ha afectado, te invito a que la compartas —le sugirió Owen. Ella se pasó la lengua por los labios.

—Está bien, pero si se me salta una lágrima, y Newt se ríe, me dejaréis darle un bofetón.

—¿¡QUÉ!?

—Calmaos, chicos —intervino Louise—. Si llega a reírse por tus sentimientos se lo daré yo.

—¡Joder! —Nick y Samantha se rieron a carcajadas.

—Por favor, Mill, léela —le pidió Owen.

—Cada día la esperaba impaciente en la parada del autobús —comenzó a leer—, era el año 1967 y pronto partiría a una guerra sin yo saberlo. Estaba dispuesto a invitarla a salir ese día. Al verla llegar, con ese vestido rosa y el cabello a la moda, me pareció un ángel. Era la chica más bonita que había visto en mi vida. La vi subir al autobús y corrí para sentarme en el asiento de al lado. Mi mente se quedó en blanco, a pesar de haber ensayado miles de veces las frases que quería pronunciar, ahí estaba sin poder presentarme, aunque ya conocía su nombre, y ella, el mío.

»Se acercaba nuestra parada, era «ahora o nunca», cerré los ojos para armarme de valor y le dije: «Helen, ¿quieres salir conmigo?». Al abrirlos me encontré a una mujer que me miraba ceñuda. «Jovencito, ¿qué está insinuando?», me dijo.

»Enseguida me levanté preguntándome por qué había tardado tanto en hablarle. Me maldije y me bajé para comenzar mi turno en la cafetería. Trabajaba como ayudante con el fin de ahorrar suficiente dinero para viajar por el mundo, algo en lo que mi padre no estaba de acuerdo, él quería que me alistara para servir a mi país, que estaba en guerra con Vietnam, y no que fuera un vago como los que veía que aparecían cada vez más en nuestro país, así que en contra de sus deseos pedí trabajo en la cafetería, logrando que me dejase de hablar por contradecirlo.

—Eso de contradecir a los padres no es cosa de nosotros, Newt —dijo Nick. Los cuatro se echaron a reír al escuchar a Louise rezongar.

—Mill, ¡acaba! —protestó Louise antes de que siguieran saboteando la lectura—. Estoy que me muerdo las uñas. ¡Ya sé de quién es esta historia!, luego os contaré más, incluso uno de sus nietos estudia con vosotros.

Los chicos se miraron conscientes de que todos teníamos historias que contar; Mill respiró profundo y siguió:

—Entré por la puerta de atrás y me puse el gorro y delantal para trabajar lamentándome por pasar otro día sin haberla invitado —reanudó la lectura una vez todos nos quedamos en silencio—. Comencé mi labor diaria hasta que Joe me pidió que tirara la basura. Al hacerlo me la encontré allí junto a sus amigas, que estaban un paso por detrás murmurando entre ellas a la vez que me miraban. «Hola, Michael», me dijo acercándose a mí. «Hola, Helen». «Llevo todo el mes esperando», prosiguió Helen. «¿Esperando?», me pregunté sin entender. «No me lo pongas más difícil», protestó. Fruncí el ceño sin tener idea de qué hablaba, pero Joe apareció en ese instante diciéndome que tenía una llamada urgente de mi madre.

»La miré sin saber qué hacer, después de tanto por fin podía hablar con ella y atreverme a invitarla, sin embargo, que me llamaran al trabajo no era bueno. «Ve», me dijo. Le sonreí y me apresuré a coger la llamada, segundos después todos mis planes se desvanecían, mi padre había tenido un ictus. Me apresuré a ir al hospital y después de verlo entendí que nuestras vidas habían

cambiado por completo. Durante días medité todo lo concerniente a los sueños que tenía, decidí darle mis ahorros a mi madre y me alisté a los marines, como tanto deseó mi padre, a sabiendas de que tal vez no volvería a ver a Helen, pero de alguna manera necesitábamos el dinero hasta que él pudiera recuperarse para volver a trabajar de contable. Deseé esa noche salir por la ventana y correr hasta la casa de Helen para decirle lo que tanto me costaba, pero luego pensaba que no serviría de nada.

»El día de mi partida mi madre no dejaba de llorar —continuó leyendo tras dar un sorbo al vaso de agua que tenía al lado—, todos éramos conscientes de lo que estaba sucediendo con los nuestros en ese lugar tan lejano de casa.

»Cuando llegó el autobús para irme al destacamento escuché mi nombre, ladeé la cabeza y vi que Helen corría hacia mí. «No podía dejarte ir así como así», me dijo. Sin más, me besó delante de todos mientras, dentro de mí, sentí que explotaba algo que hasta ahora no he podido darle nombre. «Solo te pido que te cuides», añadió.

»Con esas palabras durante meses sobrellevé el duro adiestramiento y el llegar a una tierra en donde la lluvia duraba días y luego el calor húmedo nos agotaba. Las cartas de Helen eran las únicas que me daban fuerzas para evitar que las ideas que se cruzaban en mi cabeza las llevase a la realidad, hasta que un día fuimos emboscados. Me hirieron en la pierna, destrozándome un tendón, esa herida no significaba nada en comparación con los compañeros que murieron en mis brazos. Me mandaron a casa como héroe de guerra, una guerra a la que nunca debimos entrar.

»Evité que Helen me viera de esa manera, cojeaba y sentía que no era ese joven que salió de esta ciudad ilusionado por ese beso que me había dado y, cuando menos lo imaginé, ella se atrevió a ir a casa para hablar conmigo.

»Lo primero que hizo fue darme un abrazo que me reconfortó aliviando ese pesar que me atormentaba. Helen fue mi despertar, ella me animó y me empujó a ir a la universidad y, cuando aceptó casarse conmigo, se desveló durante mucho tiempo al descubrir las pesadillas que callaba con medicamentos y que fui dejando con el paso del tiempo. Ella me dio la esperanza de que cada día era un nuevo comienzo.

»Ahora que no está, que se ha ido, me es imposible ignorar cuánto la echo de menos, solo me aferro a sus últimas palabras sobre esta familia que juntos construimos; el poder verlos cumplir sus metas y animarlos como ella lo hizo una vez conmigo. ¿Por qué me atreví a escribir mi historia?, pronto uno de mis nietos mayores volverá de su misión y deseo que pueda celebrar lo con su prometida, que anhela ese reencuentro.

—¡Qué bonito! —exclamó Louise—. Es tan parecida a la que leyó esta mañana Owen, este concurso será nostálgico, con esta igual el teléfono arderá como hoy, no recuerdo la última vez que recibimos tantas llamadas.

—¿Y qué tenía de especial esa historia? —preguntó Mill frunciendo el ceño.

De reojo miré a Louise, que me sonrió alertándome a que se le podía ocurrir decir cualquier cosa. Me lamenté de haber actuado bajo un impulso.

—Casualmente es la que ayer leíste, Norah. —Todos me miraron y sentí que me quedaba sin aire—. Está en ese archivador portátil. —Señaló al medio de la mesa—. Después de todas las llamadas que hemos recibido tengo la intuición de que pasará a la siguiente ronda. —Me pasé la lengua por los labios tratando de fingir la tempestad que comenzaba a crearse dentro de mí. De todas las cosas que podían ocurrir aquella era la peor de todas, asumía que él la leyera, pero que Louise hablase de ella con tantas expectativas podría alimentar la curiosidad de Samantha.

»Deberíamos volver a escucharla de la voz de Owen —sugirió a la vez que se levantaba y pidiendo que le pasasen el archivador.

—¿No crees que debemos esperar a lo que decidan los oyentes? —sugirió este.

—Yo quiero escucharla —dijo Samantha. Bajé la cabeza percatándome de que no había marcha atrás.

—Sí, sería bueno para que comprendáis lo que es una historia de amor —indicó Louise.

—Está bien —respondió Owen. Escuché que abría el archivador y carraspeó para comenzar a leerla—: Tal vez esta carta termine siendo descartada por no cumplir los requisitos del concurso. He creído que debería plasmar lo que mi corazón lleva queriendo decirme desde hace un tiempo y me negaba a escuchar. Llevaba mucho tiempo pensando que mi vida se había estancado en una rutina que yo misma había creado intentando solapar el sentimiento de haber fracasado nuevamente.

»Me levantaba, iba a trabajar, cuidaba de los míos y volvía a casa. Creía haber vivido todas las experiencias que me tocaban, pero me equivoqué. El día menos pensado todo cambió. Podría decirse que mi día gris pasó a ser tan despejado que me ha llevado a atreverme a desnudar los sentimientos que tenía reprimidos. Conocí el primer amor, el primer beso con él y ¿por qué no decirlo?, mi primera experiencia íntima. Casi todos los momentos más bonitos de mi vida sucedieron a su lado. Sonreí, me enfadé y me sentí intensamente amada.

»Y un buen día esa magia se rompió, a pesar de pensar que jamás volvería a sentirla, puesto que la decepción me llevó a guardar mis sentimientos en el fondo de mi corazón. Sin embargo, erupcionaron sin más, en cuanto la vida decidió que era momento de retomar ese pasado inconcluso, trayendo consigo recuerdos que nos pertenecían a los dos, rompiendo todo lo que pensaba que hasta ahora era racional y llevándome a reflexionar sobre la existencia del alma gemela con eso de que solo aparecía una vez en la vida.

»Llegué a jurar en ese entonces que debía conformarme con las otras alternativas que me ofrecía la vida, pero me equivoqué de nuevo al entender que cada uno tenía la mitad del corazón del otro aguardando el instante preciso para unirse y ser uno solo. ¿Quién sabe si algún día ese paso se hará realidad?, solo me queda decir que todos merecemos que alguien sea esa otra mitad que nos falta para ser uno solo.

20

Sentimientos

OWEN

—Pobre persona —dijo Louise—. Es la tercera vez que la escucho y se me rompe el corazón.

—Pensaba que buscábamos finales felices —intervino Fernando.

—El concurso durará unas semanas —añadió Louise—. Y no podemos ignorar que habla con el corazón en la mano, incluso se me hace tan conocida la historia... —Evité mostrar mi reacción.

—Deberíamos hacer una excepción e invitarla a que nos diga cómo ayudar —añadió Mill.

La primera vez que la leí me costó asimilar que hablaba sobre Norah y yo, pero, al verla centrada en las cartas que tenía que leer, supuse que era producto de mi imaginación.

—No me parece bien, si pasa a la siguiente ronda, romperíamos las reglas —dijo Norah con sequedad y de nuevo la observé. Se pasó la lengua por los labios, estaba nerviosa, recordaba muy bien ese gesto, ella era experta en disimular lo que sentía—. Además, la persona que ha escrito esa carta está convencida de que no saldrá elegida, así que debemos descartarla. —Fruñí el ceño, sorprendido ante su verborrea de querer restarle importancia, pero no fui el único, el resto de compañeros la observaban, desconcertados. Ella se dio cuenta y la vi palidecer. Se levantó recogiendo su bolso como si tuviera prisa por salir corriendo—. No me encuentro bien, es mejor que me vaya.

Varios pares de ojos alucinados la vieron salir. Algo le sucedía, quería saberlo, el problema era que ella había decidido apartarme.

—Samantha —la llamó Louise—. Deberías ir a por ella —le sugirió después de dos minutos de silencio.

—¿Yo? —nos observó frunciendo el ceño—. No puedo —respondió con rapidez—. Esta mañana intercambiamos opiniones que no fueron de su gusto. No soy la más indicada.

—¿Te has peleado con tu madre y no me dijiste nada?

Samantha ladeó la cabeza y quién sabía qué le diría a Nick, que él hizo un gesto de cerrar la cremallera de su boca.

—¡Válgame el señor! Solo quedas tú, Owen.

—¿En serio pensáis que soy el más indicado?

—Sí —dijeron al unísono dejándome sorprendido por la seguridad con que lo hicieron.

¿Cómo podía creerlo?, cuando ni siquiera me había respondido a un maldito mensaje de wasap.

—De todos los que estamos aquí, quien la conoce mejor que nadie eres tú —añadió Louise con una sonrisa socarrona que provocó que el resto se riera a carcajadas.

Era de esperar que en algún momento Louise se fuera de la lengua. Supuse que los chicos ya habían indagado, pero con la afirmación de ella darían por hecho cualquier historia que no iba a ocurrir.

—Sinceramente, no tengo ni idea de a dónde ha ido.

—¡Por favor! Tengo que recordarte que... —Con su boca señaló más allá de la puerta dejándome con el culo al aire.

¡Maldición! En todos los años de experiencia como profesor nunca había vivido una situación tan bochornosa, tenía que poner punto final a la reunión que comenzaba a hacerse incómoda para

todos.

—No negaré que en un momento de nuestras vidas podía asegurarlo, pero ahora no puedo hacerlo, si ha decidido irse, sus razones tendrá. —Escuché a Samantha maldecir por lo bajo.

—¿Podemos dar por terminada la reunión? —preguntó con esa ironía que me indicaba que no le había gustado mi respuesta.

—Sí —respondí levantándome y salí de la emisora entrando al coche para encender el motor y volver a casa, sin embargo, chasqueé la lengua y volví con la única intención de recuperar la carta y leerla por tercera vez.

No sé si Norah era la autora o había alguien más con una historia parecida a la nuestra, el caso es que esa vez no iba a quedarme con la duda y decidí ir a su casa, suponiendo que era el único lugar en el que se encontraba.

NORAH

Me sentía avergonzada por exponer mis sentimientos de esa manera. Después de aquello toda la ciudad conocería lo que sentía, aunque al que debía importarle ni siquiera se inmutó cuando la leyó, por lo que había sido en vano. Llegué a casa, frustrada y pensando en cómo podía salir airoso, caminé hacia la cocina a por un vaso de agua. Necesitaba calmarme para enfrentarme a las preguntas de Samantha cuando volviera.

Cuando pensé que mi respiración volvía a ser normal el timbre sonó. Mi corazón se aceleró, dudaba que fuese Samantha, tenía llaves y su programa comenzaba en unos minutos. Pensé en no abrir, pero sería inútil seguir postergando aquella conversación. Respiré con profundidad y me fui acercando a la vez que todo mi cuerpo parecía un flan.

Jamás me imaginé que Owen volvería a lograr que todos mis sentidos se revolucionaran como él lo hizo en un momento de nuestras vidas. Debía reconocer que ni mi exmarido había logrado que me sintiera así, el amor que sentí por él fue distinto y siempre le estaría agradecida por darme la dicha de ser madre.

Quizás llegaba el momento de volver a verlo, no obstante, debía enfrentarme a lo que sería mi futuro más próximo. Me detuve frente a la puerta con la mano en el pomo, Owen volvió a tocar el timbre, y abrí, viéndolo allí con las manos en los bolsillos.

—Norah, ¿seguiremos dando vueltas a lo que no hemos resuelto?

Owen seguía siendo directo, y eso me desarmaba. Le di la espalda tratando de encontrar las fuerzas necesarias para enfrentar todo lo que quería saber. Caminé hacia el salón, aunque me apetecía encerrarme en mi habitación, que estaba a escasos metros.

Me detuve girándome de nuevo, apretando los labios y negué.

—Lo siento, yo...

Bajé la cabeza al tener la mente bloqueada, Owen se acercó levantándome el mentón y acariciando mi mejilla con la yema de sus dedos, cerré los ojos dejándome llevar y en segundos sus labios besaron los míos.

Las pulsaciones de mi corazón se mezclaron con los sentimientos logrando que las lágrimas saltaran recorrieron mi rostro. Sentí sus dedos atraparlas a la vez que dejaba un beso en mi cabeza. ¿Cuántas veces había deseado que ocurriera?, pero con el tiempo me convencí de que nunca pasaría.

Owen, con sutileza, me pidió que lo mirase, por unos segundos nos mantuvimos observándonos hasta que volvió a besarme. Un beso cargado de promesas, pero no de aquellas de hacía veinte años, promesas del camino de la madurez personal, de un amor distinto al que conocí.

Estrujé su abrigo invitándolo a que no se arrepintiera en el último momento, caminamos a trompicones hasta llegar a mi habitación. Lo ayudé a quitarse las gafas, el abrigo y el jersey aumentando la intensidad de sus besos en mis labios, nuestras lenguas insinuaban con ansias el deseo que teníamos de tocarnos.

Sus manos volaron a través de mi vestido azul subiéndolo con prisa, dejándome en ropa interior. Owen paró de besarme, me observaba haciéndome sentir vulnerable.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un hombre me miraba con la intensidad de querer devorarme. Me acerqué de nuevo y desabotoné su camisa pasando mi mano a través de los vellos de su pecho sintiendo el calor que radiaba su cuerpo, seguí bajándola hasta notar los músculos de su abdomen definido.

Me quitó el sujetador, que cayó al suelo mientras uno de sus dedos recorrió mi piel dibujando mis labios y bajando hasta mis pechos donde también los trazó con lentitud.

Todo mi cuerpo se erizó hasta el punto de que terminó robándome el aliento.

El roce de la piel

OWEN

En el momento en que me abrió la puerta y la vi tan vulnerable supe que esa historia era la nuestra. Un cúmulo de sentimientos encontrados se apoderaron de mí, deseé besarla cuando intentó disculparse y esta vez no quise reprimirme acercándome a ella, añoraba volver a tocar su piel y estrellé mi boca contra la suya.

¡Joder! Cuánto deseaba probar sus labios. Sin embargo, me conmovieron sus lágrimas, que saltaron al instante, comprendí que también anhelaba este momento, por lo que la volví a besar, acariciando sus labios con mis dientes, robándole suspiros mientras enroscaba mi lengua con la suya. Me guio hasta su dormitorio, dudé, no quería que se arrepintiera más adelante, pero cuando volví a mordisquearlos suspiró con tanta ansiedad que me desarmó por completo.

Le quité ese vestido que se ceñía a su cuerpo como si hubiera sido hecho a su medida, sentí otro latigazo endureciendo aún más mi polla. El recuerdo de las miles de veces que besé cada parte de su piel se hizo presente. Me alejé un poco, solo para disfrutar de su paciencia.

Estaba más hermosa que nunca, el tiempo había logrado que cada parte de su cuerpo madurara de una manera única. Le quité el sujetador pasando mis dedos por todo el contorno de sus pechos, que seguían siendo hermosos; los tracé con lentitud observando en segundos los erguidos que se pusieron sus pezones.

Bajé mis manos a la curvatura de las caderas para cerciorarme de que tenía ante mí a una mujer perfectamente imperfecta, una mujer que a simple vista debía ser adorada y eso fue lo que me enamoró hacía años y que nunca pude olvidar. Norah me quitó la camisa acariciando con sus dedos mi pecho, mi polla se endureció aún más y llegué a pensar que en cualquier momento me correría como un adolescente en su primera vez.

Las ganas de enterrarme entre sus muslos crecieron, quería satisfacerla, que gimiera, que se corriera con intensidad, Norah cerró los ojos disfrutando de mis caricias, que erizaban su piel. La llevé hasta la cama deshaciéndome a la vez de mi pantalón, que me daba la libertad de recorrer su cuerpo de palmo a palmo.

Norah se arqueó ofreciéndose a mí para que siguiera pasando mi lengua por su piel, mordisqueando su braguita con el único fin de quitársela y meter entre sus piernas mi cabeza y mi boca haciendo que se retorciera mientras la penetraba con mi lengua. Sentí los músculos de sus nalgas tensarse, dándome a entender que llegaba al límite, por lo que no dudé en meter mis dedos dentro de su coño hasta ver los espasmos de su cuerpo que me invitaron a seguir.

Norah intentó cerrar sus piernas, levantando su pelvis seguí metiendo mi lengua en ella, bebiendo sus jugos con desespero mientras un gemido anunciaba que se corría. Me alejé con el único fin de observarla abrir los ojos con una sonrisa cargada de satisfacción.

Irguió su cuerpo obligándome a quitarme el *slip* sujetando el tronco de mi polla y pasando su lengua por la punta de la misma para metérsela al completo.

—¡Joder, Norah!

Solté aire ante cada lametazo, sentí que palpitaba y deseaba correrme, pero no de esa forma, por lo que le pedí que se detuviera cogiéndola por las caderas haciéndola girar para penetrarla con un empuje suave y placentero.

Esperé unos segundos hasta que mi polla se acostumbrara al calor de su coño, me estaba costando horrores, deseaba empujar una y otra vez.

La obligué a girarse de nuevo enterrándole mis dedos en sus caderas mientras la embestía con más profundidad. Lo hice con ansias, deseoso de recuperar todo ese tiempo que habíamos estado alejados.

Su interior cada vez estaba más caliente, me dejé llevar por el frenesí del bamboleo de sus caderas, de sus jadeos y mis movimientos fueron más rápidos y feroces. Un grito gutural de mi garganta anunció que me corría hasta quedarme sin aliento.

NORAH

Sentí su cuerpo caer en mi espalda mientras el calor y los espasmos volvían a invadirme, estaba a punto de llegar al cielo. Sí, la Norah humana se hacía presente, podía culpar al hecho de que llevaba mucho tiempo sin tener sexo.

Se acostó a mi lado girándose a la vez que yo hacía lo mismo. Vi las arruguitas en sus ojos. No éramos jóvenes, no podía decir que lo que sentíamos era igual que hacía años, pero seguía notando esa conexión que lograba que el silencio entre los dos fuera un gran acompañante. Pasé mis dedos por su rostro percibiendo su vello incipiente.

Seguía siendo guapo y vital, al igual que seguían intactas sus ansias de entrar en mí, aumentando mis ilusiones de todo lo que podíamos hacer para recuperar el tiempo perdido.

—Debes suponer que lo que has leído te recuerda a lo que vivimos y sí, fui yo la que la escribí, tal vez buscaba entender lo que sentía, a través de lo que había aprendido con muchos de mis pacientes, ellos expresan mejor lo que reprimen y lo que no se atreven a decir plasmándolo en un papel.

»Esa Norah que conociste ha madurado, solía meditar antes de dejarme llevar por los impulsos hasta que apareciste y la necesidad de expresar lo que hay en mi interior creció, tienes que entender que no será fácil para mí volver a confiar, a pesar de que mi trabajo se basa en ayudar a la gente a encontrar ese camino, pero en casa del herrero...

Owen sonrió y supuse que entendía lo que quería decir, no tenía la menor idea de qué pasaría después de este paso que acabábamos de dar, así como tampoco cómo se lo tomaría Samantha.

—¡Samantha! —solté en alto, levantándome y llevándome las manos a la cabeza a la vez que daba vueltas en círculos. Tenía mucho que hablar con Owen, pero primero debía hablar con mi hija.

—Supongo que te has acordado de que pronto vendrá y no te gustaría que nos viera aquí.

—Has dado en el clavo, pero solo la mitad. —Apreté los labios y volví a la cama arrodillándome—. Owen, sé que tenemos una conversación pendiente y que la carta es el comienzo de la misma, pero también tengo que hablar con Samantha, pienso que no se interpondrá, sin embargo, es una adolescente y con ellos todo es incierto.

Owen suspiró en alto y sonrió atrayéndome hacia él para que me acurrucara a su lado.

—Apenas conozco a Samantha y lo poco que he visto de ella me lleva a pensar cómo devolverle sus desafíos de manera inteligente. Tómate tu tiempo, lo que sí te pido es que no desaparezcas. —Sonreí y lo besé en los labios sintiendo añoranza, ya que en minutos tendría que irse—. No te dejaré escapar esta vez, Norah, por idiota lo hice una vez y la vida me ha concedido una nueva oportunidad contigo. Si tiene que ser lento, no me importa, lo que me queda claro es que lo que hay entre los dos debe ser único.

Treinta minutos después acordamos, delante de dos tazas de café, vernos cada día en casa y tratar de pasar más tiempo juntos para volver a conocernos. Se despidió con un beso sublime que

me sería difícil de olvidar.

Una llamada que podría cambiar todo

OWEN

Siempre pensé que la frase de «andar por las nubes» se usaba solo para los despistados y no cuando uno se sentía en un estado de felicidad absoluto. Si bien quería ver a Norah de nuevo y disfrutar de su compañía, recorrer su cuerpo lentamente, enterrarme en ella..., pero también disfrutar de un buen café o de una película en el sillón de su casa.

Solo entonces entendí que debía alquilar un apartamento de soltero, me reí al recordar el consejo de Macy, pero era necesario para la intimidad de los dos. Desde entonces habían pasado un par de semanas y nunca me imaginé que todo encajara como si nunca se hubiera roto.

Las historias que había estado leyendo para el concurso de san Valentín habían tenido una gran acogida en la ciudad, por lo que Carlos nos pidió ayuda, y Norah accedió a ir a la emisora para dejar grabadas algunas y que se escucharan en la edición matutina entre comerciales.

Después de terminar el programa anunciando que el concurso se había cerrado me dirigí al instituto para mis clases del día. Mi móvil comenzó a sonar y cuando vi el número reflejado me desconcerté.

—Hola, Moniqué —la saludé con sequedad.

—Hola, Owen, cuánto tiempo sin saber de ti.

—¿Qué quieres?

—Estoy en Lake, aparcada en casa de tus padres, debemos hablar.

Era el peor momento para que Moniqué apareciera, no sabía qué demonios hacía en la ciudad, lo primero que me dijo cuando intentamos llegar a un acuerdo delante de nuestros abogados fue que nunca la pisaría. Me llevé los dedos al puente de la nariz tratando de calmarme y no mandarla a la mierda.

—Voy camino al trabajo y no pienso faltar porque a ti te haya dado la gana de venir sin avisarme antes.

—Entonces le haré una visita improvisada a tus padres. —Sin más me cortó.

¡Maldita sea! Podía llamar a Macy y decirle que tenía un asunto que resolver, pero no iba a permitir que Moniqué interfiera en mi vida de nuevo, apagué el móvil y me dirigí al instituto.

Después del mediodía encendí el móvil, que me avisó de que tenía varias llamadas perdidas de mi madre y Linda, supuse que tenía que ver con mi exmujer. Maldije de nuevo y sin ganas conduje a casa de mis padres. Tenía que aceptar que en el camino para la felicidad encontraría los baches que menos me imaginaba.

Aparqué, me bajé y, antes de abrir la puerta, Linda salió a escondidas acercándose a mí.

—Hermanito, ¡es una alegría que, por fin, hayas llegado!

—¿Aún está aquí?

—Sí y viene con el perro o perra.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado, no entiendo cómo pudiste casarte con semejante lianta.

No quise preguntar más y entré de inmediato. Que Linda dijera eso no me era indiferente, supe que Moniqué era así cuando decidió abandonarme.

Al llegar al salón vi a mi madre tejiendo, mi padre viendo la tele, y Moniqué martilleando el piso sin despegar los ojos del móvil. Juraría que había sido un mal sueño todo lo que viví los meses antes, solo entonces, Maya, mi perrita retriever, ladró corriendo hacia mí para saludarme, me alegraba de verla y me arrodillé para estar a su altura.

—¡Qué pasa, colega! —la saludé acariciando su cabeza.

—¡Al fin llegas! —exclamó mi madre.

—Buenas tardes a todos.

—Hola, Owen, me alegra verte.

—Hola, Moniqué.

Mis padres se levantaron para dejarnos a solas con rapidez y me imaginé lo incómodo que había tenido que ser tenerla en casa.

—Y bien, Moniqué, ¿qué es eso tan urgente que te ha traído hasta Lake?

—¿Te apetece ir a tomar un café?, sería bueno que hablemos en un lugar en donde no figonearan.

—¡Será pu...! —Escuché a Linda maldecir desde la cocina. Me llevé la mano a la cabeza y solté aire por la boca.

—¿Y bien, Owen?

Sin más acepté su invitación. Levanté la mano y le indiqué que saliera primero, fuera lo que fuese lo que la había llevado hasta allí tenía que acabar rápido.

Y si al final no es nuestro destino

NORAH

Había dividido parte de mi mañana entre mis consultas en la clínica y pasar sobre el mediodía para grabar algunas de las historias para intentar que se leyeran todas las que iban llegando. Carlos me dejó un par de ellas, entré al estudio para sentarme, ponerme los audífonos y comenzar cuando me diera la señal. Las dos primeras eran sobre amores de verano entre jóvenes cargadas de ilusión y de sueños.

—Norah, la última que leerás ha sido cuestión mía, creo que también vale la pena que la gente la conozca.

—Está bien —le dije, cogiendo la hoja y esperando a que me diera la señal—. La historia de a continuación os llegará al corazón.

»Después de varios años de casada e inseminaciones, tratamientos frustrantes, me di por vencida a que nunca tendría hijos. Entré al despacho de mi marido, que al verme dejó de trabajar, y le dije que no podía más. Él lo aceptó y me abrazó como cada vez que mi cuerpo rechazaba todo lo que hacía para lograr la maternidad. Los meses pasaron y sentí un vacío en mi corazón, puedo asegurar que no estaba en mis planes ser madre a la primera, pero, a medida que nuestro matrimonio se afianzaba, ese sentimiento nació. Un día apareció mi marido con varios folletos que explicaban sobre la adopción, me pidió que lo meditara, que no era para complacerme, me explicó que tenía compañeros que habían sido adoptados y que daban las gracias por esa oportunidad.

»Reflexioné sobre ello, reconozco que tenía renuencia al saber que no sería parte de mí, incluso a que pudiera ser difícil la convivencia, pero en cuanto nos sentamos ante la asistenta social todo cambió. La primera vez que vi a mi hijo fue un flechazo distinto al que sentí con mi marido, sonreímos, jugamos y nos hicimos preguntas. Acogerlo en casa fue toda una experiencia que los tres teníamos que pasar y que nos llevó a conocernos más y entender que una familia se basaba en la conexión de todos los que convivían entre sí, nos adaptamos con rapidez mientras el amor hacia nuestro hijo crecía infinitamente.

»Sin embargo, el proceso de adopción fue largo debido a la burocracia llevándome a que el miedo y la duda a que finalmente no pudiera estar a nuestro lado se hiciera paso. Noches enteras me pasaba observándolo dormir imaginándome que tal vez esa mañana recibiría una llamada dándome la mala noticia, hasta que la asistenta social apareció en casa para informarme del día que se haría efectiva la adopción. Un día mágico, un día que nunca olvidaremos, en el que Brian nos dijo sonriente que quería un hermanito y nos echamos a reír, un día en el que comprendí lo mucho que nos ama Bruce.

»Un día que el milagro se hizo paso ante todos los tratamientos, Bruce, ¡estoy embarazada!

Sonreí al terminar. En Denver conocí a varias parejas con los mismos problemas, que habían derivado en depresiones y rupturas del vínculo, por lo que acudían a mí intentando salvar su matrimonio.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Carlos.

—Perfecta, Carlos, el concurso también necesitaba una así.

Me levanté y me despedí. Eran las últimas cartas que tenía que leer, ya que el concurso

terminaba. Esa tarde, cuando Owen fue a casa le conté sobre aquella última grabación.

De alguna manera el estar los dos en la emisora nos hacía encontrar esa estabilidad que habíamos perdido. Una semana después de haber terminado el concurso aún seguíamos recibiendo numerosas llamadas de receptividad.

Estaba entusiasmada por la acogida y por los proyectos que Owen tenía en mente. Volvía a ser ese joven que conocí. Al terminar la última consulta decidí invitar a los chicos a comer antes de que fuera a su programa diario. Quería pasar el mayor tiempo posible con Samantha antes de irme el fin de semana a ese lugar sorpresa al que Owen me había invitado para estar por fin a solas.

Estaba nerviosa, ya que no era lo mismo estar en casa juntos, y que en cualquier momento los chicos pudieran entrar, a un fin de semana entero para los dos y más en esa fecha especial. Era de esperar que en cuanto se lo dije a Samantha se burlara por llamarnos consumistas siguiendo con protestas contra san Valentín.

Se me ocurrió telefonarlo para invitarlo a comer, pero no me respondió, supuse que estaría ocupado. Samantha me llamó y me pidió que pasara a por ellos en la emisora y eso hice, sin embargo, no me imaginé que extenderle la invitación me llevarían a la ruina ante el pozo sin fondo que se estaban convirtiendo, comenzaba a notarlo desde que Nick pasaba más tiempo en casa, en ese instante acababa de comprobarlo.

Y todo fue a peor cuando se me ocurrió la idea de preguntarle de qué hablarían ese día. No quería entrometerme ni mucho menos escuchar su programa, pero me daba enorme curiosidad que hablaran sobre las distintas diversidades sexuales. Deseé por unos segundos que Owen estuviera con nosotros, lo más probable era que se las ingeniara para provocarles y hacerlos pensar, como solía hacer cuando estaba en casa en esas últimas semanas.

Algunas veces llegué a pensar que todo era un dulce y bonito sueño, que tarde o temprano despertaría, pero era la realidad y cada día despertaba con mayor ilusión, sobre todo, por todo lo que ocurriría a partir del viernes por la tarde. Hacía mucho que no despertaba al lado de un hombre, mucho menos que fuera tan especial como lo era Owen.

Los chicos comenzaron a burlarse de mí al percatarse de que estaba despistada, me avergoncé una vez más y a modo de excusa les dije que pagaría la cuenta. Nick llamó a la camarera mientras Samantha nos dijo que iría a los servicios.

Al esperar que volviera la camarera, miré por la ventana intentando evitar planificar el fin de semana, apreté los labios en cuanto las imágenes de Owen besándome de nuevo aparecieron trayendo consigo un cosquilleo en todo mi cuerpo, solo entonces fruncí el ceño y parpadeé sintiendo como si me fuera a desvanecer. Nick, que no paraba de hablar, se calló.

—Pero ¿qué coño está...? —Miré de inmediato a la mesa tratando de mantener la calma, no solía montarme películas en la cabeza, mi trabajo me había enseñado a escuchar las justificaciones, sin embargo, cuando eras parte de la situación todo era distinto.

»Creo que iré a pagar directamente —le dije para que no se sintiera incómodo. Me levanté, a pesar de que sentí mis piernas flaquear.

—Esperaré a Sam en la salida de los servicios, no quiero que... —Se frotó la cabeza—. Ya sabes cómo es.

—Gracias, Nick —respondí a duras penas.

Me dirigí al mostrador y de reojo vi a Owen entrar con una mujer sumamente elegante que le sujetaba de su brazo. Ella reía, y él respondía con complicidad. Debía haber una explicación y no era el momento para ello, rogué para que se sentaran lejos de los servicios, en donde Samantha no los pudiera ver.

Pagué en efectivo y me apresuré a salir con un nudo en la garganta y el desconcierto en mi

mente. Lo había llamado y no me había respondido, pero encontrarlo con otra mujer llevaba a que las dudas revolotearan en mi interior. Una vez fuera me alejé lo suficiente para que los chicos me viesen, pero no para tener la mala suerte de observar con nitidez como ella le sujetaba la mano sonriendo como si fueran íntimos.

Los nervios y las suposiciones se hicieron paso y debía detenerlos. Me di la vuelta para retomar el control, pero escuché a Samantha rezongar.

—Tenías que haberme dejado acercarme, ese cabrón no...

Cerré los ojos, lo que menos quise que pasara sucedió. Samantha los había visto. Me volví de nuevo hacia ellos, y ella cruzó los brazos mirando a otro lado.

—Os dejaré en la emisora —les dije fingiendo que no sabía de qué hablaban.

—Deja a Nick, yo no volveré a pisar la maldita emisora de los Grey. —Entendí que no me había servido de nada fingir.

—Es mejor que no te adelantes a ninguna suposición.

—¿Suposición? Mamá, ¡ese cabrón está de manitas con otra! Y ayer te declaraba amor eterno.

—Nadie me ha declarado amor eterno y estás suponiendo, como siempre lo haces, existirá una explicación. —Tenía que aferrarme a ello.

—¿En serio? Entonces me imagino que también tendrá una explicación el que él se haya sentado a su lado y le diera un abrazo.

Abrí los ojos, sorprendida, Samantha no era de las que soltaba semejantes acusaciones así como así. Ladeé la cabeza y vi exactamente lo que acababa de echarme en cara.

En segundos la vida podía cambiar, tus intentos de no sacar conclusiones, acompañados de esa vocecita que te llevaba a que la duda ganara la competencia, se hicieron paso siendo difícil combatir contra ello. Solté aire y miré de nuevo a mi hija.

—¿Que os parece si mejor os llevo a la emisora? No todos los Grey son iguales. —Samantha frunció el ceño y se adelantó caminando con rapidez.

—¡Sois unos cobardes! —gritó.

Nick me acompañó en silencio al coche donde me esperaba Samantha.

—Mamá, no quiero verte sufrir en silencio como pasó con papá.

—Samantha, ¡ya basta!

—Vuelves a tener la misma actitud que tenías con papá, esperabas su llamada, aceptabas sus excusas cuando llegaba más tarde de lo habitual, incluso esos seminarios de fines de semana y sus explicaciones absurdas, hasta que la verdad te abofeteó, ¡mamá!, eres una excelente terapeuta, pero los consejos que das no los aplicas para ti misma. —Se bajó del coche dando un portazo.

—Intentaré que no cometa ninguna locura que pueda complicar mucho más la situación, pero yo que tú llamaría al profesor Grey.

—Gracias, Nick.

Me llevé las manos a la cabeza, sabía que tarde o temprano Samantha me echaría en cara el fingir durante mucho tiempo un matrimonio estable cuando no lo era. Volví a casa e intenté centrarme en el trabajo, en evaluar y analizar los casos. Una hora y media después me levanté asumiendo que no podía concentrarme.

Me mordí el labio asumiendo que Samantha tenía razón, me levanté y saqué el móvil del bolso para llamar a Owen y esperé pacientemente a que cogiera la llamada.

—Hola —dijo la voz de la mujer. Solté aire para mantener la calma.

—Espero no haberme equivocado, quería hablar con Owen Grey.

—No, no te has equivocado, aunque no puede atenderte en estos momentos, ha salido con Maya, y suelen dar largos paseos.

—Lo entiendo.

—Le diré que lo has llamado.

—No te preocupes, ya lo llamaré en otro momento, gracias.

Colgué soltando aire, desalentada, por mucho que traté de que las dudas no entraran en mi cabeza, finalmente lo hicieron. Tenía una opción; apagar el móvil y dejar que el tiempo fuese mi guía.

Cuando el espíritu de la juventud te hace madurar de golpe

HUNTER

Observaba a mi hijo de nuevo sonreír mientras Maya le daba lametazos y le ladraba. Nunca había tenido mascotas por cuestiones de tiempo, mi mujer trabajaba todo el día, y yo estaba entregado a la ciudad, por lo que la estima hacia ellas no nació.

Sin embargo, en aquellos momentos tenía una de grandes dimensiones en casa, que en un par de horas había roto mis zapatillas de descanso preferidas y se echó en mi sillón cuando me levanté a ayudar a Nancy, mi mujer, en la cocina.

Debía adaptarme a esta nueva incorporación a la familia, aunque daba gusto ver cómo mi hijo retomaba su vida, a pesar de tener que haber soportado a Moniqué mirar nuestra casa como si entrara en la dimensión desconocida o apenas comer lo que Nancy se había esforzado en hacer obviando que la detestaba.

Sin embargo, todo tenía su porqué y en esta ocasión fue la disculpa que le debía a Owen, lo hacía tarde, pero de corazón. Mi móvil comenzó a sonar y lo saqué del bolsillo, al ver el número de Carlos reflejado me desconcerté.

—Dime que no se ha incendiado la emisora

—Metafóricamente sí, tenemos un problema grave que Owen no debe saber.

Miré mi reloj y lo único que se me ocurría que pudiera causar inconvenientes era el programa de los chicos, suspiré en alto, no era la primera vez que creaban polémicas.

—¿Qué ha hecho esta vez Samantha?

—Es mejor que vengas, Louise está al borde de un ataque y no me ha quedado otra que llamarte. Esta vez a Samantha se le ha soltado un tornillo, he intentado hablar con Norah, pero su móvil está apagado.

—En diez minutos estaré allí —le respondí—. Y no dejes que ninguno se escape, sea lo que sea, ellos mismos tendrán que resolverlo.

—Lo dudo —respondió Carlos, realmente me preocupé.

Tenía que pensar en una buena excusa para que Nancy, Linda ni Owen me hiciesen un interrogatorio por mi salida repentina.

—Voy a por pan.

—¡En la alacena tenemos! —exclamó desconcertada Nancy.

—No es artesanal y me apetece comer algo hecho con amor. —Con esa respuesta me apresuré a salir antes de que siguieran preguntando.

—¡Gracias al cielo que has llegado! —exclamó Louise en cuanto entré a la emisora—. Estos chicos van a acabar con mi vida, ya te enterarás de lo que han hecho. Si fueran mis hijos los castigaría de por vida.

—Todo tiene solución, Louise.

—Siempre ves el lado bueno de las cosas, te deseo buena suerte, la vas a necesitar. —Louise solía ser dramática, esa vez la noté más alterada de lo habitual.

Los chicos algunas veces hacían programas que increpaban al resto de oyentes que eran de su edad, así que decidimos aclarar cada vez que comenzaba el programa que, ante cualquier tema escabroso que trataran, ellos asumirían las consecuencias librando a la emisora de problemas. Le

palmeé la mano y seguí hasta el despacho de reuniones, al entrar sentí como si estuviera en una sala de juicios esperando el veredicto.

—Me parece que esta vez te has pasado a lo grande, Samantha —le indiqué tanteando un poco la situación.

—¡Y mucho! —exclamó Carlos tendiéndome una hoja.

Comencé a leerla e intenté no mostrar ninguna expresión hasta que miré de reojo a Samantha con una ceja levantada.

—Esto de amañar el concurso puede traernos problemas —me dijo Carlos.

—¿Supongo que estas palabras escritas aquí son el prelude de lo que has dicho? —le pregunté directamente.

—Ese papel apenas tiene expuesto lo que dijo —respondió Carlos por ella—. No tengo ni idea de qué ha hecho Owen para que le declarara la guerra.

—¡Se lo merece!, es un cabrón y lo que ha hecho no es justo —contestó finalmente para defenderse.

La observé de nuevo recordando a su madre, que solía meter a sus padres en dificultades por sus ganas de luchar contra las injusticias de la ciudad, más de una vez llegaba a casa exigiéndome que al ser el alcalde debía estar a favor de los menos favorecidos. El problema era que no hablaba de personas, podían ser hasta árboles.

—Estoy seguro de que jamás serás juez —le respondí para bajar la tensión que se percibía en el ambiente—. Le darías mucho trabajo a las penitenciarías. —Ella frunció el ceño—. Me parece que después de que hablemos tú y yo tendréis que acompañarme a casa y confesarle a Owen lo que habéis hecho.

—No tengo nada que hablar con él —replicó Samantha—. Mi madre no se merece ser humillada de nuevo.

—¿Y ella sabe lo que has hecho? —le pregunté en cuanto la nombró. Me imaginé a Norah avergonzada y lamentándose por aquello.

—He intentado localizarla —interrumpió Carlos—, pero tiene el móvil apagado y no contesta al teléfono de casa.

—En fin, creo que Samantha tiene un deseo enorme de confesarme por qué decidió contar esto.

—Eso espero, no deseo que mañana sea el cotilleo matutino, aunque, afortunadamente, Nick apagó el micrófono, y Fernando, de inmediato, puso música y me llamó.

—Entonces actuó como loba solitaria.

—No me arrepiento —me replicó altiva.

—Ahora mismo no, pero en un rato lo harás —le respondí mirándola a los ojos, suspiré en alto—. Vosotros tres sois libres, pero tenéis que aceptar que a partir de ahora vais a planificar vuestro programa semanal y será supervisado por Carlos o por Owen.

—¡Joder! ¡Ves lo que has hecho! —protestó Newt. Carlos los guio afuera mientras me quedaba con ella.

—Ahora cuéntame por qué decidiste hundir a mi hijo de esa manera. —Ella se cruzó de brazos mirándome con una ceja levantada intentando impacientarme—. Tengo mucho tiempo libre, si lo que pretendes es jugar psicológicamente conmigo.

Saqué el móvil y busqué un juego de billar que había bajado para entretenerme. Samantha masculló algunas palabrotas, finalmente resopló y decidió hablar.

A pesar de que teníamos que tratar de que los oyentes se olvidaran de todo ese asunto con algo único, me conmovió la protección de una hija hacia su madre y de que todo aquel lío era un malentendido de mucho cuidado. Tal vez una prueba para que Owen y Norah entendiesen que

aquel nuevo camino que querían comenzar juntos iba acompañado de su pasado, un pasado que, por mucho que quisieran dejar de lado, siempre estaría allí.

—Todo esto que acabas de decirme tienes que explicárselo a Owen.

—¡De eso nada! No pienso hablar con alguien con tanta crueldad. —Sonreí.

—Lo vas hacer o tendrás que leer una disculpa ante todos los oyentes y dejar el programa.

—¡Eso es manipulación!

—No, Samantha, es enfrentar los problemas que creamos, es madurar.

Una historia que contar

OWEN

Iba predispuesto a lo que quisiera decirme Moniqué, tanto misterio me tenía incómodo, ya me había quitado todo.

Decidí ir a la cafetería de las afueras para evitar cotilleos, sobre todo, si en breve se hacía público que volvíamos a estar juntos Norah y yo. Durante el camino, Moniqué comenzó a hablarme sobre lo que vivimos en nuestro matrimonio, los buenos momentos que, a pesar de nuestro fracaso como pareja, los tuvimos.

Aparqué y al bajarnos me hizo reír con nuestra primera barbacoa para celebrar el cuatro de julio con unos amigos, en donde se nos quemó parte de la carne. Moniqué me sujetó el brazo con cariño sin ninguna mala intención, todo lo que estábamos reviviendo la llevó a eso, y la dejé hacerlo.

Enseguida nos atendió la camarera, y dejé que pidiera por los dos dándole pie a que me explicara su visita. Ella me miró, sonrió y sujetó mi mano.

—Lo siento mucho, debí hablar contigo cuando decidí abandonarte como lo hago ahora y no a través de un *email*.

—Sabes que no soy resentido, pero esperé durante meses esta conversación y no casi al año de nuestra separación, no entendí por qué decidiste negociar de la manera que lo hiciste con esas acusaciones a sabiendas de que podíamos llegar a cualquier acuerdo.

—Me dejé llevar por el abogado, le comenté que te gustaba ser conciliador, pero me dijo que estaba acostumbrado a parejas como la nuestra, que solían decir lo mismo y terminaban en un divorcio difícil.

—Ya no podemos echar el tiempo atrás, no has sido tú la que te has quedado sin nada y has tenido que comenzar de nuevo.

—También he tenido que comenzar de nuevo, estaba acostumbrada a tu presencia en casa y se me ha hecho tan difícil que he decidido venderla y traer a Maya para pedirte perdón por mi comportamiento, por quitarte lo que te hacía feliz. Te dejé sin nada de lo que amabas, pero me quedé con un enorme remordimiento que me impide avanzar, lo siento tanto, Owen.

»Cuando supe que nuestro matrimonio había terminado, no me atreví a dar el paso, la costumbre, el miedo a la soledad de un nuevo comienzo me hizo ignorar todas las alarmas de lo que sucedía entre los dos y, por no asumir mi responsabilidad de nuestro fracaso, terminé culpándote. —Moniqué se tapó la cara y empezó a llorar, me levanté de inmediato y la abracé, el cariño de años se hizo paso disolviendo todo resquicio de decepción que mantenía. Ella ladeó la cabeza y me sonrió con tristeza—. Sigues siendo bondadoso, Owen.

—Soy el mismo que conociste.

—Te deseo lo mejor, te lo mereces.

La camarera apareció y me levanté para sentarme de nuevo frente a ella. Moniqué me explicó que había decidido aceptar un puesto en un bufete en Asia, era un paso importante para su carrera y, definitivamente, así rompería con los recuerdos en Boston.

Después de ello volvimos a casa de mis padres, en donde también les pidió disculpas por su actitud hacia ellos, la dejé un rato mientras sacaba a dar un paseo a Maya. Ambos debíamos

conectar después de tantos meses, sentía que la vida me sonreía de nuevo.

Moniqué se despidió indicándome que pasaría la noche en un *bed and breakfast*⁴¹. Decidí llamar a Norah para contárselo, pero me saltó el contestador, supuse que estaba ocupada, y opté por planificar las clases para la semana siguiente hasta que mi padre tocó a la puerta de la habitación.

—¡Hola, Owen! —me saludó a la vez que miraba con renuencia a Maya.

Nunca le habían gustado los animales en casa, pero sabía lo importante que era para mí.

—¿Lograste comprar el pan artesanal? —le pregunté con burla—. Te has tomado muy en serio las recomendaciones de Brown. —Se echó a reír.

—Hay que tomárselas al pie de la letra. En todo caso, no vengo para hablar de mí, en el pasillo hay una persona que desea hablar contigo. —Escuché resoplar de manera exagerada, fruncí el ceño por no entender qué demonios pasaba —. Voy a hacerla pasar antes de que se arrepienta. — Se giró hacia la puerta y vi entrar a Samantha, las alarmas de que algo grave había sucedido aparecieron.

Mi padre nos dejó a solas mientras ella observaba toda la habitación evitando mirarme, Maya se acercó olisqueándola. Samantha acarició la cabeza de la perra, con lo poco que la conocía me daba a entender que fuera lo que fuese que había sucedido era grave.

—¿Le ha pasado algo a Norah? —Bajó la cabeza y negó—. Entonces no tengo la menor idea de qué haces aquí.

Ella volvió a resoplar otra vez y se sentó en la cama martilleando el piso.

—¡Joder! —masculló respirando profundo y me miró finalmente—. He hecho algo horrible y te incumbe.

Parpadeé varias veces, mi cabeza se llenó de todo tipo de suposiciones en las que estábamos Norah y yo de por medio. Decidí que no me dejaría llevar y esperaría a que me explicase.

—Usualmente, cuando estoy involucrado en una situación con un joven es académicamente, que yo recuerde, os he felicitado por vuestra intervención, así que si eres más explícita podré entender qué fue eso tan horrible que te ha llevado a venir a casa y que mi padre se enterara primero que yo.

En ese instante lo entendí, tenía que ver con la radio. Samantha apretó los labios y bajó de nuevo la cabeza.

—En nuestro programa inventé una historia sobre ti y la colé como si fuese para el concurso. Había tenido la intención de que tú y mamá se acercasen mucho más y le pedí a Nick y Newt que recopilaran información referente a ti —me confesó—. Todo estaba preparado hasta que te vimos hoy.

»Me dejé llevar y comencé diciendo que la vida de un fracasado lo llevaba a sus orígenes, para intentar seguir jugando con los sentimientos de personas que siempre mantuvieron latente lo que sentían y que no todo se valía en el amor, que a los hombres así había que cortarles las pelotas. —Ladeé la cabeza intentando entender por qué demonios lo había hecho, quería interrumpirla, pero era mejor que siguiera—. Es todo culpa tuya, no es justo que aparezcas en la vida de mi madre como si quisieras revivir esa llama que teníais y después vayas de manitas con otra.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado, te vimos con esa mujer guapísima y elegante. —Abrí los ojos, sorprendido—. Nick evitó que fuera hacia la mesa donde estabas, quería insultarte porque mi madre no se merecía eso, ni mucho menos que fueras cariñoso con esa, todo eso debió de dejarla hecha polvo.

—¿Norah me vio?

—Por supuesto, por eso quería plantarte cara.

Me llevé los dedos al puente de la nariz, ¿cómo coño había terminado en aquel enredo? Me levanté de inmediato para buscar el móvil y llamarla.

—¿A quién llamas? ¿A la policía?

Quise reírme, a pesar del lío en el que me había metido. Hice un último intento y volvía a saltar el contestador. Solté aire mirándola de reojo, me recordaba tanto a su madre cuando se metía en enredos peculiares, por lo que al contar que estudiaría Psicología dejó a unos cuantos desconcertados.

—Llamo a tu madre —le respondí—, pero no responde, así que te llevaré a casa y ahí os contaré a las dos la verdad.

—¡No!

—¿Cómo que no? Mira, Samantha, todo esto es un malentendido y quiero solucionarlo. Me importa mucho tu madre como para volver a perderla.

—¿Y si me dejas arreglarlo? Puedo hablar con mi madre y explicarle lo sucedido.

—¿Y que se supone que le explicarás? No tienes ni idea de quién era la mujer con la que estaba. —Ella resopló, desalentada.

—¡La he cagado! Solo quería que mi madre no volviera a sufrir —me confesó tapándose la cara—. He tenido que escucharla llorar durante noches por el imbécil de mi padre. A él se lo advertí, que si seguía haciéndole daño se lo contaría a mamá.

»Mi padre es un cabrón al que no le importa nada, se tiró hasta a la madre de una de mis mejores amigas en ese entonces. Por eso cuando se fue de casa pensé que por fin mamá sería libre y feliz, pero al cabo de unos días decidió que seríamos nosotras las que dejaríamos la ciudad por el dolor y la vergüenza de que todos conocieran las andanzas de mi padre. Era la cornuda de la ciudad, de la que todos se reían señalando a sus espaldas, me niego a que vuelva a vivir semejante calvario.

Me compadecí ante la realidad de que una acción protectora terminase en desastre. Solo me quedaba pensar en cómo solucionarlo. No podía hablar con Norah por teléfono sobre la visita de Moniqué, era mejor contárselo en persona. Decidí llamarla por última vez y me fijé en que me había llamado a la misma hora que había salido con Maya, y Moniqué hablaba con mis padres.

Necesitaba pensar muy bien en cómo resolverlo. Observé a Samantha, que se limpiaba el rostro mostrándome lo arrepentida que estaba. Debía hacerle entender que mis intenciones con su madre iban en serio y no me importaba que le tomara meses para que se enterara de que la seguía amando.

—Samantha —la llamé para tener su atención—. Esa mujer que viste es mi ex, vino a traerme a Maya —añadí señalando a mi mascota—. Y a despedirse, las relaciones no son fáciles, las convivencias nos hacen buscar los defectos del otro en momentos difíciles y a evadir las responsabilidades. Moniqué se dio cuenta tarde y tuvo el coraje de venir aquí para enmendar su actitud en nuestro divorcio.

»Ahora bien, lo que siento por tu madre es profundo y muy distinto a lo que sentía años atrás. Necesitamos tiempo para conocernos de nuevo, tenemos muchos recuerdos y sentimientos que nos albergan, y que yo deseo que vayan a más y poder construir algún día una relación maravillosa.

—¡Quiero que la tierra me trague! —exclamó Samantha, y yo sonreí.

Reflexioné sobre que solo los jóvenes escucharían el programa y tal vez esa historia que contó Samantha la escucharían los compañeros asumirían eso de que yo era un cabrón de mucho cuidado, a lo mejor no era tan malo tener cierta reputación, aunque me reservaría mis

conclusiones.

En todo caso, debía tranquilizarla, algo me decía que a partir de ese momento se contendría antes de dejarse llevar por cualquier impulso.

—Le pediré a mi padre que te lleve, confiemos en que ninguna persona adulta te escuchara, ahora bien, de tu madre me encargaré yo, pero me gustaría que cuando vuelvas a casa me digas si Norah está bien, necesito saberlo.

Le pedí su número y le hice una llamada perdida para que guardara el mío.

—Te pido disculpas y gracias por ser razonable.

—Samantha, yo también tuve tu edad.

Después de despedirnos, llamé de nuevo a Norah, pero seguía sin responder.

Solo me quedaba demostrarle que mis intenciones eran honestas de una manera inolvidable y recordé la historia que ella había escrito con un final inconcluso. No quería involucrar a nadie más, había sido suficiente todo ese enredo. No podía creer que todo sucediera antes del fin de semana que por fin habíamos decidido estar solos. Era un poco cliché el haber reservado una cabaña a las afuera de la ciudad para conmemorar san Valentín, pero sería un paso importante para los dos.

Sí, tenía que arriesgarme de la mejor manera que sabía.

En el aire en tres, dos, uno

NORAH

Apenas pude dormir evitando que mi cabeza siguiera especulando. Necesitaba desconectar y saber qué haría a partir de ese momento, iba a darle la oportunidad de explicarse, aunque Samantha no estuviera de acuerdo y me reprochara que actuaba igual que lo hice con su padre.

Debía hacerla entender que, cuando nos dábamos tiempo para aprender de nuestros errores, sería difícil volver a cometerlos, y con Owen estaba segura de que no sucedería. Al salir de la habitación, me encontré con el desayuno hecho por Samantha.

—Supongo que esto es el prelude de algo terrible de lo que voy a enterarme mientras como.
—Samantha torció los labios.

—Buenos días, mamá, quiero disculparme por todo lo que te dije ayer que pueda generarte un conflicto, he sido impulsiva y no te lo mereces.

—Samantha, ¿estás hablando en serio?

—Sí, mamá, y deseo que seas feliz.

—No sé qué decir, es muy temprano y me aterra saber lo que sigue. —Ella sonrió y me abrazó.

—Mami, eres la persona más importante que tengo en mi vida y estoy orgullosa de la mujer que eres.

—Samantha, no sé qué demonios has hecho, pero quiero que sepas que te quiero con todo mi corazón y siempre querré lo mejor para ti.

—Por eso quiero que seas feliz.

—Lo sé, hija, ya lo sé, te tengo a ti.

—Y a Owen, mamá. —Abrí los ojos, sorprendida porque afirmara algo que aún no sabía. Me costó darle una respuesta, ella se separó para encender el altavoz inteligente y dejar la KRT.89 FM, escuchando a la vez el claxon de Nick.

»Debo irme, mamá, o Nick terminará bajándose del coche para entrar en casa y comerse todo lo que he hecho. —Volví a acercarse—. No quiero que se dé cuenta de que me encanta hacer tortitas como a él.

Me eché a reír a la vez que ella se despedía con un beso en la mejilla y me dejaba a solas con la música del programa de Owen, tenía que llamarlo y contarle lo que había visto.

—Hemos vuelto —dijo. Escucharlo me traía un cúmulo de sensaciones que intentaba entender, pero me era difícil—. Sé que todos estáis deseosos de saber quién es el ganador de la cena para dos en L'Arc París.

»Antes debería hablar de cierta interrupción ocurrida ayer en un programa cuyos seguidores deberían de estar a punto de entrar al instituto, de cualquier forma, me he animado a dar un paso con el que estoy seguro de que la reputación que ayer me gané se irá al garete. Es curioso cuando te haces adulto y la vida cambia.

»Cuando ese amor de juventud lleno de primeras vivencias se termina y asumes que tienes que seguir experimentando hasta que un día aparece esa persona que crees que te brindará experiencias que durarán toda la vida.

»Sin embargo, las pruebas durante ese camino se hacen duras e irreconciliables, llevándote a volver a comenzar desde cero creyendo que todo está perdido.

»Cuesta entender por qué el destino decide que los caminos se crucen de nuevo cuando has asumido que ese amor de muchas primeras veces ha dejado de existir.

»Tal vez la historia solo tenía un bache que había que taponar para seguir andando juntos de nuevo. Quizás en ese entonces no era el momento apropiado para retomarlo, que debíamos aprender y madurar.

»Tal vez después de más de veinte años de éxitos y fracasos, volver a este lugar en donde todo empezó era lo que faltaba para entender que nunca pude olvidarte.

»No puedo asegurar si tendremos un final feliz, lo que sí puedo decir hoy, delante de todos, es que la intensidad de mis sentimientos es mucho mayor que en ese entonces. Llegué a pensar que debía conformarme con lo que me sucedía hasta que te vi desde el otro lado de este estudio y puedo jurar que sentí una explosión dentro de mí, una sensación de paz que tanto anhelaba apareció al saber dónde estaba la otra mitad de mi corazón.

EPÍLOGO

—¡Sí que nos ha puesto el listón alto el profesor Grey! —protestó Nick.

Parpadeé varias veces dándome cuenta de que me había sentado y que la taza que tenía en la mano estaba en la mesa.

Owen no era de decir las cosas al azar para desnudar sus sentimientos de esa manera, tenía que haber reflexionado mucho.

Percibí calor en mi rostro de la vergüenza que estaba sintiendo, era la segunda vez que mi hija veía la vulnerabilidad de mi ser.

—¿Y bien, mamá? Tienes que responderle.

Era cierto, todos conocerían quién había sido la autora de la carta que tanta repercusión había tenido semanas antes, me tapé la cara pensando en qué hacer y asumiendo que todos sabían lo que ocurría entre los dos.

—Yo me mudaría de la ciudad —confesó Nick. Al segundo se quejó de algún golpe que Samantha le había dado.

Fruncí el ceño preguntándome por qué demonios seguían en casa si se suponía que debían estar en clase.

—¿Qué hacéis aquí? —Samantha sonrió.

—¿Creías que iba a dejarte a solas con semejante declaración? En cuanto comenzó le dije a Nick que se detuviera, corrí a casa y te vi temblando, de milagro no se te cayó la taza.

—Te ayudamos a sentarte para ver si reaccionabas —añadió Nick—. Ha sido impactante hasta para mí.

Reí a carcajadas tapándome la boca, mi corazón palpitaba con rapidez y sentía que flotaba. Sí, teníamos mucho de qué hablar, en ese momento más que nunca, pero tenía que cerrar aquel capítulo para comenzar uno nuevo.

Me levanté para buscar el teléfono fijo marcando el número de la emisora de radio, miré a los chicos y respiré profundo.

—Hola, Louise.

—¡Ay, Dios mío! ¡Hoy haremos historia! —Ni siquiera me dejó hablar, enseguida pasó la llamada.

—Muy bien, tenemos la primera llamada, buenos días.

—Hola, Owen —le dije con las lágrimas de felicidad asomando en mis ojos—. ¿Te gustaría ser parte de una historia que está a punto de comenzar?

—Hola, mi querida Norah, estoy dispuesto a ser parte de ella en cuanto comiencen los anuncios publicitarios y eso es en tres, dos, uno...

FIN

Agradecimientos

Owen y Norah aparecieron para darle vida a esas historias de parejas que hoy disfrutan de su segunda oportunidad. El año dos mil veinte fue un año de aprendizajes para todos en todos los sentidos y eso es lo que debemos agradecerle. A mí me dio la oportunidad de fortalecer más mi unión con mis chicos. Quiero agradecer a las lectoras y compañeras que me han animado estos meses para que me sentara delante de la hoja en blanco y volviera a plasmar lo que mi mente imaginaba.

A Rotze, por estar siempre allí cada día y animarme en momentos difíciles.

A Patri, por sus vídeos, sus risas, sus consejos, ¡eres un sol, mi niña!

A Bárbara, por su apoyo y consideración de cederme su tiempo y tenderme su mano.

A Raquel, por su paciencia por entregar esta historia en el tiempo justo, por su consideración y ayuda ante cualquier mensaje que le envío.

A Yanira, por terminar de darme ese empujoncito para intentarlo de nuevo, no tienes ni idea lo que te agradeceré.

A Marian, mi hermana de vida, tus llamadas me han hecho reír en un año muy difícil que sabes que viví.

A Andreína, Natalia y Ana María, mis otras hermanas de toda la vida, no importa la distancia ni los husos horarios, ahí estamos para todo.

A ti, lector, por darme la oportunidad de leer *Tres, dos, uno... ¡En el aire!*

Biografía



Desde pequeña leía mucho y devoré todo aquello que pillaba en la biblioteca que estaba en el salón de esa enorme casa de mi abuela libros con lomo rojo y cubierta amarilla que, al abrirlos, me trasladaban a la selva o viajar por un submarino y, por supuesto, soñar mil y una noches.

He de dar las gracias a mi profesor de Literatura, su insistencia en leer logró seguir desarrollando mi imaginación, aunque fuese en forma secreta. Tras emigrar por amor, afloraron las ganas de escribir nuevamente y, desde entonces, vivo con voces en mi cabeza que me piden escribir sus historias sobre el amor y todo lo que conlleva.

Hasta la fecha, cuento con los siguientes libros publicados:

Autopublicado: *Trigésimo cumpleaños* de temática comedia romántica publicado en el 2017.

Autopublicado: *7 Historias para una tarde de verano*, varios relatos, julio del 2018.

Autopublicado: *Y también las pelirrojas se enamoran*, de temática contemporánea, octubre 2018.

Autopublicado: *Cuatro citas falsas de amor*, de temática contemporánea, marzo 2019.

Autopublicado: *Antarlia: Una lucha de ideales*, de temática distópica new adult, julio 2019.

Autopublicado: *¿Te llamas Julieta?*, de temática comedia romántica-erótica, octubre 2019.

Autopublicado: *Antarlia, un nuevo mundo, un nuevo comienzo*, de temática distópica new adult julio del 2020.

Autopublicado: *Y te cruzaste en mi camino*, de temática contemporánea, noviembre del 2020.

Versiones en otros idiomas:

Babelcube: *Trentesimo compleanno*, versión italiana, diciembre 2017

Babelcube: *7 Historias para una tarde de verano*, versión italiana, noviembre 2018.

Babelcube: *7 stories for Summer Afternoon*, versión inglesa, diciembre 2018.

Babelcube: *7 histoires pour un après-midi d'été*, versión francesa, febrero 2019.

Babelcube: *The Thirtieth Birthday*, versión inglesa, 2019.

Eso sí, no olvidéis que tengo mi lado oscuro. Soy una friki a la que le vuelven loca las películas de Marvel y DC junto a las series y hablar de libros, novelas y lo que voy leyendo.

A eso añadiremos que soy algo alienígena, dependo mucho de las fases lunares (los astrólogos lo justifican por el signo zodiacal al que pertenezco).

Así que no es de esperar que algunas veces me encuentre al lado de los cabecillas liderizando movimientos algo inusuales, pero otras, prefiero desaparecer ya que, en esos momentos, subo a la

luna para soñar mientras escribo historias que podréis disfrutar.

¿Quieres saber más? Te invito a conocer mis novelas y seguirme en mis perfiles en las redes sociales.

Más información a través de:

 JossyLoes

 jossyloes

 Jossylo03

[1] Escritor británico de novelas de suspense e histórica.

[2] Restaurante ficticio.

[3] Aplicación de VoIP y chat de texto.

[4] Hotel con desayuno incluido.